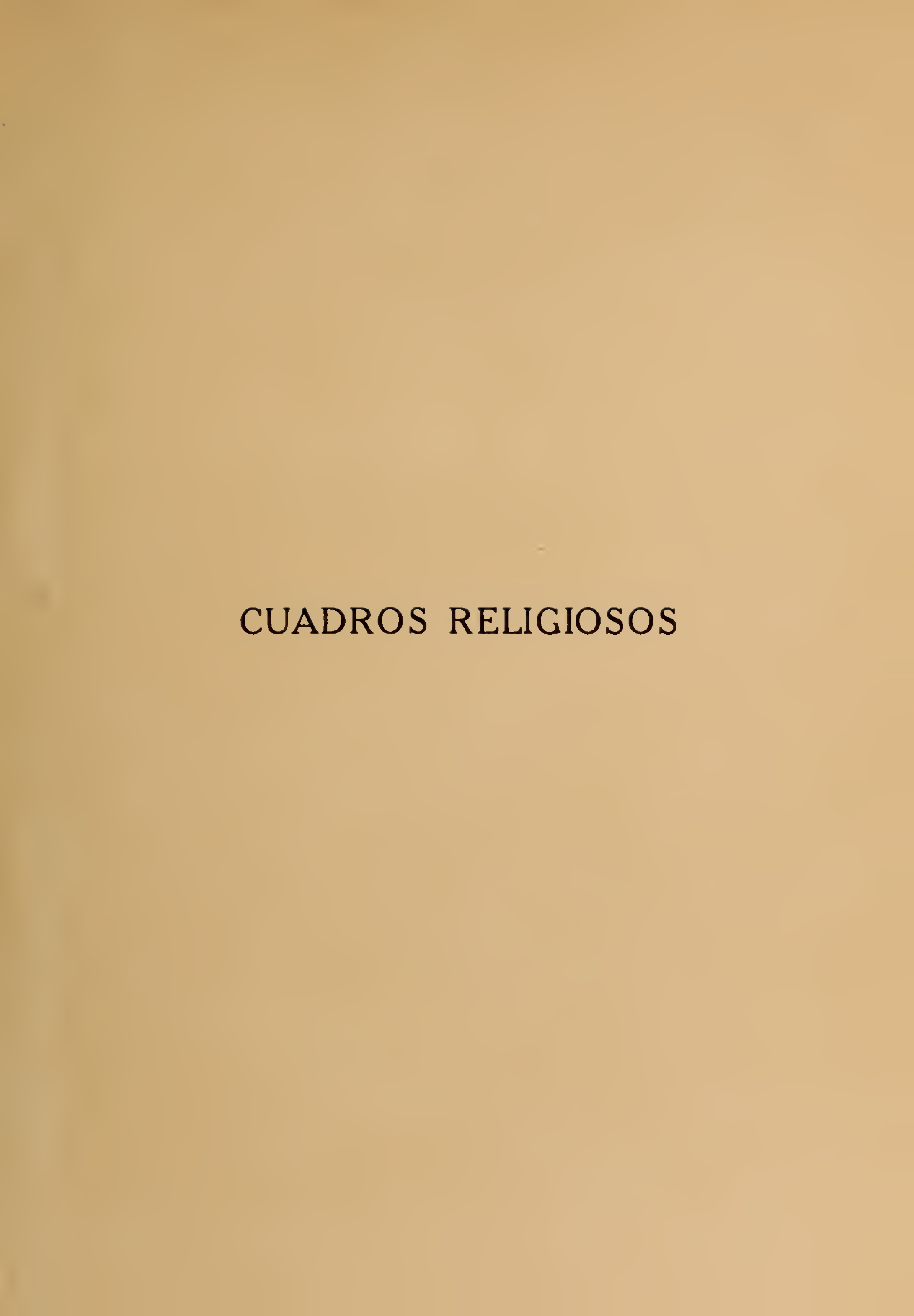
Condesa de Pardo Bazan.



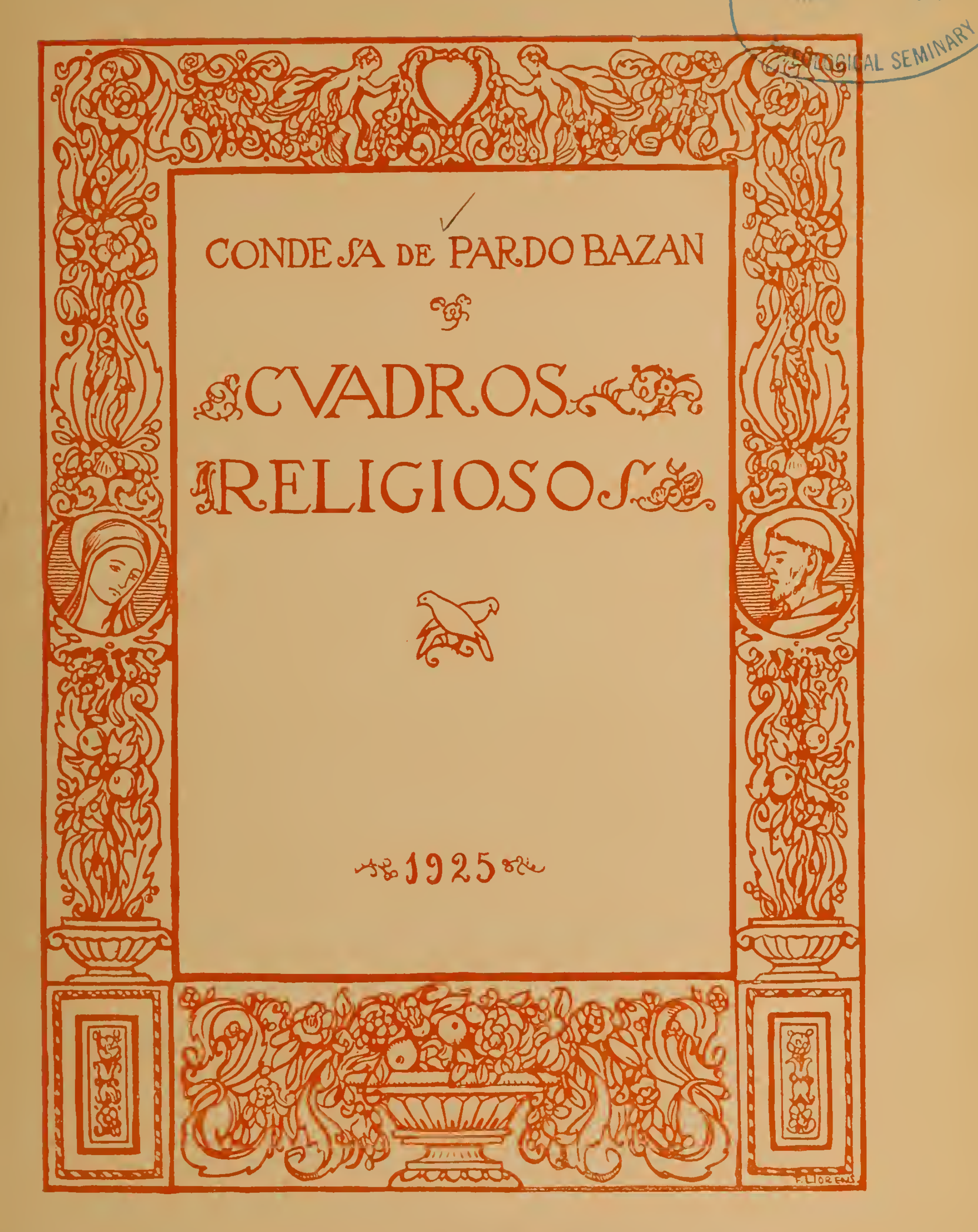
CUADROS RELIGIOSOS



Año de MCMXXV.



CUADROS RELIGIOSOS


CONDESA DE PARDO BAZAN
CVADROS
RELIGIOSOS
1925
F. LLORENS



Con licencia eclesiástica.



Al Excmo. e Illmo. Sr. D. Leopoldo Eijo y Garay

Obispo de Madrid-Alcalá.

Respetuosamente

Carmen Quiroga Pardo Bazán





PROLOGO



Los trece «cuadros religiosos» que se agrupan en este volumen forman un todo armónico, aunque no lo parezca de primera intención.

Fuera de la santidad ¿qué tiene la emperatriz Pulqueria de común con nuestra doctora abulense o con Verónica Julianis, la monja capuchina de principios del siglo XVIII? ¿Cómo coordinar la índole de tiempos tan distintos cual los primeros siglos cristianos de Alejandría, el siglo XVI español, la Edad Media castellana que va de Alfonso VIII a San Fernando, la Roma que lucha contra los pueblos del Norte y la Bizancio imperial de Constantino y Santa Elena?

Y, sin embargo, por las trece páginas de hagiografía corre soplo unificador, existe algo que reduce a unidad lo que está disperso en la apariencia, hay una clave de cuadro sinóptico que pone una sola médula y un solo aliento a los heroísmos, virtudes y aspecto social que cada una de esas santas hacen revivir.

El mérito principal de los estudiosos, el porqué de los grandes

hombres y de las grandes mujeres —a cuya estirpe pertenece la autora de este libro—, tal vez consista en que ven las personas, la naturaleza, los hechos sociales, la historia y el asunto respectivo de ciencias, artes, literatura, doctrinas y sistemas en el *espíritu* más que en la *letra*, para emplear términos bíblicos.

Importa, pues, conocer de qué modo se acostumbró a estudiar y sentir el cristianismo la Condesa de Pardo Bazán y entonces no será difícil ver unidad en lo que, a primera vista y a la superficie, no la tiene.

La obra más celebrada de la autora es el *San Francisco de Asís*. El «franciscanismo» animó siempre a la insigne polígrafa gallega que es gloria de España. Ahora bien; Doña Emilia no ingresó en el claustro; vivió en el mundo, consagrada a las letras, al arte, al cultivo de la inteligencia en todas y cada una de sus fases. La familia franciscana cuenta con una filosofía. San Buenaventura y Escoto son los maestros. Una intelectual —usada la palabra en su sentido más alto y propio— había de establecer, por fuerza, como principio de su pensamiento y de sus producciones literarias ese mismo sistema, cuyo fondo es el platonismo y al que adornan los distingos del *Doctor sutil*, sin otro defecto que el de estar aplicados a la filosofía, pero que en arte y literatura pueden producir resultados maravillosos.

Si por una desgracia inverosímil se perdiesen todos los escritos de la Condesa de Pardo Bazán y quedaran sólo estas trece biografías de santas, sería posible, con ellas a la vista, definir el espíritu de quien las compuso. La autora es latina por naturaleza. Su comprensión del romanticismo y el naturalismo no excluyen aquella cualidad, esencialísima a su persona. A fuer de latina continúa, —y acaba, quizá— la tradición clásica y platónica de nuestras letras, el

aticismo elegante, el verbo preciso que infunde vida a la realidad cotidiana con un soplo que llega del ideal.

El peso de veinte centurias —bastan para ello muchas menos— impide separar el cristianismo de la significación social que le acompaña. La doctrina del Crucificado es algo más que consuelo de sustancia escatológica, regla moral y medio de ligarnos, una y mil veces, con Dios. El cristianismo todo lo informa y sujeta a su imagen. Como religión de vida tiene por carácter el de ser social. No se comprende que marche por senderos distintos que la civilización. La nueva ley debía unirse, identificarse, formar un solo cuerpo con el pensamiento universal y al extenderse por la tierra la luz del Gólgota, dábanse cita en una ciudad de Egipto todos los saberes, todas las doctrinas, todas las ideas que habían dignificado, desde antiguo, a la humanidad.

Las victorias de Alejandro difundieron el alma de Grecia por buena parte del mundo que entonces se conocía. Los romanos, al someter la Hélade bajo su planta de conquistadores, supieron a su vez iluminarse el alma con el espíritu del pueblo vencido, que de esta manera llegó a todos los ámbitos del globo. ¿Cómo había de vencer el clasicismo greco-romano a las demás doctrinas y formas de civilización que luchaban por enseñorearse del planeta? La respuesta se halla en la historia de Alejandría donde se juntan en un foco común todos los soles que hasta la fecha habían dado luz y calor a las almas.

El cristianismo se encuentra por vez primera con la civilización cuando ésta se nutría la entraña de platonismo alejandrino; y así, desde el Evangelio de San Juan hasta los últimos tiempos de la patrística —estaba por decir que hasta el Concilio de Trento—, toda mente cristiana lleva la marca de Platón.

La obra de los padres de la Iglesia consiste en haber separado el platonismo de las doctrinas judías que le adulteraban. Las *ideas* de Platón son realidades, no meros conceptos de la inteligencia; son lo real, lo absoluto, lo necesario del mundo, el arquetipo y la causa de todo lo que existe. Además yo creo que el concepto del alma dado por el filósofo de la Academia responde mejor que el aristotélico y tomista a la realidad de la vida. Después de leer a Platón, Cleombrato de Ambracia se tiró al mar desde un muro muy alto para librarse de las ligaduras materiales y vivir solamente en espíritu.

Aunque admirador de Santo Tomás (que, vaya entre paréntesis, tuvo también mucho de platónico), no me convence que sea el alma la única forma substancial del cuerpo y me parece de perlas para estas funciones la «forma o razón de corporeidad» que señala Escoto, el cual, como franciscano, influyó considerablemente en la cultura de doña Emilia. La expresión «un hombre muerto» que existe en todas las lenguas, ¿no dará en este punto la razón a Escoto contra Santo Tomás?

El concepto del alma según Aristóteles, peca de oscuro. Sólo el genio de Santo Tomás ha logrado aclararlo y darle precisión. Pero el Aquinate no inaugura el cristianismo. Era natural que los primeros filósofos cristianos se apoyasen y se inspirasen en Platón, cuya doctrina viene a ser tradicional en la Iglesia. El Credo, o Símbolo de los Apóstoles, que decimos en castellano, tal como lo escribe Ripalda en su Catecismo y el Credo o Símbolo llamado de Nicea y de Constantinopla que el sacerdote reza en la misa, ¿no son acaso la unión del platonismo y el cristianismo, la síntesis de la Academia y la doctrina revelada, la purificación de las teorías platónicas que aparecen limpias de elementos extraños, incluso de aquellos que el mismo Platón tomó del Asia?

La filosofía cristiana —a una intelectual como la Condesa es lo que más puede interesarla en el cristianismo— se funda en Alejandría para luchar contra judíos, paganos y herejes, que degeneran el platonismo, en tanto que los Padres de la Iglesia procuran su regeneración por cuantos medios tienen a su alcance.

Las *ideas* de Platón son realidades. Plotino es ya francamente idealista. En Porfirio nace la teoría nominalista, que la Condesa expone y comenta en el segundo volumen de su *San Francisco de Asís.* Porfirio y Guillermo de Occam, sostienen dentro de la historia, cada uno por un extremo, la cuerda que el Doctor Angélico no logró romper quizá y fué sostén, andando los años, del idealismo germánico y de todas sus circunstancias y consecuencias.

Hierocles, Proclo, Jámblico, Edesio, Crisanto, Máximo, Juliano el *Apóstata* y las cuatro tendencias en que suele dividirse a los gnósticos, continúan separando a Platón de la ley cristiana; para ello falsean el sincretismo y el eclecticismo que dan uno de sus caracteres a la escuela Alejandrina.

Levantan entonces la bandera cristiana contra toda filosofía, Minucio Félix, Tertuliano y Lactancio. En cambio, buscan la verdad dentro de la filosofía y de la ciencia Clemente de Alejandría, Orígenes y los diversos Padres de la Iglesia, griegos y latinos, cuyos nombres y cuyas doctrinas no son de este lugar y aparecen los cuatro manantiales platónicos en que se anegan Santo Tomás y la Escolástica, y que son el Pseudo-Areopagita, Boecio, Nemesio de Emesa y San Agustín.

La Condesa de Pardo Bazán conoce a la perfección todo este período patrístico del pensamiento cristiano. Sabe de herejías y de tesis esotéricas, más o menos judías. En las discusiones teosóficas que gustaba de sostener con D. Juan Valera, la diferencia de cri-

terio entre uno y otro tal vez consista en que D. Juan miraba a Cristo a través de Platón y la Condesa para llegar a Platón pasaba por Cristo y por su «antípoda», el *Poverello*.

El franciscanismo de Doña Emilia Pardo Bazán, perenne en cada una de sus obras y manifestado con su actitud en cada uno de los géneros intelectuales y literarios a que se consagró la autora, adquiere en estos CUADROS RELIGIOSOS vigor y brillo extraordinarios. Porque —ya es hora de decirlo— el principio unificador de las páginas que siguen es esa parte del espíritu franciscano que procede del platonismo de San Agustín y nutra la mente de San Buenaventura y Dunsio Escoto.

Al sabio obispo de Hipona se le llama con toda justicia el *Doctor de la Gracia*. Sin caer nunca en herejía —como siglos más tarde cayeron los jansenistas con opiniones parecidas a la suya y que decían haber aprendido en sus obras—, San Agustín sostiene la buena doctrina contra Pelagio y da forma teológica y científica a ciertos hechos que la Condesa se complace en relatar. La gracia agustiniana se ofrece viva, cierta, penetrante, indiscutible, en Santa María Magdalena y Santa Pelagia. ¡Qué prodigios de amor divino observamos en una y otra pecadora arrepentida! La gracia que se presenta en San Agustín como intelectualismo toma en María de Magdala y la hermosa cortesana de Antioquía naturaleza sentimental. El hijo de Santa Mónica ilumina el mundo cristiano con los destellos de su inteligencia. Magdalena y Pelagia reconfortan a las almas sedientas de amor con el incendio de sus corazones. Uno y otro caso responde al mismo concepto de la divina gracia. La historia confirma en este punto la doctrina del santo africano que ve y enseña las concordancias entre Platón y los Evangelios, del modo que ocho siglos más tarde supo el Doctor de Aquino cristianizar al filósofo del Liceo.

El triunfo de la Iglesia es, en los sectores intelectual y social, el triunfo del clasicismo greco-latino sobre el paganismo, el judaísmo y las herejías, logrado con el auxilio de la gracia. La Magdalena y Santa Pelagia simbolizan aquí la gracia que adquiere forma teológica y especulativa en los escritos de San Agustín. Pero el cristianismo y la ortodoxia triunfan del paganismo y de las herejías, no solamente con la lógica, los saberes y el raciocinio aplicados a la Escritura, la teología y la filosofía. El sacrificio, con su víctima expiatoria, no pudo quedar fuera de un hecho social en que colaboran Dios y los hombres. También hacía falta la sangre de los mártires para la victoria completa del cristianismo sobre los entendimientos y la sociedad. La Condesa de Pardo Bazán busca en la historia dos santas que sean encarnación de este suceso. El martirio de Santa Cecilia robustece el reinado social del Nazareno contra las corrientes paganas. La vida y la muerte de Santa Oliva de Palermo ¿no son imagen feliz del imperio cristiano, inmune a las herejías que trataban de aniquilarle y triunfador de los pueblos del Norte que devastaban a Europa?

La ley evangélica sigue su marcha victoriosa y sube al trono de los Césares. En el palacio imperial de Bizancio, al que llegan, como humo de incienso, las glorias de Nicea, donde brilla Osio, el cordobés, encuentra doña Emilia dos santas emperatrices: Elena, la madre de Constantino, y Pulqueria, la hija de Arcadio, nieta, por consiguiente, del español Teodosio el Grande.

El cristianismo va dominando la tierra; los corazones, con las arrepentidas de Magdala y de Antioquía; los entendimientos, con los Atanasios, Gregorios y Agustines; las costumbres, con haber borrado falsas opiniones la sangre de Cecilia y Oliva; los reinos, con Elena y Pulqueria.

¿Dónde encontrar ahora la mujer que armonice el saber con el sentimiento, la filosofía platónica con el martirio, la belleza y la elegancia con el puro ser de cristiana?

Muchas veces estuvo inspirada la autora de *San Francisco* por la figura y la *Aurea Leyenda* de Santa Catalina de Alejandría, patrona de los filósofos. La introducción a una de sus últimas novelas, *Dulce Dueño*, es también la vida de la santa. Por eso se reproduce a continuación del artículo de *Blanco y Negro*. Hay más todavía. La Condesa, que fué siempre lo que se llama «una mujer de su casa», sabía bordar con la misma perfección que supo escribir. En los asientos de una sillería, por ella bordados, que conserva su hija Carmen, no falta en uno de ellos la efigie de Catalina Alejandrina sobre fondo de oro. Y es que nadie mejor puede comprender a la filósofa, émula de Hipatía, que la polígrafa española de nuestro tiempo. La leyenda de la santa, sabia, virgen y mártir, forma unos cuantos siglos de *folk-lore*, no terminado aún. Su vida y su obra interesan y atraen por igual a los eruditos y al pueblo. No en vano el cristianismo reune estos dos caracteres.

La doctrina de Jesús avanza por el mundo como soberana. Va en el cáliz del clasicismo, verdadero Santo Grial que la defiende de impurezas. La Condesa no podía olvidar el medioevo español. Hay en él, sin contar a Mafalda—Princesa de Portugal y reina de Castilla como esposa de Enrique I, que no ha salido aún, me parece, del grado de Beata—, una santa reina de León y una princesita mora que subió también a los altares. Es la primera Santa Teresa, mujer de Alfonso IX y madre de Doña Sancha y doña Dulce, las hermanas de padre del rey San Fernando. La princesa mora se llama Casilda; es hija de Al Mamun de Toledo, el amigo, el huésped un día de Alfonso VI. ¡Qué poético, que conmovedor, resulta su «milagro de las rosas»!

Doña Emilia no ha de abandonar la Edad Media española sin entonar unas «florecillas» al alma de fuego, encendida en caridad, de la catalana Santa María de Cervellón, perteneciente a nobilísima estirpe. Y como la autora llevaba a la cintura, al igual de Dante, el cordón de los terciarios de San Francisco con que se la enterró, era natural que figurasen en su galería hagiográfica femenina Santa Clara de Asís y Santa Verónica Julianis.

Algunos se preguntarán qué tienen que ver con el franciscanismo platónico y con el triunfo de la Iglesia sobre el paganismo, el judaísmo y las herejías, estas tres santas españolas, dos de las cuales puede decirse que reparten su vida entre la alta y la baja Edad Media. La respuesta es sencilla.

El espíritu clásico tiene de Grecia y de Roma y abarca además de los saberes humanos y divinos, la política, siempre con sentido de unidad. La Iglesia hizo suya, dignificándola con el cristianismo, la política de la antigua Roma. La etnarquía cristiana de la Edad Media, que presidían los Pontífices, es continuación y robustecimiento del principio de unidad. ¿Cuándo aparece más claro y palpable este estado social? Nadie lo ignora. A partir de la hegemonía de Cluny y del pontificado de Hildebrando o San Gregorio VII. Cluny entra en España en tiempos de Alfonso VI. El cristianismo que enamora a Santa Casilda ¿no es ya, por ventura, ese matiz social altamente civilizador que la famosa abadía francesa iba extendiendo por los países occidentales de Europa? El sacrificio, como esposa, de Santa Teresa de Portugal, por obedecer al Papa ¿no dice también la veneración de Reyes y de pueblos por la Santa Sede?

Santa María de Cervellón por su parte, representa, dentro de su siglo y de las circunstancias que rodearon su vida, ese alma latina en pugna con el Asia cruel que comienza en las Cruzadas y corona

su obra con los laureles de Lepanto allá por los mismos días en que Santa Teresa de Jesús «muere porque no muere» y lleva a su vida y a su obra aquel platonismo de Santa Catalina de Alejandría, San Agustín, San Buenaventura y Escoto y que se muestra perfectamente claro, inconfundible y avasallador en la oda a Salinas del autor de los *Nombres de Cristo*.

Hay en la Iglesia de Santa Catalina de la ciudad de Pisa un cuadro de Francisco Traini, discípulo de Orcagna, que representa el *Triunfo de Santo Tomás*. Se ve en el centro al Angel de las Escuelas, sentado en su cátedra y teniendo en la mano un libro abierto, en el que están escritas las frases con que empieza la *Suma contra gentiles*. Jesucristo, desde lo alto, rodeado de serafines, reparte sobre Moisés, los Evangelistas y San Pablo, que aparecen sostenidos por nubes, rayos de luz que vienen a reflejarse en la frente de Santo Tomás. A uno y otro lado del Aquinate hállanse, en pie, Aristóteles con su *Etica* y Platón con el *Timeo*, libros que desprenden sendos hilos de oro hacia la figura del Doctor Angélico, a cuyos pies se agrupan los Doctores de la Iglesia y aparece, vencido por un rayo que se escapa de la *Suma*, Averroes, con su *Comentario*.

En el Louvre existe otro cuadro, muy parecido a éste, pintado por Benozzo Gozzoli.

Los CUADROS RELIGIOSOS, de la Condesa de Pardo Bazán, son algo semejantes a las pinturas de Pisa y de Paris. Simbolizan el triunfo del cristianismo por mediación de la mujer y estudiado en sus aspectos intelectual y social.

Pero es el caso que la Condesa huyó siempre de la pedantería. Sabia de verdad, puso en sus producciones ese tinte de *Bonne Compagnie* que las hace deliciosas. Decir lo que representa para los eruditos y los aficionados a la filosofía y a la historia esas trece

páginas de hagiografía podría haberse tomado como alarde de erudición y de superioridad sobre la masa general de los lectores. Era mejor, que éstos observasen, cada uno por sí, el principio unificador de la obra, escrita bajo forma de artículos destinados a una revista de gran público. La autora había de limitarse, pues, a redactar sus notas hagiográficas a manera de divulgación, pero, eso sí, con la elegancia natural de su pensamiento y de su estilo y ofreciendo a cada pormenor sus aptitudes para sentir el arte en cualquiera de sus manifestaciones, sus dotes incomparables de narradora, su buen juicio y su conocimiento de cuantas materias trata o le salen al paso, siempre apoyada en el principio clásico, franciscano, platónico y feminista que unifica toda su labor.

Se dan aquí, por tanto, en síntesis fecunda, dos especies literarias: la erudita, la que valió al autor de la *Divina Comedia* el título de «clérigo grande» y la que está al alcance de todas las inteligencias.

Era natural que doña Emilia procediese con este método llevando a la literatura, en sabia combinación y aplicados a las disciplinas que integran el presente libro, los dos caracteres del cristianismo: el científico, en el que se presentan las mayores alturas y las más insondables profundidades del humano pensamiento, y el popular, que es trasunto de la hermandad entre los hombres.

LUIS ARAUJO-COSTA.





Se destaca la figura de Santa Casilda sobre fondo castizamente español: hispano-árabe mejor dicho. Componen este fondo paredes bordadas de arabescos sutiles, de almocarabes de complicada lacería con letra de flores, que orlan cenefas de alfarge talladas en pino alerce y esmaltadas de azul y oro, y rematan en techumbres con casetones de cedro y áureas piñas pendentivas; salones cuya forma recuerda la de la tienda del desierto, pues reproducen en su decoración oriental de estucos y pinceladas menudas el colorido y el diseño prolijo de los chales de Cachemira y Damasco, de las gasas de Bagdad y el Irán, y en sus arcadas el dosel de pabellones colgantes. Si pensamos en la infanta mora de Toledo, creemos verla pasar dejando rastro de esencia de rosas por algún patio como el de la Alberca o de los Leones, en Granada, circuído de columnatas de mármol blanco, y en cuyo centro una fuente de alabastro, que lleva ins-

critos versículos del Korán, desgrana con argentina música las perlas del agua, y tiembla y riela bajo la luz de la luna, como tiembla el alma al paso del espíritu de Dios.

Aunque no fuese Toledo en tiempos de Santa Casilda lo que fueron Córdoba y Granada después, la fantasía, que no se para en ligeros anacronismos y reune los caracteres de una época entera en un personaje, finge en la Toledo del siglo XI las magnificencias del califato cordobés, y aloja a Santa Casilda en palacios semejantes al de Alhamar.

La guirnalda de rosas sobrenaturales que sirve de orla a la leyenda de Santa Casilda, nos convida a figurarnos los célebres jardines de Galiana en Toledo, que nadie sabe hoy cómo serían, pero sin duda habían de asemejarse a los del Generalife y a los que en las cercanías de Valencia formaban la celebrada Almunia de Almansur. Calles de esbeltos olmos y caprichosos recuadros de arrayán y mirta, aprisionando tablares de blancos narcisos y rosas de Alejandría de embriagadora fragancia, aguas que saltan en hilillos cruzando su red diamantina en el aire, donde los irisa y abrillanta el sol; cenadores de jazmín, en que sobre alcatifas reposa la infanta a las horas de la siesta, mientras esclavas nubianas tocan en la guzla alguna canción triste que acaso encierra los gérmenes del *polo* de la gitana *soleá*; mucha sombra, aromas fuertes —así serian los jardines y así los recreos de la hija del rey de *Talaitol*, sin que le faltase su sala de paños de calado techo, su mirador con ajimeces alicatados, parecido al de Lindaraja, de filigrana pura; ni su camarín en la torre, nido de paloma, todo vestido de coloreados azulejos, asilo donde los pies se hunden en las alfombras de Esmirna y los sentidos se adormecen con la ligera nube que despiden los pebeteros de plata.

Hermosa nos dice la leyenda que era Casilda; tan hermosa, que podrían haberse escrito para ella las *gacelas* del desventurado príncipe poeta Al-Motamid, y llamarla pimpollo de palma, gacela de negros ojos, huerto cerrado de frescas flores, gala de la tierra de El-Andalús —que así designaron los árabes a España por mucho tiempo—. Y es tan poética y tan dulce la leyenda de Santa Casilda, que nos obliga a suponer la hermosura aunque los hagiógrafos hubiesen guardado silencio acerca de este punto. En Santa Casilda encontraremos además simbolizada la idea cristiana en la Edad Media árabe, porque brota como lirio de pureza empapado en rocío de compasión, entre una raza sensual y en tiempos feroces y crueles. Viene representando lo más opuesto al sentido del Korán, libro que jamas enseñó a compadecer, según la observación acertada de un ilustre crítico moderno, Mateo Arnold.

Créese que fuese Santa Casilda hija del rey Al-Mamun, a quien la historia no presenta como enemigo de los cristianos, antes bien sumiso aliado o al menos protegido de Fernando I el Grande, y protector y amparador y huésped caballeresco de Alfonso VI *el de la mano horadada*. Verdad que a lo primero le obligaron el fuerte brazo y los triunfos del monarca de Castilla y a lo segundo la ley de gratitud y acaso el deseo de tener de su parte a quien supo demostrar, muerto Al-Mamun, que sólo por miramientos al viejo rey moro había respetado a la ciudad de Toledo, no sometiéndola a sus armas.

Por estas cordiales inteligencias entre el emir de Toledo y los reyes castellanos y leoneses; por la larga residencia de Alfonso VI en la Toledo musulmana; por el período de tolerancia y hasta de galanteria y obsequiosidad en que habían entrado las relaciones de invasores y reconquistadores, creo que se explica bien, dentro

de lo humano, la conversión de la infanta y otros detalles de su biografía. No hay que ver en Al-Mamun a un perseguidor fanático semejante al padre de Santa Bárbara, capaz de degollar a su hija en castigo de sus creencias. Al contrario: ningún rigor despliega el moro contra Casilda, y hasta de buen grado y con letras de recomendación para Fernando I la deja marchar a tierra de cristianos en busca de salud. Más adelante, la permite practicar la religión que ya se ha enseñoreado de su alma. Quizás allá, muy adentro, en lo secreto y lo hondo, también Al Mamun siente vacilar su entusiasmo por el Profeta, y comparte la fe de aquella raza dura, austera y batalladora, que palmo a palmo sabe recuperar la patria.

Unicamente el episodio del milagro de las rosas parece contradecir estas suposiciones. Refieren los breviarios y los santorales que desde la niñez había mostrado Santa Casilda gran compasión de los cautivos cristianos, y contraído la costumbre de visitarlos todos los días llevándoles socorros y consuelos. Añaden que Casilda realizaba la obra de misericordia a escondidas de su padre, y que habiéndola éste sorprendido en ocasión de llevar oculto el alimento para los prisioneros y preguntádole qué escondía, la infanta contestó: «Rosas»; y desplegando la falda, la enseñó llena de las más frescas, embalsamadas y bonitas que podían encontrarse en los jardines de palacio. De tal prodigio se ha querido deducir que el padre de Casilda era un tirano, cuando lo que prueba es la condición de los tiempos, el medio ambiente inhumano y áspero, que por contraste aumenta el divino hechizo de la piedad de Casilda. Los cautivos entonces eran sometidos a crueles tratos, sin que mediase saña y encono. Lo fueron hasta mucho después; recuérdense los sufrimientos que en Argel soportó Cervantes. Sólo hoy —y no en todas oca-

siones ni en todas partes — empiezan a ser respetados, mirados benignamente.

Y el privilegio de Santa Casilda, y su alta significación cristiana, es haber afirmado, con la ternura de su corazón de mujer, con la lástima, que es bondad caldeada por el amor, las doctrinas más fecundas del Evangelio. Nótese que la piedad de Santa Casilda recaía, no en la gente de su raza, sino en los que al cabo eran enemigos: en desvalidos nazarenos, que se pudrían en las mazmorras sin que los mismos reyes de Castilla intentasen rescatarlos; pues hasta dentro de muchos años, y por inspiración de otro santo, no se abrió camino la idea del *rescate*, convertida en *canje* por el moderno derecho internacional. La justicia y la caridad tomaron en el siglo XI la seductora forma de la infanta musulmana.

Santa Casilda anhelaba recibir el bautismo, y logró sus deseos al pasar a tierra de cristianos para bañarse en el lago de San Vicente, cerca de Burgos, donde esperaba hallar la curación de la grave enfermedad que padecía. Ya bautizada y sana, a orillas de aquel lago edificó una ermitilla, bien diferente de los harenes y jardines de Toledo, y allí, consagrada a Cristo su pureza, hizo penitencia hasta el último día de su vida, que acabó a mediados del siglo XI, no consta en qué año, poco antes o después de que expirase sobre la ceniza, con ejemplar muerte, el gran rey Fernando I.



SANTA OLIVA DE PALERMO · VIRGEN Y MARTIR

10 de Junio



ON mayor motivo que el huno Etzel o Atila debió el sevillano Genserico ser llamado fatídicamente *Azote de Dios*. Desde que sucedió a su hermano Gunderico, ni en Occidente ni en Oriente hubo sosiego. Llenan los anales del siglo V sus empresas, sus irrupciones, el choque de los escudos de sus ligeros y ardientes soldados vándalos. Aecio, que logró contener a Atila y escarmentarle en los campos Cataláunicos, nada pudo contra el conquistador español. A los veintidós años pasaba el Estrecho, arrasaba el Africa y se hacía señor de cuanto en ella poseían los emperadores romanos y bizantinos. Desde allí, alzando el vuelo como aguila caudal, se arrojó sobre las codiciadas costas del Mediterráneo. De Sicilia a Roma estaba

franco el camino, y Genserico lo anduvo. Atila se había rendido a los ruegos del Papa, que intercedía por la Ciudad Eterna. Genserico, más feroz, no hizo caso del santo viejo, y saqueó y asoló por espacio de medio mes. Después de Roma, Bizancio ofrecía rica presa; las tropas de Genserico avanzaron hasta las puertas de Constantinopla. Setenta años vivió el terrible Rey, y a sus previstas crueldades de invasor unió las del fanático religioso. Genserico era arriano; los fieles le debieron una persecución nueva.

De las primeras ciudades que en Italia acometieron los vándalos fué la semiafricana Palermo, en Sicilia. La *felice* —así suele Palermo ser nombrada— tuvo sino de invadida; como se disputan los piratas a una cautiva hermosa, se la disputaron, a través de la historia, vándalos, sarracenos, ostrogodos, españoles y franceses. Genserico, al apoderarse de la ciudad, la entregó a la soldadesca; la tea y la espada hicieron su oficio; las calles se llenaros de cuerpos insepultos, descabezados a cercén o abiertos a cuchilladas; con la pez y el azufre, que la isla produce en abundancia, se activaron los incendios, y la roja aureola del volcán quedó eclipsada por las llamas devoradoras que consumían la Palermo romana, sus templos, sus basílicas, sus termas, sus palacios.

A algunos niños y niñas de los más lindos los perdonó el cuchillo; se reservaron para el cautiverio y la venta en Africa. En este número se contó Oliva, cristiana, de trece años, de familia ilustre. Lleváronla a Túnez con la argolla al cuello. Túnez era un emporio comercial, una colonia romana que acababa de someter a su ley Genserico; y al gobernador de la plaza, por mejor bocado, le presentaron la sicilianita. Quiso él convertirla al arrianismo, o tal vez, con mayor empeño, a la impureza; Oliva resistió, la azotaron, paseándola por las calles y plazas, desnuda de medio cuerpo (pena

muy común en aquella época, y que se conservó en todo su barbarie hasta entrado el siglo XVIII): y fuese que la dejasen por muerta, fuese que su tierna edad infundiese alguna compasión, en lugar de degollarla o de volverla al calabozo, la soltaron en un bosque inmediato a Túnez, pensando sin duda que las fieras completarían la obra de los hombres.

Llagada y exánime, consiguió Oliva arrastrarse hacia un manantial; apagó la sed, refrescó sus heridas que escandecían, y cayó en un profundo letargo. Cuando pasada ya la noche volvió en sí, notó una alegría misteriosa, inmensa. Estaba sola, en el seno de la naturaleza dulce y amiga. Corría el mes de Abril; el sol no había podido aún desecar los campos, y las praderías ostentaban todo el intenso verdor y la rica y caprichosa florescencia que en aquellas comarcas pierden en Junio. En Túnez, en tal estación, sorprende la abundancia de flores; a millares esmaltan la hierba menudas y apretadas, como se ven en los fondos de los tapices góticos. Háilas blancas: la campánula, el lirio, la biznaga, llamada umbela, sobre cuyo nevado seno brilla una gota de sangre; la manzanilla, la rosa silvestre. Háilas amarillas: el narciso, la cicuta, el trébol, pero, especialmente, las hay azules, color del inmaculado firmamento de Africa y Sicilia; azules como el cielo a que Oliva aspiraba. Su alma de niña se inundó de gozo a la vista de tantas y tan bonitas florecillas campestres. Sintiendo algo aliviados sus dolores y viendo a corta distancia un bosque frondoso, se internó en él buscando sustento.

¿Qué árbol o arbusto no crecerá magnífico en la fértil comarca africana, el jardín de las Hespérides de los antiguos mitos? La palmera, la higuera dulcísima, el naranjo con sus globos de oro, el granado con sus coronadas pomas, el precoz almendro, el castaño, el rudo nogal, la chumbera con sus espinosos frutos azucarados por

dentro, símbolos de la virtud que lucha... Oliva, en las profundidades de la arboleda, que olía a miel y al almizclado polen, esparcido por la brisa calurosa ya, encontró de sobra con qué saciar el hambre. Sus heridas, cauterizadas por el aire libre, empezaban a curarse; la inflamación descendía y la criatura, comparando a la humanidad con la naturaleza buena y silenciosa, bendijo a Dios que la había conducido al desierto y volvió a dormirse, sin asomo de temor a las fieras. ¿Qué fiera podría ser tan cruel como las hordas de Genserico y el populacho de Túnez? Oliva recordó con lágrimas la horrenda suerte de su familia. Sin delito alguno, por confesar la fe en que creían, al padre le habían ensartado de un lanzazo. Oliva presenció cómo la punta de la lanza salía por el costado derecho, y se estremeció acordándose de la negra charca de sangre cuajada sobre el mármol del patio de su casa. Otra impresión atroz: el grito de la madre, arrastrada por los cabellos hacia el interior del palacio. Después, el viaje, la esclavitud, la flagelación, la vergüenza de pasar medio desnuda entre silbidos de la plebe... No; a Oliva no la estremecía el rugido cavernoso del león, ni la lúgubre queja de los chacales allá a lo lejos. Al contrario; pareciále que, por amor de Jesucristo, las fieras iban a ser sus leales amigas.

Y en efecto, las fieras no hicieron daño alguno a Oliva en los siete años que vivió oculta en la selva, donde se construyó una especie de barraca de caña y de palos, cubierta de hierba seca y rematada por una cruz. Verdad que tampoco ella causó mal a ningún ser viviente, a ninguna criatura de Dios. Se alimentó sólo de frutos y raíces, ni aun quiso robar su leche a los cabritos; y para tener compañía, domesticó una gacela, que la seguía dócilmente y se echaba a su lado, lamiéndola con cariño las manos y el rostro.

Entretanto, con aquel vivir sano y natural, Oliva se había con-

vertido de niña en mujer sobremanera hermosa, de tez obscura como el fruto del olivo, de miembros gallardos como los de una elegante estatuilla de bronce. La abundante crencha negra, rizada en bucles naturales, la cubría hasta la cintura, y un sayo de pelo de cabra tejido por sus manos la vestía honestamente. Un día, escuchando desde su escondrijo voces humanas, la dió un vuelco el corazón; comprendió que era llegada su hora: las alimañas salvajinas la habían respetado; el hombre venía a ensañarse con ella. No se engañaba. Eran cazadores; los perros, rastreando, descubrieron la barraquita; murió de un flechazo la gacela privada; vieron a Oliva; atónitos la recogieron; ella les exhortó a convertirse; corrió la noticia, y vinieron soldados con orden de llevar prisionera a la cristiana, a quien encerraron en una mazmorra, privándola de alimento, y después, ante su firmeza, probablemente ante su castidad, torturaron de mil ingeniosas maneras cuyo catálogo estremece. La rociaron con aceite hirviendo; la tostaron el seno con hachas encendidas, y los anales nos dicen que después de resistir sin morir suplicios tan espantosos, fué preciso ejecutar lo único que ponía fin a la vida de los mártires: cortarle la cabeza.

Y el alma de Oliva, libre ya de la cárcel del cuerpo, vió otra vez la fresca pradería esmaltada de flores, pero eran flores de luz; encontró de nuevo la selva llena de dulces frutos, pero eran de ambrosía, de un sabor que no hartaba jamás; y volvió a experimentar la deliciosa impresión de sentirse apartada de la maldad humana para siempre. La increada lumbre del Paraíso la bañaba; estaba sola, lejos de los verdugos, libre de ellos por toda la eternidad.



SANTA TERESA REINA.

XVII de Junio.



IENE esta santa, hoy bastante olvidada de los devotos, la genuina fisonomía de su época: pertenece a la Edad Media castellana en el primer período, cuando era un ideal que iba encarnándose la reconquista, y una aspiración próxima a generalizarse la unidad nacional de España, dividida en Estados apenas contituídos después de porfiadas luchas. Entre su fragor y estrépito, la figura de Santa Teresa, infanta de Portugal y reina de León, se pierde a veces, borrándose sus contornos de mujer. Es necesario adivinarlos, desentrañar el drama íntimo de su corazón por los datos escuetos de las sucintas biografías.

Puede señalarse como nota peculiar del momento en que vive la reina Santa Teresa, el final de la edad heroica, reconquistadora, legendaria, y el principio de la civil, en que los Estados peninsulares se aproximan entre sí y se comunican con el resto de la cristiandad. Lo anterior a Santa Teresa es la conquista de Toledo con sus novelescos episodios; la terrible acometida de los Almoravides, que traían entre los pliegues de sus alquiceles el ardiente soplo del Africa, y en sus manos los hierros para sus propios aliados los árabes españoles; la gesta o epopeya del Cid Campeador, que había de florecer en la fresca primavera de los *Poemas*, y más tarde del *Romancero;* las discordias entre Doña Urraca y su esposo, que prendieron de punta a cabo a los dominios de ambos consortes; la siniestra venganza del Monje y la fusión, en su hija, de dos pedazos de España tan importantes como Aragón y Cataluña. Y en Portugal —donde Santa Teresa iba a nacer— acababa de condensarse el espíritu de independencia, que el tiempo acreció y que llegó a hacer definitivo en otras edades, la torpeza y debilidad de nuestros reyes de la casa de Austria. Alfonso Enríquez había fundado la monarquía portuguesa, y el Papa la reconocía de un modo implícito, con cautela y diplomacia suma. Era la mano del Pontífice la que en aquellos siglos solía atar y desatar los poderes de la tierra, y fué esta misma mano, donde brilla el anillo del Pescador, la que rompió y aniquiló la dicha de Santa Teresa, impulsándola, por el estímulo del dolor, hacia las cumbres de la santidad.

Mancebo de dieciocho años, Alfonso IX de León sucedía en el trono a su padre, y deseando sumar fuerzas contra el rey de Castilla, pedía a Sancho I de Portugal la mano de su hija mayor, la infanta doña Teresa. Dicen las historias que doña Teresa era linda como unas flores, y el encanto de su glorioso abuelo Alfonso Enrí-

quez, el cual, embelesado por las gracias de la niña, se propuso que ninguna princesa poseyese joyas mejores (de antiguo se observa en Portugal esta afición a las alhajas), y colmó de patenas de oro, sartales de perlas y brincos y arracadas de pedrería muchos cofrecillos, a su nieta destinados. Pero la criatura no conocía más placer que el de la oración, y a los diez años oía misa de rodillas con compostura edificante, manifestando que deseaba abrazar el estado religioso. La política intervino; la boda con el leonés fué concertada, y Teresa, a principios del 1091, se reunió con un esposo de florida edad, de apasionado temperamento, noble y valiente.

Es indudable que en tal situación Teresa se entregó a la honesta ventura que el matrimonio la brindaba. Y cuando supo que esta ventura era ilícita, pecaminosa, la costó increíble esfuerzo y recio y prolongado combate renunciar a ella. Lo que digo parecerá extraño tratándose de una santa puesta en altares, pero es muy cierto si se ha de creer al *Año Cristiano*, que citaré después textualmente. Desde el punto de vista humano, el caso no maravilla: el amor nació y se fortaleció en Teresa por natural efecto del santo nudo, y el desengaño y la sorpresa y el remordimiento no podían arrancarlo instantáneamente del alma. Era preciso que sangrase, que se destrozase, antes de resignarse al cruel sacrificio. Tenía que padecer, que ser crucificada aquella alma digna de aspirar a la santidad perfecta.

Fué el caso que, al concertarse los desposorios de Alfonso y Teresa, no se había tenido en cuenta el parentesco cercanísimo que los unía, como hijos que eran de hermanos, Alfonso de doña Urraca y Teresa de D. Sancho I, prole de Alfonso Enríquez de Portugal. No dispensaba entonces la Iglesia, en ningún modo, estos enlaces, sobre los cuales caía la mancha de incesto. Así que ascendió al solio

pontificio Celestino III, rebosando, a pesar de sus ochenta, aquel vigor moral con que supo oponerse al cautiverio injusto y cruel de Ricardo *Corazón de León*; así que llegó a su conocimiento el enlace del monarca leonés, apresuróse a intervenir para desbaratarlo, sin reparar en razones políticas ni en el amor que unía a los cónyuges. Sienten algunos que la decisión del Papa fué motivada por un Concilio celebrado en Salamanca, donde figuraron los obispos de León y Portugal, con asistencia del Legado Apostólico, y donde el matrimonio de los reyes fué declarado nulo. Otros niegan la existencia de este Concilio. Lo probado es que Celestino III les ordenó que se apartasen, cesando inmediatamente de tratarse como marido y mujer. Y aquí llega el caso de citar textualmente el *Año Cristiano*: «Después de varios avisos para que se separasen Alfonso y Teresa, excomulgó (el Papa) al uno y al otro, y también al rey de Portugal, y puso en entredicho en ambos reinos. Los reyes no se separaron hasta pasados cinco años, en que les nacieron tres hijos, Doña Sancha, Don Fernando y Doña Dulce.»

No se desmiente en los santos la condición humana, y acaso interesan más aquellos en quienes observamos la lucha de las pasiones y de la gracia, como en San Agustín y en esta Reina medioeval. Enamorada, correspondida, dichosa, persuadida al principio de que legítimamente podía serlo, el golpe que destruía su vida la sorprendía en plena luna de miel, que diríamos ahora; en lo más suave y sazonado de los gustos, —y no quería dejarse arrebatar tanto bien—. Acaso esperaba que se ablandaría el Pontífice. No otra cosa puede suponerse al comprobar que dama tan piadosa, de vida tan edificante antes y después de su matrimonio, arrostra el rayo de la excomunión y los terrores del entredicho, y defiende por espacio de cinco años un amor y un hogar reprobados por la Iglesia

del modo más explícito y tremendo. Si se piensa lo que era en aquellos siglos la fe, su inmensa fuerza social, se comprenderá cuánto debían amarse los que la resistían y contra su formidable torrente seguían abrazados. El entredicho era la suspensión de la vida religiosa. Cerrados los templos, veladas con negro paño las imágenes, interrumpido el culto no celebrado en secreto, con exclusión de los fieles; negados los Sacramentos, mudas y descolgadas las campanas, y el pecador o los pecadores por culpa de los cuales se fulminaba el entredicho declarados impuros, y obligados los que les rodeaban a rehusarles el agua y el fuego. Poco tiempo solían resistir los monarcas la irritación y el espanto de los pueblos ante el entredicho: acababan por inclinarse y obedecer. Así sucedió a Alfonso de León y Teresa de Portugal.

Con el corazón despedazado, la reina pidió consuelos a la misma religión que la hería tan hondo, y lejos de pensar en nuevos lazos, se entregó a la penitencia y a la mortificación, en que tal vez hallaba único y triste placer. Aunque al deshacerse su matrimonio Alfonso le había reconocido estados que gobernar en Villafranca del Bierzo, doña Teresa profesó de religiosa cisterciense en un monasterio poco distante de Coimbra. Venía bien con sus deseos de padecer la austeridad de aquel instituto. Dejando los esplendores del trono, las inútiles galas, sólo buenas cuando las acompaña la alegría, Teresa se vistió de telas pobres, practicó el ayuno, comió de lo que comían los pecheros y repartió sus rentas entre los necesitados. Todo debía de parecerla poco tratándose de expiar cinco años de tormentosa dicha. Y nada alcanzaría, si faltase la Divina Misericordia, para luchar con los recuerdos y lograr conformidad. A la prueba de dejar a Alfonso, a quien tanto quería y de quien los hechos históricos desmuestran que era amada, se juntaba la de verle ya

desposado con otra mujer: doña Berenguela la *Grande*, madre que fué de San Fernando. Por cierto que en este enlace, de feliz augurio para la unidad de la patria, se reprodujo con variantes la historia del primero, y fué disuelto igualmente, dando lugar a que el Padre Florez escriba, sorprendido: «Es cosa de admirar el estado de aquellos tiempos sobre la contracción de matrimonios: pues acabando de separarse D. Alfonso de la reina Santa Teresa por el parentesco que mediaba, contrajo segundas nupcias con otra también parienta en grado prohibido.» Cuando, unos ocho años después de su desdicha, pudo la reina Teresa saber que Doña Berenguela sufría igual suerte, no dejarían de llegar a su noticia, renovando sus dolores, los amoríos y devaneos en que andaba enredado Alfonso. La historia conserva el catálogo de sus predilectas amigas y la lista de sus hijos, que no bajan de dieciocho entre legítimos y naturales.

Entretanto, Teresa pedía a Dios por él en el retiro del claustro, donde tal vez a fin de acrecentar méritos que obtuviesen perdones, ingresaron y la acompañaron sus hijas las infantas Sancha y Dulce. las que «no debían haber nacido». El otro fruto de su desventurado amor, el príncipe D. Fernando, murió joven.

Sólo Dios le quedaba a la reina Teresa. Pero, como dijo otra gran Teresa española: «sólo Dios basta.» El pueblo que la veneraba, porque su prudencia y benignidad había evitado guerras civiles, fué en los últimos años de la vida de la santa a pedir a la imposición de sus manos el remedio de graves enfermedades. Los milagros la canonizaron en vida. La declaró bienaventurada Clemente IV.







ANTA Verónica Julianis es del siglo XVII; ha sido canonizada casi en nuestros días, y parece, sin embargo, una de esas apasionadas figuras de mártires que crearon los primitivos pintores, los anteriores a Rafael, sobre fondos de oro, bajo pabellones de alas de ángeles simétricamente dispuestas. La existencia entera de Verónica Julianis es un ensueño, un éxtasis y un martirio.

La historia, no obstante, explica, por el contraste y la reacción violenta del espiritualismo, la prodigiosa vida de esta mujer, más transportada de amor sobrenatural, si cabe, que la misma Santa Teresa. Verónica nació en el último tercio del siglo XVII, en los Estados Pontificios. Por entonces, el patrimonio de la Iglesia no disminuía; al contrario, acababa de anexionarse a Urbino, a Castro y a Ferrara. Pero el incremento del territorio no podía compensar la decadencia política del Papado. El catolicismo, desde el tratado de Westfalia, iba reduciéndose a no dominar sino los países latinos. Todo el Norte —Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Alemania, parte de Suiza— pertenecían ya a la Reforma. En la misma Italia surgían

complicaciones y corrían tiempos difíciles. A pesar de las excelentes intenciones de Pontífices como Rospigliosi (Clemente IX) y Altieri (Clemente X), una mansa gangrena corroía a Roma, inficionando las costumbres. La simonía y el nepotismo envenenaban el aire. Las familias del patriciado romano redondeaban su patrimonio dando jefes a la Iglesia; la galantería, el juego, los desafíos, los escándalos, hacían de la ciudad donde asentaba su Cátedra San Pedro, una corte más, como Viena y París; y envalentonados por esta disminución de autoridad moral, los mismos príncipes católicos propendían a desacatar al Papa, alzándose en Francia la tempestad del galicanismo, y la protesta del jansenismo, preparación del regalismo español y portugués. El arte también sufría una crisis, yendo a la manera de Bernino, Borromini y Fontana. Y al estampar el nombre de Bernino, diré que así como este gran artista produjo su obra maestra representando a una monja extática, el siglo espiritual no nos ofrece asombro mayor que otra monja extática, Verónica Julianis.

¿Fué su vocación fruto del mismo cuadro desalentador que veía? Lo cierto es que el ansia inextinguible de sufrir que distingue a Verónica Julianis, indica el convencimiento profundo de que se necesitaba una víctima, una expiación, una redención para tantos pecados y tantas tristezas. El generoso afán de borrar con sus dolores las culpas de todos, es el rasgo peculiar de Santa Verónica, que por la fuerza inconcebible de su voluntad y su deseo, llegó a colocarse en el escalón más próximo a la cruz, al lado de San Francisco de Asís. El Seráfico esperó salvar al mundo con el desinterés; la Extática, con el padecimiento y la tortura.

Tenía Verónica diecisiete años cuando vistió el hábito religioso en la rigurosa y austerísima Orden de las Capuchinas. De esta Or-

den salían los predicadores que de pronto, animados de un celo vehemente, hirsuta la barba, chispeantes los ojos, empuñando un Crucifijo, salían, como los antiguos profetas de Israel, clamando contra la abominación, ordenando conversión y penitencia. Aunque tan severa la regla de las Capuchinas, a Verónica le pareció un juego. Otra cosa anhelaba. Empezó por castigar su juventud con ayunos increíbles: cinco años vivió sólo de pan y agua; muchos días no probaba alimento; dormía una hora; se acostaba, no ya en su tarima, sino debajo de ella, arrastrándose; sembraba la dura cama de abrojos y guijarros, y se levantaba a las horas de más frío, para recorrer descalza el huerto, pisando la escarcha matinal. Así que creyó insignificantes estas mortificaciones, empezó a abrirse las carnes a azotes con cuerdas de nudos o con ramas de arbustos espinosos; tejió una túnica de pinchos, que llamaba su vestido bordado; después, acordándose de los mártires de los primeros siglos, se procuró un peine de hierro, y con él se desgarraba los brazos y los muslos. Apretándose al talle gruesa y ruda cadena, echándose a los hombros una cruz de leño pesadísima, daba la vuelta al claustro andando sobre las llagadas rodillas. Desplegando en atormentarse el ingenio de un verdugo refinado, ya se metía dentro de un cesto ordenando que echasen encima una piedra enorme, ya se colgaba del techo por las muñecas, de modo que no tocasen el suelo sus pies, y permanecía así, descoyuntándose, de modo que se oía el crujir de sus huesos.

Ni por tanto martirio se calmaba su sed de padecer. Lo único de que se quejaba era de sufrir poco. «Muero porque no muero», dijo nuestra carmelita de Avila. Verónica se moría porque no padecía bastante. «Vivir para padecer», era su divisa. Si entonaba himnos, era en alabanza de los tormentos. «Vivan las penas, vivan los do-

lores». Un día, en rapto místico, se abrió con agudo cuchillo aun cruz en el seno, y con la sangre que brotaba escribió a Jesucristo cartas tiernísimas. Otra vez, cogiendo una placa de metal que tenía grabado el Dulce Nombre, la puso candente y se la aplicó sobre el corazón, como un sello.

Quería más aún: algo sobrehumano. Su ambición era sentir uno por uno los dolores de Cristo en la Pasión. Sólo así se consideraría víctima aceptada, expiatoria. Su deseo se colmó; en su cuerpo aparecieron las señales. Sudó sangre copiosamente; sus brazos mostraron las acardenaladas huellas de las sogas del Prendimiento; sus espaldas, los verdugones de la Flagelación; sus lívidas sienes, la marca de la Corona de espinas; sus miembros, el estiramiento y disloque de la Extensión en el madero. Por último, sus manos y pies aparecieron taladrados con las Llagas, y de su costado herido, brotó una vena de agua y sangre.

Faltaba algo especial, símbolo de que los padecimientos no son meritorios si no son apetecidos, amados, incorporados a la voluntad y al sentimiento por modo inefable. Este sentido tuvo la extraña maravilla del corazón de Verónica, dentro del cual se imprimieron en relieve los instrumentos de la Pasión: escalera, clavos, tenazas, lanza, esponja, columna y martillo... Y del corazón que así se transfiguraba, nos dicen los escritores místicos que muchas veces llegó la Santa a trocarlo con el de Jesús. No se concibe mayor exaltación del deliquio amoroso, más ardiente sueño que este misterioso trueque; y sólo el infinito de felicidad que para Verónica representaba, pudo recompensar el infinito de sufrimientos aceptados y acogidos con alegría por una mujer en la soledad de un claustro, silencioso, teatro del sublime drama moral.

La biografía de Verónica Julianis no insiste en hablar de mila-

gros hechos por la Santa; y es que ella misma constituye el milagro más asombroso. Su larga vida —sesenta y siete años— sorprende después de tantas maceraciones. No fué abadesa hasta muy entrada en edad, y su muerte se debió a un ataque apoplético, enfermedad de naturalezas que todavía conservan vigor. El mismo año de su muerte se debió beatificarla, y en 1839 ha sido canonizada. Al pensar en Verónica reconocemos que el amor, no sólo es más fuerte que la muerte, sino que es hermano gemelo del dolor, vive por él y se ennoblece al abrazarlo.







ENTRE todos los personajes del drama de la Pasión, ninguno, excepto la virgen María, ha inspirado a los artistas como la Magdalena. Yo también sentí el atractivo de su poética historia, y cedí a él, escribiendo en dos horas una leyendita que se comentó dos meses. Me indujo este inesperado alboroto a leer despacio algunos libros que de la Magdalena tratan, en los cuales vi que ya de muy antiguo se discuten varios hechos de su vida, y que la polémica ha revestido caracteres de reñida batalla entre gente igualmente docta y piadosa, pero que entendía de manera muy diversa los textos de los evangelistas relativos a la «mujer pecadora de la ciudad».

Mientras unos han afirmado que Maria, hermana de Lázaro y de Marta, la pecadora de que habla San Juan, y la otra pecadora a la cual se refiere San Lucas, son tres personas distintas, otros

sostienen (y esta opinión ha prevalecido) que las tres forman en realidad una sola a quien venera la cristiandad bajo el nombre de Santa María Magdalena. La controversia de la Edad Media se renovó con mayor empeño en los comienzos del siglo XVI, y la Sorbona decidió que convenía atenerse al sentir de San Gregorio, según el cual no hay más que una Magdalena, la hermana del resucitado. No obstante, Bossuet y Fleury refrescaron la cuestión defendiendo que hay varias, y la iglesia galicana, cuyo voto era de calidad, porque Francia se precia de poseer los restos de la gran penitente, se inclinó al dictamen de la pluralidad de Magdalas. Hasta tal punto arraigó entre el clero francés esta creencia, que dice el abate Coulin en su obra *Santa María Magdalena*: «He oído a un venerable Prelado declarar que si tuviese que introducir la festividad de Santa Magdalena en su diócesis, no vacilaría en adoptar el Oficio de las Vírgenes.

Supongo que no es de fe creer que los distintos textos del Evangelio se refieren a una sola persona; me figuro que tal afirmación constituye lo que se llama opinión probable y piadosa, y agradeceré que los teólogos me desengañen si yerro. Pero asimismo digo que pues el común sentir ha unificado los textos refiriéndolos a una mujer nada más, y en su vida, «que no debiera escribirse sino cantarse», descubren ricos veneros la piedad, el arte y el corazón —a esta síntesis me atengo—. Hablaré de la Magdalena según en general la comprendemos y la hemos visto en los lienzos de los pintores, en las tallas de los retablos, en los escritos de los autores místicos y ascéticos: de la «única Magdalena».

Su nombre fué María, *Mirian*. Su madre Eucaris, procedía de la sangre real hebrea. Por este lado pudo transmitirse a la castellana de Magdalo el instinto del refinamiento y poesía que personifica

Salomón y la energía de la conciencia en el arrepentimiento, que se cifra en David. Cuando en la Magdalena pensamos, en la Magdalena anterior a la penitencia, la vemos vestida de joyante seda, trenzado el cabello rubio ardiente con sartas de perlas, rodeada de ánforas de perfumes y cofrecillos esmaltados repletos de joyas. Así como en la adúltera perdonada por Cristo y salvada de la lapidación adivinamos a una mujer del pueblo, en María Magdalena, a la dama de noble estirpe y fastuosa vida. Su sobrenombre procede del castillo de Magdalo o Magdalon, donde tuvo su favorita residencia y donde disipaba en fiestas y banquetes su caudal.

Era hermana uterina de Marta y Lázaro, ricos también y dueños de haciendas en Galilea y Judea. Vivían Marta y Lázaro honestamente, mientras la hermosa María, viuda ya, se entregaba sin freno al placer y la disolución. Las costumbres romanas y la molicie pagana habían cundido en aquel pueblo israelita, antaño pastor y guerrero, desnaturalizándolo y trocando en el epicureísmo reinante la austera religión de Jehová Elohim. La dinastía de Herodes, desde su vacilante trono, daba el ejemplo del incesto y de las orgías sangrientas. El judaísmo decadente se fraccionaba en sectas: mientras los saduceos incrédulos y escépticos se reían de la antigua fe, los fariseos la reemplazaban con un hipócrita formalismo, repulsivo a las almas altivas y generosas, como fué siempre, aun en medio de sus extravíos, la de Magdalena.

Hay escritores piadosos empeñados en sostener que los pecados de Magdalena no pasaron de veniales, y que sólo incurrió en lo que hoy llamaríamos ligerezas y coqueteos. Pueril rehabilitación que achica en vez de realzar la figura de la sublime penitente del Evangelio. *Una pecadora* es el concepto profundo de la Magdalena, que simboliza la gentilidad. Pecadora la llama en efecto el Evangelio

reiteradamente, y pecadora pública, es decir, escandalosa. San Lucas, después de nombrarla, añade que de ella habían salido siete demonios: sin negar la posibilidad de la posesión demoníaca, los Santos padres y los Doctores ven en esos siete demonios los pecados capitales. Y están de acuerdo con la palabra del mismo Dios, pues Cristo dijo a la Magdalena. «Porque amaste mucho, *muchos pecados* se te perdonarán.»

Créese que el dardo de amor se clavó en el alma de Magdalena en la villita de Naim, que frecuentaba, donde Cristo solía predicar, y donde resucitó al hijo de la viuda, por lo cual gritó el pueblo: «¡Un gran profeta se ha levantado de entre nosotros!» Magdalena tenía veintidós años cuando vió a Cristo y le oyó hablar al pueblo. Poco después entra en casa de Simón el fariseo, sabedora de que allí está el Rabí, y realizando las misteriosas y sacras palabras: «Alzaréme y recorreré la ciudad en busca de aquél que me ha quebrantado el corazón.» En sus manos lleva el vaso de alabastro índico lleno de una mezcla de aromas, y arrodillándose a los pies del Salvador, los baña en deshecho llanto, los besa mil veces, los seca con los cabellos sueltos, dorados, larga madeja sedosa. Y escribe enternecido San Gregorio Magno: «Cuando pienso en las lágrimas de Magdalena, no puedo hablar; sólo acierto a llorar.» Después, con el contenido del vaso, unge la arrepentida los pies de Jesús; este acto de oriental acatamiento inspira a San Efrén la ficción del bellísimo «Diálogo entre Magdalena y el perfumista.» «¡Ah!» exclama en ese Diálogo la Magdalena: «¡Si supieses cuán hermoso y puro y grande y admirable es aquél hacia quien corro... si supieses qué violento y casto amor me transporta... no me regatearías el perfume, valga lo que valga, y yo podría ofrecérselo al amado!» Al escándalo y asombro del fariseo cuando ve que el Maestro admite las demos-

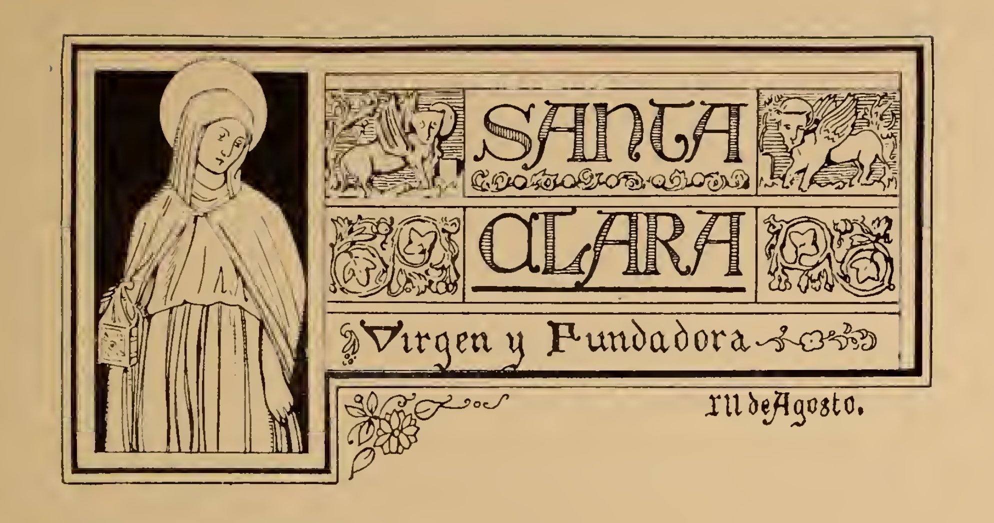
traciones de la pecadora, responde éste diciéndola: «Ve en paz... Estás perdonada.»

Desde entonces Magdalena sigue a Cristo; postrada a sus pies le escucha, y mientras Marta se afana por los cuidados caseros, oye de los divinos labios el panegírico de la vida contemplativa. «María ha escogido la mejor parte.» Asiste a la resurrección de Lázaro, donde goza la inefable dicha de que a sus lágrimas respondan las de Jesús; vuelve a perfumar sus pies y su cabeza en la cena de Betania con nardo espique (aroma del más subido precio), causando falsa indignación en Judas, y arrancando al Maestro la frase impregnada de melancolía y dulzura: «Dejadla... me ha embalsamado para el sepulcro.» Y por último, acompañando a la Virgen María, símbolo de la inocencia, como la Magdalena del arrepentimiento, recorre las estaciones dolorosas, sube al Calvario y permanece al pie de la cruz, sufriendo en el alma destrozada todas las torturas que Cristo sufre en el cuerpo. Ayuda a descenderle, embalsamarle y depositarle; vela el sepulcro; y al encontrarle vacío después de la Resurrección, corre enloquecida a dar el aviso y vuelve a la gruta hasta que ve a la cabecera y a los pies de la sepultura dos blancos ángeles, y momentos después se aparece en el huerto un jardinero que con voz queda y suave murmura a su oído: «¡María!» Al dulce llamamiento Magdalena responde: «¡Maestro!» y cae de hinojos. Así —dice un escritor místico— el favor más grande que pudo otorgar Cristo resucitado lo concedió a una pobre mujer pecadora, que sólo sabía amar y esperar. Y como ella tendiese las manos con instinto de ternura, Cristo pronunció el famoso «*Noli me tangere*», y encarga a Magdalena que anuncie su resurrección, haciéndola, dicen los comentadores del Evangelio, «apóstol de los apóstoles».

Desde aquí cesan los textos sagrados y empieza la tradición cris-

tiana a referir lo que resta de vida de la Magdalena, su viaje a Provenza, su apostolado en Marsella, la gruta del *Santo Bálsamo*, los treinta años de soledad y penitencia en el desierto, la ascensión al cielo entre cohortes de ángeles, la invención de las reliquias, el culto que se les tributa... Y claro es que, a pesar de tantos prodigios, esta segunda parte no ha llegado al alma como la primera, y a María Magdalena siempre la consideramos joven, muy bella, arrojando sus galas, barriendo el polvo con la crencha dorada, los ojos fluyendo lágrimas, volcando el vaso de perfume con que ayer se ungía para el pecado y hoy unge al Salvador para la tumba.







IRGENES y madres, como llamamos a María, deben ser nombradas las fundadoras, que tan dilatada familia dejan en el mundo. No sé qué número de Clarisas se contará hoy. A principios del siglo no bajaban de cien mil las que se cubrían con el doble velo de Santa Clara.

No sorprende esta fertilidad en árbol que tiene franciscana la raíz. Desde la difusión del cristianismo en los primeros siglos, durante el período apostólico, ningún hecho de conciencia universal puede compararse al del movimiento franciscano en el siglo XIII. Corriente honda y ancha transformó la sociedad, llevó por cauces nuevos el arte, la historia, la vida moral de muchas generaciones. Por medio de Santa Clara, la influencia de San Francisco de Asís se transmitió a la mujer.

La mujer está siempre dispuesta al entusiasmo y al proselitismo. Los mismos sectarios encuentran en ella fácil adhesión. En la mujer y en el pueblo cundió, durante la Edad Media, la mendicidad dė los valdenses, el puritanismo de los cátaros y el panteísmo místico de los begardos; y si de tal manera sintieron el tempestuoso oleaje de la devoción independiente, no es mucho que sintiesen el aura franciscana, soplo de fuego que levantó tal incendio en el mundo. La vida seráfica y extraordinaria de San Francisco: su intensa caridad; su afectuosa relación con la Naturaleza; los prodigios que en él y por él obraba el amor; la dulce poesía y el soñador regocijo con que practicaba el Evangelio, eran llamada y señuelo para la imaginación y el corazón de las mujeres. Innumerables le seguían cuando predicaba; alguna había de pensar en imitarle.

La primer oveja que acudió al silbo del pastor fué una doncella de muy noble prosapia, Clara Schiffi, hija de los condes de Sassorosso. Era de Asís, el mismo pueblo de San Francisco; llevaba, como él, un nombre nuevo, jamás impuesto a nadie en la pila, y tenía doce años menos, contando dieciséis cuando le oyó predicar en la Catedral por vez primera, cercado del prestigio que ya rodeaba al milagroso *fratello*, amado de los humildes y capaz de convertir hasta a los lobos. Ya antes de oirle sentía Clara, niña aún, los impulsos del sacrificio y de la perfección, las ansias del cielo. Elegida para ser saludada por la Iglesia con el título de *Matris Deo vestigium*, «imagen de la Madre de Dios», nada malo ni ruin cupo en su noble espíritu. Sus padres querían casarla, y andaban entendiendo en los preparativos de boda, cuando la presencia y la voz del *Pobrecillo* decidieron la verdadera vocación de la joven Clara. Derecha se fué a San Francisco y le ofreció toda su vida. San Francisco aceptó.

La mañana del domingo de Ramos vistióse Clara sus galas mejores para recibir en la Catedral de Asís la palma de manos del Obispo. Al recoger la rama seca y amarilla, de pronto vió que recobraba su color verde, como si acabasen de cortarla. La misma noche, sin despojarse del rico traje y de los joyeles y adornos, salió secretamente por una poterna del palacio, apartando con sus débiles brazos las vigas y trozos de sillar que la obstruían. Dirigióse a la Porciúncula, que estaba iluminada; Francisco y sus hermanos rezaban laudes. Quitóse Clara al entrar su manto negro, y la claridad de los cirios destelló en el oro y recamos de su brial, en las pedrerías de sus orejas y garganta. Arrodillándose, comenzó a arrojar al pie del ara las perlas, a arrancarse los cintillos, a desprender las flores de su cabeza de dieciocho años. La mata del pelo rubio cayó sobre sus hombros; rechinaron las tijeras, y Francisco suspendió la suave crencha a los pies de la Virgen. En seguida vistió a Clara la grosera túnica, la cuerda de nudos, los dos velos, blanco el uno como la castidad perenne, negro el otro como la soledad perpetua. Y mientras la esposa de Cristo pronunciaba los votos, los franciscanos cantaban el epitalamio de las divinas bodas. ¡Cuántas veces se ha reproducido esta escena significativa y solemne! ¡Qué de cabelleras han caído al pie del altar desde aquel día!

Los padres de Clara se mostraron sorprendidos y enojados, y su desagrado se convirtió en furor cuando de allí a dos semanas la hermana menor de Clara, Inés, capullo de quince años, corrió a reunirse con la mayor, resuelta a seguir igual suerte. Por entonces la darentela de los nobles era una especie de guardia militar. Los deudos de las familias de Schiffi y Fiume, capitaneados por el tío de las novicias, se dirigieron al monasterio del Santo Angel a recobrarlas

por fuerza. Cogieron en brazos a Inés, pero su esbelto cuerpecillo pesaba de tal modo, que entre doce hombres no pudieron llevarla. Llamaron en su ayuda a unos viñadores, y los gañanes, rendidos, desistieron de la empresa, exclamando atónitos: «Para que tanto pese la niña, es menester que toda la noche haya comido plomo.»

No es posible torcer por la fuerza una voluntad determinada y firme, ni ahogar una vocación. Antes se haría al agua remontar su curso y desmentir su nivel natural. Clara, desde el primer instante, por la misteriosa ley del corazón femenino que adivina y se asimila el sentimiento y la fe en sus más íntimos aspectos, había adivinado al *Pobrecillo*, abrazando é interpretando su ideal. Defensora incansable de aquella Dama Pobreza con quien San Francisco se había desposado, Clara fué la franciscana genuina de la edad de oro de la Orden. Instalada en la ermita de San Damián, sitio donde las azucenas franciscanas crecían solas, jamás quiso aceptar bienes ni poseer cosa alguna, ni aun con dispensa pontificia, y respondió enérgicamente a Gregorio IX, que era su grande amigo y admirador: «Padre Santo, absuélveme de mis pecados, pero no me dispenses de seguir a Cristo.» A ruegos de Clara, en las últimas horas de su vida mortal, Inocencio IV escribió de puño y letra la bula de perpetua pobreza para las Clarisas.

Imitando también a San Francisco en esto, Clara ansiaba el viaje a tierra de infieles para ser allí martirizada. En poco estuvo que lo consiguiese sin salir de la Umbría cuando Federico II, el gibelino, arrojó sus alárabes sobre la ciudad güelfa de Asís. Al oir los gritos feroces de los paganos, Clara tomó la custodia, abrió las puertas del convento y salió al encuentro del enemigo. Luz extraña brotaba de la custodia y del semblante de la animosa mujer, y al

verla marchar así, los de Asís se rehicieron y rechazaron a los invasores. La causa pontificia era la de la fe y de la libertad. Por segunda vez atacaron los imperialistas a Asís, y las oraciones de las pobres de San Damián salvaron la ciudad del saqueo y la destrucción. En memoria de este hecho, representan a Santa Clara con la custodia en las manos.

Las *Florecillas*, tierno poema escrito con candor y sinceridad inimitables, pintan el cuadro de la vida franciscana de entonces al describir el banquete fraternal de Santa Clara y San Francisco. Mientras los dos campeones de la pobreza partían el pan, las gentes de Asís y del país comarcano veían que Santa María de los Angeles y la selva toda ardían en llamas, por lo cual se precipitaron a apagar el incendio. Y ya en la selva, vieron que no existía fuego alguno; «sino —dicen las *Florecillas*— el del divino amor en que ardían las almas de estos santos frailes y santas religiosas».

Cuarenta y dos años vivió Clara en humildad, penitencia y trabajo, pidiendo limosna, hilando, regando los lirios de su huerto, defendiendo su espíritu franciscano contra todas las tentaciones, veintisiete sobrevivió a San Francisco de Asís, después de haber inundado de lágrimas el cuerpo señalado con los estigmas de la Pasión; y a los sesenta murió, dicen las crónicas, en un rapto de mística alegría, por lo cual su muerte fué triunfo y regocijo; las campanas repicaron a gloria, y cuando los *pobrecillos* habían empezado a cantar el oficio de difuntos, el Papa les ordenó que entonasen el de las vírgenes. Dos años después del fallecimiento de Santa Clara, estaba canonizada ya.

Si algún cántico hay que parezca escrito para la hermana espiritual del *fratello*, es aquel del gran *zelante* Jacopone de Todi, en que se celebra a la Dulcinea franciscana:

«Pobreza, pobrecilla, tu hermana es la humildad; una escudilla te basta para beber y comer.

»Pobreza, alta ciencia de poseer despreciando; cuanto más baja en aspiración, más gana en libertad.

»La pobreza va segura...»



Santa Elena

Emperatriz

18 de agosto



El Santoral da a la madre de Constantino el título de *Emperatriz.* La crítica se lo regatea. En la imposibilidad de demostrar palmariamente que Santa Elena fué Emperatriz de verdad, en la estricta acepción de la palabra, dejémosle sólo su incontestable aureola de mujer de bondad incomparable y enérgica iniciativa, y de bienaventurada. De todos modos, pocas santas habrá que desempeñen papel más señalado y decisivo en la historia religiosa que Santa Elena. Ella

consagró el triunfo de Cristo; con ella brota un germen del porvenir, la aurora de la Edad Media; por lo cual esta Santa, nacida en el siglo III de la Iglesia, tiene todo el encanto de una figura gótica, el nimbo dulce y dorado de las Isabeles de Hungría y Portugal.

Los cronistas y biógrafos no están conformes acerca del lugar de su nacimiento, ni la familia de donde procedía Santa Elena. Un prurito semejante al de los que quisieron cantarle a María Magdalena el Oficio de las vírgenes, hace a los historiadores eclesiásticos y a muchos hagiógrafos atribuir a los santos el más claro origen y la más ilustre prosapia. El padre Croisset, visiblemente mortificado cuando tiene que confesar, v. gr., que las mártires Justa y Rufina vendían cacharros, no se contenta con menos que hacer a Santa Elena hija de un supuesto rey de una isla de la Gran Bretaña. Sin embargo, autores anteriores al Padre Croisset, de épocas en que no era sospechosa la ingenuidad, no han vacilado en decir que Santa Elena, como otras muchas mujeres que después ocuparon el solio imperial de Occidente o de Oriente, tuvo humildísima procedencia, y que Constancio Cloro, entonces oficial de la guardia pretoriana, la encontró en una posada de Bitinia, naciendo de su unión Constantino el *Grande*, llamado a declarar oficial y legalmente la existencia del cristianismo, a sancionar el hecho culminante de la historia. A decir verdad, el nombre de Elena antes parece griego que británico.

Si el matrimonio vino a legitimar la unión de Constancio el *Pálido* y de Elena, cuestión es que también se debate; pero legal o ilegal, fué unión sólida y bien cimentada por el cariño que los contrayentes se profesaron y por la pena que Constancio, hombre de altas cualidades de templanza, carácter y virtud, demostró al tener que romper el lazo, cuando al abdicar el imperio Diocleciano y Maximino Hercúleo fueron promovidos a la dignidad de Césares

Galerio y Constancio Cloro, y éste se vió forzado a repudiar a Elena, separarse de su hijo y desposarse con Teodora, hijastra de Maximino. El trance debió de ser amargo para Elena; el rudo golpe la hería como amante, como esposa, como madre. Los hijos de otra mujer iban a suceder en el trono, y además, la vida de Constantino, que entonces tenía dieciocho años y se había señalado por su bizarría y arrestos, corría peligro. Galerio le preparó arteramente varias emboscadas, de las cuales se libró como por milagro. Su valor, su intrepidez, le hicieron, sin embargo, tan popular entre las legiones así que apareció en los campos de batalla al lado de Constancio Cloro, que cuando éste expiró, a una voz le proclamaron Augusto, quedando excluídos del trono los príncipes hijos de Constancio y Teodora. Elena trató a estos alnados con tal dulzura y benignidad, que prestaron obediencia a Constantino y jamás le suscitaron dificultad alguna.

Constantino, tan hábil político como capitán, se había propuesto ser el señor absoluto del mundo: y mucho tiene de providencial el hecho de que el mozo de quien tantos quisieron desembarazarse, burlase todas las asechanzas, venciese a todos sus enemigos, aplastase a todos sus competidores, se librase de cuatro socios en el Imperio, derrotando al valeroso Majencio y al tenaz Licinio, y asumiese, como en los buenos tiempos del cesarismo, el omnímodo poder, que le dió facultades para hacer al universo cristiano. Lo curioso es que el hijo de Santa Elena no fué de la madera, no ya de los santos ni de los mártires, sino ni aun de los justos. Sobre su moralidad habría mucho que decir. Compleja su figura, tanto o más que la figura de Julián el *Renegado*, no solamente le vemos, después de tremolar el lábaro, sacrificar como pontífice en el templo pagano de la Concordia, sino dilatar el bautismo hasta la hora de la

muerte, y recibirlo de un obispo tildado de arrianismo. Por eso nos parece pueril dilucidar si Elena convirtió a Constantino, o Constantino a Elena. Es indudable que donde el hijo vió el desarrollo de un vasto plan que le hiciese poderoso sin rivales —la colosal aspiración cesárea—, la madre vió el consuelo, la luz, la fe, una compensación a los dolores del pasado y del presente.

Del presente: porque la madre del emperador, la venerada señora a quien Constantino rodeaba de honores y prodigaba a manos llenas el oro para que lo gastase como quisiese en limosnas y obras pías, tuvo que asistir estremecida de horror al espantoso drama de familia, que desgarró su corazón para siempre y la llevó a buscar en Cristo el confidente y el consolador supremo. En el palacio imperial se reprodujo el caso de Fedra: la emperatriz, segunda mujer de Constantino, acusó al hermoso Crispo, hijo del primer matrimonio, de incestuosa pasión: en vano intercedió la anciana abuela, deshecha en lágrimas, convulsa de pena: Crispo fué entregado al verdugo; y cuando ya tarde se evidenció su inocencia y la culpa de la madrastra, Constantino (¡extraño cristiano!) hizo morir asfixiada a su esposa, cuyos desórdenes no había querido ver antes. Así Constantino, matador de su hijo como Pedro el *Grande* y Leovigildo, se colocó *más allá del bien y del mal*, fuera, por decirlo así, de lo humano. Este cuchillo llevó clavado en las entrañas Santa Elena, y acaso la necesidad de consuelos sobrehumanos la impulsó a emprender el viaje a Palestina.

Hizo verdadero viaje de emperatriz cristiana: pasó derramando larguezas, alzando templos, fundando hospitales, como si festejase el advenimiento al mundo de aquella Cruz que iba a descubrir. Los que han puesto en duda la autenticidad de las reliquias inventadas por Santa Elena, no observan que el plazo era relativamente

muy breve: sólo habían transcurrido tres siglos y medio desde la Pasión. A pesar de vicisitudes y guerras, los testimonios subsistían, fáciles de comprobar, casi puede decirse que vivos.

Adriano había colocado en el Calvario la imagen y santuario de Venus, en el Santo Sepulcro los de Júpiter. Elena sustituyó estos monumentos con iglesias y capillas, reedificó, exploró, hizo labor de arqueólogo y de arquitecto a la vez. Según Nicéforo, edificó un templo en el Calvario, otro en el Santo Sepulcro, otro en la gruta de Belén, otro en Getsemaní. En Galilea, en el sitio donde se realizó la multiplicación de panes y peces, erigió la basílica llamada de *los doce tronos*; y en Tiberiades, en Caná, en el Tabor, en Nazaret, construyó sin descanso. Santa Elena es la iniciadora, la primer enamorada de los *Santos Lugares*; de ella, de su entusiasmo, de su celo, procede todo el impulso de la Edad Media, el torrente heroico y romántico de las Cruzadas.

La coronación del viaje de Santa Elena fué el descubrimiento de la Cruz, con todos los instrumentos de la Pasión, sepultada en el monte Gólgota. Con la historia del precioso leño se pueden llenar las páginas de un grueso libro. Sólo recojo un detalle, manifestación de la influencia de la Cruz. Era suplicio muy frecuente, usual para los reos de delitos comunes; Constantino lo abolió, y una de las costumbres más crueles y horrendas del mundo antiguo desapareció al aparecer el *Lignum*, sobre el cual se posaron los fervorosos labios de Santa Elena.



SANTA PULQUERIA VIRGEN Y EMPERATRIZ.

10 DE SEPTIEMBRE.



POR las venas de esta Santa, a quien veneran la iglesia griega y latina, corría sangre española, pues fué nieta de Teodosio, que reunió en su fuerte mano los dos Imperios de Oriente y Occidente, y con mayor razón que Constantino, mereció el dictado de *Grande.* Del insigne abuelo heredó Pulqueria la firmeza en el mando, el don de hacer frente, dominándolas, a las tempestades políticas, y el acendrado amor a la ortodoxia católica, por medio de la cual se imponían la unidad y el orden a una sociedad anárquica, minada en todos sentidos por las fuerzas incontables y disgregadas de las tribus sin civilizar que se disputaban los retazos del mundo. Considerando cuán

necesaria era Pulqueria para hacer salir del caos un nuevo poder, sólo al espíritu de secta podemos atribuir las apasionadas acusaciones que se la dirigen y el verla tachada de ambiciosa. No es ambición, y si fuese ambición no sería vicio el impulso natural de regir y gobernar lo que ser regido y gobernado ha menester para salud y prosperidad del pueblo. A Santa Pulqueria, como a todo personaje histórico, no la entenderíamos prescindiendo de las circunstancias que la rodearon y del tiempo en que vivió.

Elia Pulqueria fué la primogénita del emperador Arcadio. Quedóse huérfana a la edad de nueve años, con cuatro hermanitos. Al mayor, criatura apenas llegada al uso de razón, le proclamaron emperador bajo el nombre de Teodosio II. Cuando Pulqueria —el verdadero espíritu varonil de la familia— cumplió los quince, se vió asociada al Imperio, declarada *Augusta* y en sus manos delicadas las riendas del Gobierno. ¿Qué cosa más natural? Reina el que para reinar sirve, y la ficción de la superioridad de un sexo sobre el otro se disipa ante los hechos. Pulqueria era allí el hombre de estado, la capacidad. El famoso código de Teodosio, completa, lógica y bien ordenada recopilación del nuevo derecho que venía a sustituir al romano, monumento alabadísimo de los juristas (aunque no lo conocemos entero), se debió a las instigaciones y desvelos de Pulqueria. Inspirado en altas miras, el código encerraba disposiciones muy sabias y magnánimas, alguna de las cuales pudiera hoy servir de ejemplo, entre ellas la que establece que no sufra pena de ninguna especie el súbdito que difame al emperador o censure sus actos. Acertaba Pulqueria al conceder tan omnímoda libertad. Su régimen era justo; la paz y el bienester sonreían a sus vasallos: no había por qué temer murmuraciones ni quejas.

Una de las atenciones preferentes de la emperatriz fué la ins-

trucción. Sirviéndose indistintamente de los monjes y de los pedagogos griegos, que abundaban, fundó por todas partes escuelas y centros docentes, tal cual podían fundarse entonces. La misma Pulqueria se preciaba de estudiosa y docta; estimaba la ciencia, la inteligencia, la sabiduría; era teóloga y legista; no profesaba la fatal doctrina que hace de la ignorancia virtud. Su túnica virginal iba defendida por la pulimentada coraza de Minerva. En la elección de ministros y consejeros no buscó necios ni débiles a quienes subyugar, sino varones de carácter y doctrina. Estas inclinaciones de Pulqueria se demuestran, como vamos a ver, en sus actos.

Un día solemne, ante inmensa muchedumbre, Pulqueria y sus dos hermanas Arcadia y Marina hicieron público voto de virginidad perpetua. El voto fué inscrito en placas de oro, con letras de diamantes, y las placas enviadas al tesoro de la catedral. Prescindiendo del elemento místico, de lo que pertenece al alma, yo veo en la resolución de Santa Pulqueria un rasgo de profunda habilidad política. Siendo ella quien efectivamente gobernaba el imperio, y Teodosio una figura decorativa, sin voluntad, al suprimir las contingencias de aspirar a su mano y a las de sus hermanas, suprimía un germen de disturbios y conjuras; cortaba el vuelo a concupiscencias y codicias. Desde que formalizó el voto estableció en palacio rigurosa disciplina y método en las horas y quehaceres: una existencia como de monja coronada. La corte de Bizancio, cuyo nombre evoca ideas de oriental molicie y asiático lujo, se convirtió, bajo Pulqueria, en dechado de austeridad.

Llegamos ya al gran error de Pulqueria, origen de las únicas tribulaciones y adversidades de su gloriosa vida, que acaso la abreviaron. En este mismo desacierto se ve patente la inclinación decidida de Pulqueria hacia lo intelectual, sus preferencias por la

gente de talento y cultura, que le dictaron la elección de esposa para su hermano el emperador Teodosio II.

Dicen los historiadores enemigos de Santa Pulqueria —y son muchos, pues la emperatriz tuvo contra sí a los nestorianos, arrianos y eutiquianos—, que al escoger la que había de compartir el solio imperial de Oriente, sólo miró Pulqueria a tener una súbdita más, una persona que se dejase mandar como el pusilánime Teodosio. Si así fuese, Pulqueria hubiese designado a una joven pasiva y sin personalidad, a un ser apático, a una niña obediente. Lejos de eso, recayó la elección de Pulqueria en una joven de vivo ingenio, de vasta erudición, de arrebatadora hermosura: una Musa, la literata Atenais, hija del sofista Leoncio. Ni aun era cristiana Atenais; para unirse a Teodosio, recibió el bautismo bajo el nombre de Elia Eudoxia. No buscaba Pulqueria un instrumento; al contrario, la cautivaron la gracia, la viveza, el entendimiento, la superioridad de la novia. Bastantes años vivieron en paz las dos cuñadas, caso que podría inscribirse entre los milagros de Santa Pulqueria. Pero las intrigas del eunuco Crisafio, mayordomo de palacio, lograron destemplar a Eudoxia, infundiéndola ansia de mando absoluto, y aprovechándose del amor que a Teodosio había sabido inspirar la elegante, docta y discreta ateniense, obtuvo que el emperador intentase primero recluir a su hermana en un convento y después la desterrase.

No podía durar mucho el alejamiento de Pulqueria. Su ponderación, su buen gobierno, su desinterés, la habían hecho popular. Teodosio comprendía, al ver en las ventanas de palacio diariamente la muchedumbre obstinada, clamando por la emperatriz buena, que se gastaba el tesoro en escuelas y limosnas, cómo al faltar ella faltaba la base de su trono, la prudente consejera, la amiga. Tanto

creció la efervescencia y tal estado de intranquilidad se produjo en Constantinopla, que Teodosio, en un arranque de los que suelen tener las personas débiles y versátiles, desterró a Eudoxia, hizo ajusticiar al eunuco, dicen que sofocándole en un baño, y llamó a su hermana para no apartarse de ella jamás hasta morir, dejándola única dueña del Imperio.

Realizó entonces Pulqueria una original determinación, acaso nunca vista en la historia. Había en la corte cierto general veterano, endurecido en las batallas, largo tiempo prisionero del arriano Genserico: era hombre de valer, de heroica entereza, celoso de la ortodoxia como Pulqueria, entrado en años y viudo. La emperatriz le llamó a su lado, le ofreció el trono y la mano de esposa... con la ineludible condición de que respetaría su voto de virginidad. Marciano aceptó, cumplióse el pacto al pie de la letra, y los dos cónyuges —mejor diríamos los dos socios— se unieron para continuar la obra de Pulqueria: desarraigar del todo la herejía eutiquiana, fundar la unidad del dogma y la doctrina.

Santa Pulqueria murió a los cincuenta y cuatro años, habiendo imperado feliz y próvidamente cerca de cuarenta. Dejó extirpados, o al menos confundidos, los cismas de Eutiquio y Nestorio; consolidada la paz; fundadas innumerables iglesias, monasterios y hospederías; dado el ejemplo de ardiente y continua caridad, y en su testamento sus riquezas a los pobres. No existe mayor contraste histórico que el de Santa Pulqueria y las otras *Augustas* del Bajo Imperio, las Eudoxias y Teodoras.







las santas y santos de la Edad Media no se les interpreta bien sino poniéndoles en relación con el estado social, con las costumbres, con la época en que les ha tocado vivir. Porque ciertas ideas de humanidad y de misericordia, ciertas nociones de derecho natural que hoy nos parecen corrientes, y lo son, en efecto, necesitaban entonces que las proclamasen y practicasen criaturas excepcionales y magnánimas, cuya intuición, guiada por la doctrina de Cristo, se adelantaba a los tiempos y señalaba rumbo al porvenir.

De éstas fué la catalana María de Cervellón, a quien el pueblo, en su expresivo lenguaje, llamó María *del Socorro*. En la primera mitad del siglo XIII, cuando María empezaba a vivir, dureza y violencia constituían la normalidad. Caracterizaba a aquella época el haberse iniciado ya el predominio del elemento cristiano sobre el musulmán en la península. La victoria memorable de las Navas

señaló la decadencia del poder de los almohades; poco habían de tardar los hijos del Profeta en verse reducidos al reino de Granada; pero la expansión guerrera del poder cristiano aún no estaba transformada en acción civilizadora. Era esa la gran labor reservada al tormentoso siglo XIV y al gloriosísimo siglo XV, cima y corona de la Reconquista, la cual no se redujo a una serie de hechos de armas, sino que realizaba un constante esfuerzo de la cristiandad española para afirmar y desenvolver su sentido propio contra la floreciente cultura mahometana.

No cabe duda: fueron en conjunto los islamitas, hasta el siglo XIII y aun algo después, más sabios, más artistas, más intelectuales y más tolerantes que los cristianos. Para vencerles —fuera de los campos de batalla— utilizamos el corazón, la voluntad, la inspiración de los héroes morales, superiores a la multitud. Y a la cabeza de estos héroes morales, no todos canonizados, figuran los santos, que encarnan en sus hechos las ideas fundamentales de la civilización cristiana, llamada a sustituir a la de nuestros invasores.

El claroscuro es distintivo de la Edad Media: la sombra era densa, negrísima —radiante y pura hasta el deslumbramiento la luz. Al lado de una nobleza que no había perdido sus hábitos de rapiña; de un clero que arrancaba protestas a las almas rectas y continuas quejas a los Papas; de un pueblo fanático e ignorante, aparecían astros de amor y de caridad como San Juan de Mata, San Pedro Nolasco, Santa María de Cervellón, y alrededor suyo las tinieblas se disipan: son realmente luceros de la mañana.

Cuando nació María de Cervellón contaba unos cuarenta años Pedro Nolasco, y era precisamente la fecha en que la Santa Sede había aprobado su orden de la Merced para la redención de cautivos cristianos. Igual objeto se proponía la de Trinitarios, establecida

desde fines del siglo XII por San Juan de Mata. Como San Pedro Nolasco, María de Cervellón podía alardear de muy preclaro linaje. Los que habían de ser sus padres, desconsolados por no tener sucesión, acudieron al Santo, y le arrancaron la promesa de que su unión sería bendecida. Poco después nació una niña, que, dicen las crónicas, desde los cinco años se asoció a la idea redentorista. Esa edad contaba efectivamente cuando el ayo de D. Jaime el Conquistador entró en Barcelona con una reata de ciento noventa y dos cautivos sacados de las mazmorras de Africa; y seguro de la hospitalidad de la noble casa de Cervellón, allá los llevó para que los infelices fuesen atendidos y bien tratados al pisar tierra cristiana. María no se cansaba de estar con ellos, de cuidarles. La impresión debió de ser profunda, grabándose en su fantasía infantil. Vendrían los rescatados con las señales y estigmas de los trabajos, amarguras y martirios padecidos en aquella cruel tierra africana; mutilados quizás, sin orejas, saltados los ojos, acardenaladas las espaldas por el látigo, hinchadas por los palos las plantas de los pies, y rajadas luego por la navaja del barbero para dar salida a la mazada sangre. Tal espectáculo, presenciado en la niñez, puede determinar una vocación que dure toda la vida. María de Cervellón pertenecía ya a la obra infinitamente misericordiosa de San Pedro Nolasco.

En ella pensaba de seguro cuando, llegada a la edad de agradar, los mancebos de la nobleza de Barcelona se quejaban de que ni aun volvía la vista hacia ellos. Era entonces su lectura predilecta la *Vida de la celestial landgravesa de Turingia*, Santa Isabel de Hungría, escrita por aquel mismo Pedro Nolasco, que había sabido ser diplomático, guerrero y fundador, y que entretenía sus cortos ocios narrando una leyenda destinada a inspirar el pincel de Murillo. El fuego de la caridad y de la compasión se comunicaba al alma de

María. No acertaba a salir de los lazaretos y hospitales —existían entonces muchos, fundación de reyes y magnates, y los monasterios solían llevar aneja la hospedería, que era un hospital más para los enfermos de paso—, y lavaba y curaba a los gafos y apestados, a ejemplo de Santa Isabel. Y cuando había vencido a la naturaleza, sobreponiéndose a la repugnancia del mal olor y de las llagas horribles, exclamaba: «Ahora soy de Jesús, porque soy de los pobres.»

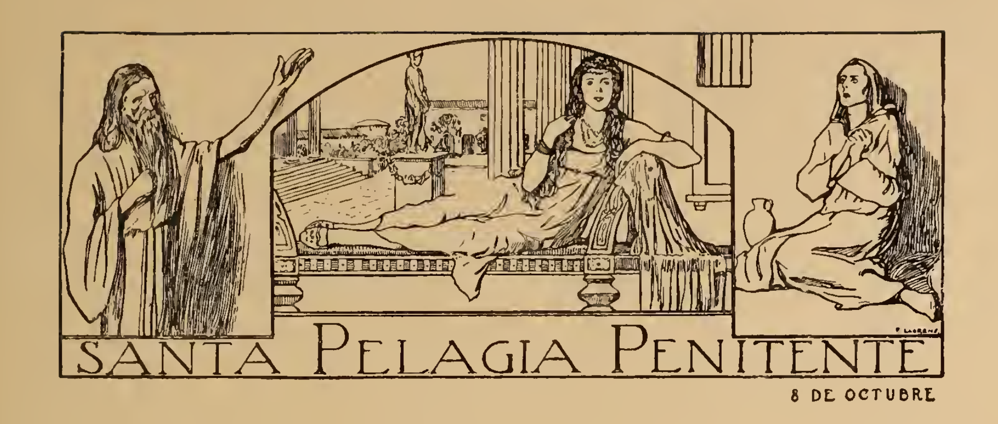
Temperamentos activos, ajenos a la contemplación, como el de María, no suelen conocer el desmayo y la duda que a veces aqueja a los místicos puros. La acción les sostiene y conforta. Desde el primer momento rechazó a los pretendientes a su mano; quería consagrarse a la humanidad que sufre, a los tristes. Quería *socorrer*. Vistióla Fray Bernardo de Corbera el hábito de beata de la Merced, pero sin que entrase en retiro alguno, pues todavía permaneció en su casa propia más de doce años. Ejercitaba sus buenas obras habituales, y muchas damas de Barcelona la visitaban y seguían, sin que existiese comunidad. Sólo cuando deshizo el hogar la muerte de los padres de María, reuniéronse las ya catequizadas, y quedó fundado el instituto de religiosas de la Merced, «para la redención de cautivos». Era el deseo, el propósito de una vida entera.

A la puerta de los palacios llamaba María para pedir limosna, y corría luego a repartirla en hospitales y cárceles. Este ejercicio es uno de los brotes de cristiandad que se han secado enteramente. ¿Quién visita hoy a los presos? Entonces era cotidiana ocupación de los que practicaban la piedad. No existía la valla que actualmente separa al mundo penal del mundo que nunca ha tenido que ver con los tribunales de justicia. Acaso la noción del delito era más familiar a todas las clases sociales. El hondo abismo entre la cárcel

y el mundo no existía. Lo mismo que el pobre, el preso tenía derecho a llamar a la puerta del corazón.

El papel de María *del Socorro* y de sus hermanas las religiosas de la Merced se comprende, y se explica bien de cuánto provecho fueron como auxiliares de las milicias redentoras de Pedro Nolasco. Estas pasaban al Africa o se internaban en la parte de la península que aún señoreaban los sarracenos, y a peso de oro, ofreciendo si era preciso su libertad y su vida, sacaban de los calabozos y de la esclavitud a los cristianos. A la vez predicaban y convertían; eran misioneros y seguramente emisarios fieles y callados; observaban y traían noticias, datos, inteligencias del país ocupado por el enemigo, y que convenía a los cristianos conocer. Es humana, es lógica, esta mezcla de los intereses religiosos con los intereses de la patria. Mientras los religiosos de la Merced —en su mayor parte caballeros, pues la obra de Nolasco, en su origen, aparece más aristocrática que popular— van directamente a la redención, las hijas de María del Socorro recaudan dinero, arbitran recursos y preparan en Barcelona hospedaje, cura y auxilios a los cautivos redimidos. Así se completa la obra de misericordia y de patriótica eficacia.

Rodeada ya en vida de la aureola de santidad, María de Cervellón es invocada por los humildes, no sólo en la abrasada costa africana, sino en las masías del condado, allí donde era necesario su auxilio. Su intercesión obraba milagros, y los socorridos la dieron el sobrenombre que es ya advocación reconocida por la Iglesia. Cuando, después de una vida de merecimientos y heroica virtud, murió santamente María de Cervellón, preparábase en Cataluña la era más gloriosa, romántica y legendaria: la expedición de Roger de Flor y sus almogábares.



SANTA PELAGIA PENITENTE

8 DE OCTUBRE



En tiempo del insigne Marciano sucedió la conversión de Pelagia, muy famosa cortesana de Antioquía, llamada por su hermosura y por sus ricas sartas *la Margarita* o *la Perla*. Después de María Magdalena y de la Egipciaca, no existe pecadora —ni la misma Tais— en quien haya obrado prodigios mayores la divina gracia.

Antioquía era, a mediados del siglo V, poco antes de que Cosroes la arrasase sin dejar piedra sobre piedra, una populosa y floreciente metrópoli, rival de Roma y Constantinopla, que se ufanaba con el título de *Reina de Oriente*. El lujo, la riqueza, el arte, la licencia, lo que en las costumbres persistía tenazmente del vencido paganismo, perduraba en Antioquía más que en Bizancio. En Antioquía se conservaba el culto enervante de la helénica Afrodita y de la fenicia Astarté; y los sacrificios de palomas y tórtolas, las guirnaldas de rosas y mirto, las ofrendas de flores de beleño maceradas en vino generoso, no escaseaban en las aras de mármol. El pueblo— habi-

tuado a estos ritos, encariñado con fiestas que también protegían los opulentos y los *clarísimos*, patricios emigrados de la casi destruída Roma a la ciudad del placer —se oponía al celo airado de los cristianos, ansiosos de destruir los templos y derretir o hacer añicos las efigies de la diosa. Amotinábanse a veces en las calles, pero aún no se habían atrevido a consumar la devastación, a pesar de que los alentaba el patriarca Máximo, hostigado a su vez por los solitarios venidos de los cenobios de la Tebaida.

Para deliberar acerca del remedio que podría aplicarse a la corrupción de las costumbres y a la persistencia efectiva del paganismo, convocó Máximo un concilio provincial de todos sus obispos sufragáneos. Al concilio concurrió, entre muchos, el monje Nono, obispo de Edesa en Mesopotamia. Era Nono un apóstol, desecado más aún que por el sol implacable del desierto líbico, por las extrañas penitencias a que se entregaba. Su elocuencia era de fuego; no parecía sino que había bebido las llamas del astro refractadas en los arenales, y las despedía por la boca en candentes ríos. Y sucedió que una tarde, hallándose el patriarca a la puerta de la iglesia del mártir San Julián, como viese venir a Pelagia muy engalanada y escoltada, a Pelagia, que con sus atractivos, sus gracias, su arte escénico y su talento adornado y brillador era la verdadera columna del ya resquebrajado templo de Afrodita, dijo al milagroso monje: «Habla, Nono, siervo de Dios, a ver si abochornas a esa perra infame, por la cual posee el demonio altares e incienso en Antioquía; pues en verdad te digo que la mujer es el anzuelo del pecado, el cebo maldito con que nos engaña Satanás.»

Pelagia se acercaba; oíanse ya sus carcajadas frescas, musicales como arpegios, y se la veía reclinada en la silla de manos, que llevaban cuatro esclavos nubios, tocados como las esfinges y con un

pañizuelo de listas a la cintura. La comedianta se reía del flaco Nono y del apuro de un joven diácono que bajaba los ojos por no verla y se desgarraba con las uñas el pecho. Merecía Pelagia, no obstante, la admiración que debe tributarse a toda bella obra divina. De mediana estatura y finos miembros, su cuerpo moreno, ceñido por angosta túnica color de azafrán, tiene la elegancia felina de las panteras jóvenes. Ligero zueco dorado calza su pie diminuto, y su pesada cabellera negra, entretejida con hilos de gruesas perlas, se desenrosca por los hombros y culebrea hasta el tobillo, donde sus últimas hebras se desflecan esparciendo penetrantes aromas de nardo, cinamomo y almizcle. Sus ojos son grandes, rasgados, pero los entorna incitativo mohín: su boca, pintada y entreabierta, deja ver los dientes de nácar y la sombra rosada del paladar. Sobre el seno más collares de perlas se escalonan, y un rubí enorme destella sangre. En los dedos resplandecen sortijas que casi los cubren.

El asceta, en lugar de apartar la vista del profano objeto, o de escupir el suelo como asqueado, fijó en la cortesana sus ojos fascinadores, de los cuales empezaron a fluir lentamente lágrimas abundantes que empapaban las mejillas y se perdían en la hirsuta barba gris. Hiriéndose el enjuto esternón con el nudoso puño, gimiendo dolorosamente, sólo exclamó, a tiempo que Pelagia le contemplaba sorprendida:

—Hermanos, ¡qué desdichado soy! Veo a esta mujer que tanto cuidado, tanta maestría, tanto acierto muestra en agradar a los hombres...; que consigue hacerse tan bella, tan incentiva...; y pienso, hermanos, pienso que nosotros no sabemos imitar su destreza para agradar a Dios. Hagamos penitencia, hermanos míos obispos, lloremos nuestra torpeza, nuestra frialdad... No sabemos adornar

nuestra alma como Pelagia adorna su cuerpo. Oremos, lloremos; dadme las disciplinas ahora mismo. Quiero sufrir para ser perdonado.»

Pelagia, seria, sorprendida, vaciló; quiso acercarse, pero de pronto ordenó a sus esclavos dar la vuelta, y la litera se perdió en el laberinto de calles que conducen al santuario de Afrodita.—A la noche siguiente, Nono, vió en sueños una paloma negra, cubierta de fétido lodo, que revoloteaba a su alrededor, hasta que por fin, tomándola él en la mano y metiéndola en una pila de agua, aparecía blanca como la nieve, y se remontaba al cielo. A las pocas horas, en pleno concilio, presentábase Pelagia, deshecha en llanto, pidiendo con altas voces el bautismo. No era costumbre darlo a los pecadores sin pública penitencia; pero de una parte, Pelagia estaba instruída, había sido catecúmena hacía años; de otra, el efecto de la conversión de Pelagia tenía que ser fulminante en la ciudad: los últimos dioses de los gentiles rodaban al suelo hechos trizas. La alegría del asceta fué tal al reconocer a la negra paloma, que llamando a su diácono, le ordenó guisar las legumbres con aceite y traer un poco de vino a la mesa. Los solitarios cocían su frugal sustento sin grasa ni sal y sólo bebían agua clara: el diácono se admiró. «Hoy es el día más feliz de mi vida», le dijo Nono. «Que todo tenga aire de fiesta.»

Pelagia, entretanto, repartía sus alhajas y su dinero entre los pobres; daba libertad a esclavos y esclavas; se cortaba el pelo; se ponía la blanca túnica de los neófitos, y a los ocho días cabales, vestida de monje, cubierto el rostro, salía hacia Jerusalén, donde había resuelto empezar otra vida. Cuatro años después, el diácono de Nono, llamado Jacobo, quiso ir en peregrinación a la Ciudad Santa. El obispo le encargó mucho que trajese noticias de un joven solitario llamado Pelagio. Preguntó, en efecto, y supo que vivía en

el monte Olivete, encerrado en una especie de sepultura, alimentado sólo de algunas hierbas silvestres y del agua de una fuentecilla. Acercóse, lleno de curiosidad, al refugio del solitario, y llamó. Abrióse una reja, y asomó una cara espantosa, momificada; unos labios consumidos; unos ojos grandes, devastados por el continuo llorar. Aunque el diácono se acordaba de la hermosura de la cortesana, no pudo conocer a aquel espectro. Creyó que era un santo penitente y se encomendó a sus oraciones, porque las necesitaba: su juventud bullía aún demasiado en sus venas. Pasados algunos meses, el diácono, teniendo que volver a Jerusalén, se aproximó a la celda otra vez, a fin de pedir que rezase por él el solitario. Llamó en vano; empujó la puerta haciendo saltar el débil cierre, y vió al penitente acostado en su estera, muerto, plácido, casi hermoso. Entonces no pudo menos de reconocer a Pelagia, y dando un grito se arrodilló. Desde aquel día no fué perturbado su espíritu.







ucho se ha escrito de Santa Teresa, mucho se ha de escribir, y lo difícil es escribir poco. Mirar de cerca su vida y su obra, es asomarse a un lago encantado, en cuyo fondo cristalino suenan misteriosamente las campanas de una iglesia sumergida. Santa Teresa es en el siglo XVI, a la vez la gran mujer, la gran santa, el gran escritor de nuestra lengua, el gran testimonio de nuestra alma nacional.

Familiares a todos los hechos culminantes de su biografía, por no repetirlos una vez más con sequedad de abreviatura, voy a escoger un episodio suelto, no de los más conocidos, en que interviene otra mujer notable, muy discutida por los historiadores: doña Ana de Mendoza y la Cerda, la *semihermosa* princesa de Eboli, como la llamó donosamente Cánovas del Castillo.

Es el pleito histórico de esta dama uno de los más peregrinos que he visto sostener. Los panegiristas de Felipe II niegan que el rey gustase de ella y tuviese celos de Antonio Pérez, su secretario de Estado. Los detractores del *demonio del Mediodía*, en cambio, dan de estos amoríos escandalosos detalles. Debemos reconocer que si Felipe II hubiese caído en tal debilidad, no sería éste el cargo más grave que la posteridad pudiese dirigirle. Vindicarle de una flaqueza natural, confesar, en cambio, que ordenó el conato de envenenamiento y el asesinato de Escobedo,—singular vindicación para la memoria de un hombre.

No demos vueltas a este enigma; no presumamos siquiera cuáles pudieron ser los *occulti rispetti* por los cuales el veneciano Contarini decía que le había cobrado odio a Antonio Pérez el rey, y limitémonos a notar cómo en aquel siglo de inmensa energía psicológica, mientras Santa Teresa abría su corazón enamorado al dardo del Serafín, el rey *Prudente* emparedaba a una alta señora, tal vez por haberla encontrado guapa, a despecho de que no tenía más que un sol: de que era tuerta (para hablar sin los anticipados gongorismos de entonces).

La circunstancia que puso en contacto a Santa Teresa y a doña Ana de Mendoza, fué el deseo de la princesa de establecer en Pastrana un convento de Carmelitas, según la reforma de la santa madre. La princesa aspiraba a las glorias de fundadora. Corrían para doña Ana días serenos; vivía aún su marido, Ruy Gómez de Sylva, señor muy discreto y juicioso, privado y valido del rey. No agradaba en aquella ocasión a Santa Teresa apartarse de Toledo. Pero el valimiento del príncipe podía servir de mucho a la Orden, y Santa Teresa se puso en camino, echando con el viaje la red de oro de su persuasión para pescar con ella al padre Mariano de San Benito y a fray Juan

de la Miseria, el tosco artista que nos ha dejado un curioso retrato de la Madre.

Un presentimiento enfriaba el celo de Santa Teresa en lo relativo a aquella fundación: adivinaba su corta vida y sus azarosos destinos. Sin embargo, a poco de llegar, existían en Pastrana dos conventos de Carmelitas, uno de frailes y otro de monjas. Pasó Santa Teresa tres meses en Pastrana, muy agasajada de los príncipes, en una atmósfera de halago cortesano que no se avenía con su ideal. Durante un espacio de cuatro años, la fundación corrió próspera suerte, hasta que en 1573 la princesa de Eboli quedó viuda.

Los historiadores, discordes en otros particulares de la biografía de la princesa, andan contestes en reconocer que fué dichoso su matrimonio, y que hubo entre su marido y ella paz y concordia. El breve período borrascoso, de intrigas, pasiones, conspiraciones y desventuras, comenzó al fallecimiento del simpático portugués D. Ruy. Si nos resolvemos a aplicar a una dama retratada con inmensa golilla por Sánchez Coello el lenguaje usual hoy, diríamos que la viudez determinó la neurosis en doña Ana de Mendoza. Los que se han propuesto representar a Santa Teresa como una histérica visionaria, comparen su conducta a la de la princesa de Eboli, y verán en Santa Teresa el ápice de la discreción, la imagen del señorío y la defensora de la dignidad humana. Y es que no recuerda la historia mujer más normal y sensata que Santa Teresa, en medio de sus ardores místicos.

Fué el primer arrebato de doña Ana, al perder a su marido, meterse carmelita. Abandonando graves asuntos pendientes, dejando sin amparo a sus hijos y sin cura su hacienda, vistió el hábito y se dirigió al convento de su propia fundación, en Pastrana. Cuéntase de cierta fundadora que decía a sus hijas: «Yo no os descalzaré los pies, sino la cabeza.» Habíase descalzado los pies la princesa, pero

llevaba al retiro ceñida su corona de altivez, aquel genio por el cual escribió de ella Felipe II que nunca en mujer de su calidad se había visto tal libertad de enojos, dichos y acciones. Aunque para significar tristeza y humildad se hizo conducir al monasterio en carro y no en coche, no cambió el sayal su voluntad imperiosa, su ímpetu pasional, y como dice un cronista de la Orden, no dejó a la puerta «la comodidad del regalo, la costumbre de mandar y el gusto de ser servida.» Antes parece que se había recrudecido en ella (caso frecuente en viudas) la altanería y la condición caprichosa. Así es que la Priora, Madre Santo Domingo, al saber la nueva de que llegaba doña Ana, exclamó con sinceridad teresiana: «¿La princesa monja?» Yo doy la casa por deshecha.».

Proféticas palabras. Lo primero que hizo doña Ana fué exigir que impusiesen el hábito a las dos doncellas que llevaba consigo; y como se le dijese que no podía ser sin permiso del Prelado, exclamó desazonada: «¿Qué tienen que ver los frailes en *mi convento*?» Poco tardaron las monjas en ver con escándalo a una carmelita atendida por doncellas, recibiendo visitas de seglares, no queriendo hablar por la reja, sino mano a mano, y convirtiendo el claustro en salón. Quejáronse a Santa Teresa, y la Madre escribió a doña Ana una severa misiva. No se corrigió la princesa, y siguió burlándose de la regla, haciendo su gusto y convirtiendo en criadas suyas a las novicias. Hizo más: no pagó la renta asignada por su marido al convento. Intervino el rey, aconsejando a la princesa tuviese cuidado de su hacienda y familia, y al fin logró Santa Teresa que aquella peligrosa *sor Ana de la Madre de Dios* abandonase el convento y la dejase en paz. La firmeza, el tacto que en esto demostró Santa Teresa, son propios de su carácter, cortés y afable con los grandes, pero nunca dispuesto a sufrir sus abusos y sus injurias, ni a tender para cubrir-

las el manto del humano respeto. La carmelita, humildísima ante Dios, era al mismo tiempo la española y la hijodalga penetrada de su dignidad y resuelta a salvar la de sus hijas.

Nótese que la discordia entre la princesa de Eboli y Santa Teresa empezó cuando todavía doña Ana no había perdido un átomo de su valimiento en la corte. No fascinaba a la Santa; más bien la alarmaba que entrasen en la Orden grandes señoras; y en cambio—según escribe el Padre Báñez—la causaba sumo deleite recibir a monjas que no tienen nada, y que «se toman *sólo por Dios*».

Acaso se fundase el recelo de la Santa en un hecho no bien depurado, pero con trazas de verdad, y que explica la acritud con que hablan de la princesa de Eboli los cronistas del Carmelo. Dícese que cuando Santa Teresa estuvo en Pastrana, la princesa, curiosa y buscando emociones que la distrajesen en el villorrio, se apoderó del manuscrito de la *Vida* de la Santa, escrito de orden de sus confesores, no destinado al público, confesión íntima y reservada de hechos admirables. En aquella época, no tan devota como se cree, reinaba una desconfianza profunda respecto a los raptos, visiones, éxtasis y regalos del cielo, y se quemaba y azotaba a las embaucadoras. La imprudente princesa entregó el manuscrito a sus dueñas y pajes, y se vió en las antesalas lo que debiera leerse con reverente espíritu. Además, se charló y divulgó; súpolo la Inquisición, y como, repito, que se hilaba delgado, recogió la *Vida*; diez años la tuvo en su poder para examinarla, y se alzó contra Santa Teresa el vocerío de los que la llamaban *fémina andariega* y monja ilusa. Es fuerza reconocer que no debió de quedar a la Madre grato recuerdo del castillo de Pastrana.

Pero si cupiese en Santa Teresa ansia de venganzas, ¡qué mayor castigo que el largo suplicio y horrible fin de la princesa, muriendo

de lenta asfixia en aquel mismo palacio, sin aire, clavadas las ventanas guarnecidas de rejas dobles, a obscuras, tabicada la puerta e implorando en vano piedad, porque los acuerdos de Felipe II «eran irrevocables»!





22 DE NOVIEMBRE



Es la visita a la basílica de Santa Cecilia de las excursiones romanas más interesantes para el viajero. Una realidad dominadora surge del *caldarium* o sala de baño conservada cuidadosamente, y en que las manchas de las losas de mármol recuerdan la sangrienta escena del martirio. Bajo el altar mayor, la casta estatua yacente muestra en su púdica actitud, llena de simbolismo, el cuadro de los últimos instantes de la mártir. La gracia, delicadeza y sugestiva fuerza de la admirable imagen, obra de un escultor de veinticuatro años que la soñó antes de modelarla, causan impresión profunda. Su recuerdo se destaca entre los infinitos del viaje italiano. Ni en San Pedro, ni en San Esteban, ni en las mismas Catacumbas, he sentido el aura cristiana de los primeros siglos como en la basílica de Santa Cecilia.

Sirve esta mártir para demostrar cómo el cristianismo, al insinuarse en Roma por medio de la acción apostólica, no penetró solamente en las clases inferiores, esclavos, libertos y plebe, sino que desde luego echó raíces en las más altas esferas sociales, en los *clarísimos* del orgulloso patriciado. La *gens* Cecilia, los Metelos, fueron de los primeros cristianizantes; Santa Cecilia ganó en la cuna la fe de Cristo, y en sus tiempos, postreros de la dinastía de los Antoninos, eran ya numerosos los cristianos que ejercían magistraturas y cargos en el impero y mandos en el ejército, como los oficiales de la célebre legión *Fulminante*. Ninguna familia que en lo ilustre venciese a la de los Cecilios Metelos podría abrazar el nuevo culto. Raza heroica, unida indisolublemente a lo más glorioso de los anales del pueblo latino, dió a Roma tribunos, cónsules, censores, caudillos triunfantes, sojuzgadores de naciones belicosas. Un Metelo venció a los cartagineses, y en su triunfo figuraron ciento veinte elefantes; cruzando entre llamas salvó el *Paladio*, y abrasados sus ojos, mereció el inusitado privilegio de ir en carro a la curia. Otros sometieron a Macedonia, a las Baleares, y, a pesar de Viriato, a Celtiberia. Un Cecilio Metelo surgió, defendiendo la libertad, contra Catilina. En la rama menor de la familia—rama de la cual Santa Cecilia procede—encontramos al vencedor de Dalmacia y al gran *Numídico*, que redujo a Yugurta. Recuerdos de la estirpe de los Cecilios son imborrables en las crónicas de España. Medellín se llama así por los Metelos, y Cáceres fué *Castra Coecilia*.

Hay que notar en la *gens* Cecilia, al lado de las virtudes patricia-y militares, una pureza de costumbres, un ideal, una especie de *pre cristianismo* que la distingue y preserva de la corrupción. Como censores, su integridad es catoniana. El hijo del *Numídico* fué apodado *Pío* a causa de su celo en rehabilitar la memoria paterna, y por eso

las monedas de los Cecilios suelen llevar la imagen de Eneas salvando a su padre Anquises. La matrona romana en quien se personificaba el amor conyugal, la esposa de Tarquino el viejo, la *Caya*, abogada del hogar, una Cecilia fué.

De los *Numídicos* y *Píos* nació Santa Cecilia, hacia los primeros años del reinado de Marco Aurelio. En tal época gozaba la Iglesia de una semi-libertad; las persecuciones no descargaban con la furia satánica del período neroniano; ya no eran arrojados cristianos a los leones, aunque solía el populacho reclamar a gritos este juego atroz; se evitaba molestar por sus creencias a las personas de alto copete, a las grandes señoras; mas no obstante, había rachas de violencia, y Marco Aurelio, el intelectual propenso a desdeñar y zaherir las que llamaba supersticiones hebreas, no se mostró tan tolerante y justo como debía esperarse de un filósofo coronado, que tampoco creía en el paganismo.

Naturalmente, la persecución recaía en los que se significaban por su celo y hábitos propagandistas. De éstos era Cecilia, vehemente y apasionada en la fe. De corta estatura, de esbelto talle, exquisita en su atavío y refinada en el vestir—fué una de las primeras damas romanas que siguieron la costosa moda asiática establecida por la elegante emperatriz Faustina, de llevar túnicas enteramente bordadas de oro,—la linajuda descendiente de los Metelos se mostraba, como diríamos hoy, incansable agitadora. Su alta posición la ayudaba; sus riquezas se invertían en limosnas a los cristianos pobres, en aromas para ungir los cuerpos de los mártires antes de llevarlos a la sepultura, y en construir, para darles asilo, uno de aquellos hipogeos o catacumbas, que eran a la vez cementerios e iglesias.

Desde niña había consagrado a Cristo su doncellez, y no obstante, cuando trataron sus bodas con un patricio ilustre de la *gens*

Valeria—un descendiente de Valerio Publícola,—no se opuso Cecilia, probablemente aspirando a dos objetos: convertir a su esposo y ser más libre y dueña de sus acciones para servir a Jesucristo. Vestida la flotante túnica de lana blanca, símbolo de pureza; cubierto el rostro con el velo *flámeo*, emblema del rubor, Cecilia partió el pan, libó el vino y la leche, y al pisar la casa nupcial, recordando a la honesta y fuerte matrona esposa de Tarquino, respondió con dulce voz a la pregunta «¿Quién eres?» de Valeriano: «Si Cayo eres tú, yo seré Caya.»

No siendo fácil averiguar por qué representan a Santa Cecilia tocando el órgano o el clave, ni el motivo de que los músicos la hayan escogido por patrona, ya que en ningún documento histórico, ni en las *Actas*, se encuentra rastro de noticia acerca de este punto, se ha supuesto que la música, una música ideal, resonó en su corazón abrasado, a la hora del nupcial festín, cuando los cantos del epitalamio llenaban el aire. Otro himno llevaba ella en su alma,—dice un biógrafo.—Lo cierto es que la página de mayor poesía en la vida de Santa Cecilia—esa vida tan poética,—es la de sus bodas. El *oficio* no la ensalza tanto por la victoria del martirio como por la victoria sobre los vínculos amorosos. Estrofa de un poema divino parece el coloquio entre los desposados, cuando, solos ya, a la luz de la misteriosa lámpara, la esposa advierte al esposo que hay un ángel vigilante entre sus cuerpos, un ángel que acerca sus almas y desanuda sus brazos. Y como Valeriano pregunte dónde está ese ángel, que no ve, la virgen contesta: «Lo verás así que seas puro. Sal de la ciudad por la vía Apia, sigue a los pobres, busca al santo viejo Urbano y oye sus enseñanzas.» Urbano era el vicario del Papa Eleuterio. Valeriano obedece, es catequizado, ve al ángel que le trae la corona de rosas y azucenas, y convierte a su hermano Tiburcio—casi de su misma edad y muy semejante a él en la figura y en el corazón.—Poco después, la

persecución despierta como una tigre; los dos hermanos se señalan por su celo en recoger y dar sepultura a los cuerpos de los mártires, y la codicia, más que el fanatismo, induce al magistrado Almaquio a apoderarse de los *clarísimos* y someterlos al suplicio, que ya entonces era, para los nobles, la degollación. No sorprendió a Cecilia el suceso. Contaba con él: sabía que su esposo la precedería en el triunfo, ensangrentando primero las rosas de la corona nupcial. A guisa del que se prepara a un viaje largo y decisivo, Cecilia redobló su actividad; nunca se la había visto tan dedicada a exhortar, convertir, catequizar, enterrar y dar limosnas a la vez. Hizo testamento, legando su casa y cuanto poseía a la Iglesia. La rapacidad del fisco, la hostilidad del poder contra los cristianos, se concertaron entonces para desembarazarse de la respetada patricia. No se atrevieron, sin embargo, a arrastrarla al tribunal público; el degüello de Valeriano y Tiburcio había producido mal efecto; Cecilia era popular, y se trató con ella de potencia a potencia, interrogándola a domicilio y sentenciándola a ser asfixiada en su propio *caldarium* o sala de baño. Síntoma claro del cambio de la opinión y del incremento social del cristianismo. Nerón hubiese enviado a Cecilia al circo, si no la hubiese embreado y pegado fuego, en alguna de sus orgías. El género de muerte señalado para Cecilia era el que reservadamente solían padecer las emperatrices, como Octavia; castigo de ilustres personajes, que no se quiere cause escándalo. Pero el horrible ardor de la estufa, el vapor exhalado por cien tubos de hierro, sólo produjo en Cecilia sudor ligero, refrigerante como un rocío, y entonces fué preciso que acudiese el verdugo, y que su brazo, tembloroso por el respeto y la piedad, descargase varios inciertos golpes, uno de los cuales abrió la hermosa garganta sin separar la cabeza. Tres días agonizó Cecilia, y tres días no se pudo impedir que el pueblo entrase a verla, a empa-

par lienzos en su generosa sangre, a oir sus exhortaciones, a compadecerse, a maldecir de los tiranos. La persecución estaba moralmente acabada ya. La conciencia popular la reprobó desde aquella hora. Cecilia, al expirar, dejaba a la Iglesia libre.

En el siglo IX, el papa Pascual I, guiado por una aparición, descubrió el cuerpo de Santa Cecilia, escondido tiempos atrás para salvarlo de las profanaciones de los lombardos. Apareció con el suntuoso traje verde todo orlado de cícladas de oro, que con refinamiento de alta dama descendiente de una estirpe de héroes sin duda se había revestido para vencer y morir. A sus pies, en vez de la clásica ampolla y la esponja, muchas telas enrolladas e impregnadas de sangre atestiguaban la larga agonía.



SANTA CATALINA DE ALEJANDRIA

VIRGEN Y MARTIR

25 DE NOVIEMBRE.



PATRONA de los filosófos llaman a esta Santa, de la cual proceden y arrancan algunas tradiciones de las más sentidas y poéticas del misticismo universal, como, por ejemplo, la de los Desposorios con Jesús, encantador episodio que al través de los siglos se reproduce y crea la belleza en la vida de otras santas famosísimas; verbigracia, la de Sena y la nuestra de Avila. Santa Catalina de Alejandría, a pesar de la obscuridad y confusión de varios puntos de su leyenda, es una personalidad, no sólo gloriosa y radiante, sino característica de un momento de la historia religiosa e intelectual: su ambiente es el de la realidad; su figura completa la de Hipatia y la explica. La filósofa

cristiana del siglo III, se comprende mejor recordando a la filósofa pagana de fines del siglo IV. Los destinos de ambas pensadoras independientes (no digo *libres* porque sonaría mal el vocablo refiriéndose a una santa) se completan cual las dos hojas de un díptico de marfil.

Alejandría de Egipto, en los primeros siglos del cristianismo, del segundo al quinto, era una ciudad esencialmente intelectual, cuya influencia late o brilla en infinitos aspectos de nuestras creencias, en la teología y la metafísica cristiana. Los restos de la sabiduría griega refugiáronse allí y formaron la célebre escuela en que alzaban sus cátedras Plotino, Porfirio, Hipatia y Jámblico. Aunque tuviese esta escuela origen helénico; aunque la muerte de Juliano el Apóstata fuese la señal de su aniquilamiento; aunque en ella alentase un espíritu conservador y restaurador de la *Sofía* antigua, ¿quién podrá contar las partículas de su sér que se transmitieron al cristianismo y contribuyeron al místico florecimiento de la Edad Media? ¿Quién ignora su influjo sobre una de las direcciones capitales de la escolástica? Por ella Platón se reencarnó en San Buenaventura. En la filosofía alejandrina se conciliaba, quizás involuntariamente, lo más alto y lo más puro de las doctrinas helénicas y de las cristianas. Así es que no sorprende encontrar en Catalina y en Hipatia, representantes de dos tendencias opuestas y que dieron su vida por ellas, una especie de extraña semejanza, un parentesco psíquico. La diferencia capital está en el sentimiento y la ternura. Santa Catalina no fué sólo una filósofa: la historia de su alma es una historia de amor; su corazón arde y quema. Por el sentir, no por el pensar, ha inspirado Catalina a los artistas más excelsos, desde los orígenes de la pintura; desde Van Eyck y Memling hasta Veronés y Vinci, todos quisieron entonar el epitalamio de los célicos Desposorios de la virgen alejan-

drina, que hoy, a la vuelta de dieciocho siglos, cantan aún en sus canciones los corros de niñas, atestiguando lo hondamente tradicional y popular del asunto.

Dicen algunos hagiógrafos, y lo dice el cantar también, que Santa Catalina fué hija de un príncipe. Yo no quisiera fantasear poco ni mucho cuando se trata de una biografía tan hermosa, que no ha menester galas postizas. Fuese princesa, *infanta*, como le llama con gracioso anacronismo un poeta del siglo XVII, o sólo hija de un sabio astrónomo, como Hipatia, lo indudable es que a Catalina de Alejandría la ha representado siempre el arte suntuosa y magníficamente adornada y vestida, con la aureola del lujo y de la belleza. De las efigies más interesantes que conozco de Santa Catalina es la de oro, esmaltes, perlas y pedrería, del siglo XIV, que poseen en Madrid los condes de Munter. Así es que Santa Catalina, que no se cuenta en el número de las santas sencillas e ignorantes, tampoco figura en el de las que proscribieron la elegancia y los atavíos suntuosos. Los pintores del Renacimiento la vistieron a porfía de brocado, terciopelo y oro, y agotaron en los ropajes de la esposa de Cristo los tonos más intensos y espléndidos de su paleta. Todo cuanto la rodea lleva el mismo sello, indicando en la santa un ejemplar humano selecto, exquisito, un espíritu superior colocado en la cumbre de la vida.

Hermosa y cortejada, versada en las ciencias y en la metafísica, sentía Catalina profundo desdén por dos cosas: la secta de los galileos y el matrimonio. No encontraba que ningún hombre mereciese poseer el tesoro de su persona. Los pretendientes, al retirarse desdeñados, hablaban del orgullo y de la dureza de Catalina. Los cristianos se afligían de tener contra sí a aquella joven docta y elocuente, que se burlaba de ellos, de su pobre ropa, de su humildad, de sus prácticas, y hacía el elogio, en cambio, de Apolo, cuya luz y calor

vivifican la naturaleza; y sólo al hablar de Venus, diosa de la molicie, una arruga cruzaba la noble frente de Catalina. Como lo observase Nilo el ermitaño, que recorría a veces los barrios de Alejandría pidiendo limosna, dijo a sus compañeros: «Esa alma está preparada a recibir a Cristo.» Y habiendo solicitado de Catalina una entrevista, la habló así: «Catalina, sé que no admites los galanteos de ninguno de tus muchos pretendientes; sé que ningún hombre ha encontrado el camino de tu corazón. Bien hiciste, porque ninguno te merecía. Pero es que no llegaste a conocer al que reune todas las perfecciones; al que ha de abrasarte en amor apenas le veas. Es un sér tan hermoso y superior a cuanto soñaste, que te cautivará a primera vista. ¿Quieres conocerle?»

Catalina aceptó, entre desdeñosa y curiosa. Siguió al ermitaño, y éste la condujo a una iglesita próxima a la ciudad. «Espérame aquí, encargó el ermitaño, que pronto volveré con él.» Esperando, esperando, Catalina se dejó caer al pie del altar, y se apoderó de ella un letargo profundo. En su sueño se le apareció un mancebo que, efectivamente, era un raro prodigio de belleza. Catalina le miraba extática y tendía los brazos hacia él con amor inmenso; pero el radiante mancebo, apartándose, exclamó: «No puedo quererte. Tú, que tanto presumes, no eres hermosa para mí.» Despertó Catalina, triste, preocupada; el sueño la había robado el sentido. No acertaba a pensar sino en el mancebo divino, y preguntándole al ermitaño cómo haría para volver a verle, Nilo la aconsejó que se bautizase. Así lo hizo Catalina, y la misma noche en que el agua de vida empapó sus trenzas, volvió a aparecérsele su amado, en figura de lindísimo niño, en brazos de una virgen. Con suaves caricias y regalos la puso un anillo en el dedo y fueron celebrados los Desposorios.

Cristiana ya Catalina, toda la elocuencia, la erudición y la ciencia

que antes había dedicado a sostener el paganismo, la servía ahora para la apología de su fe. En presencia del César Maximino quiso discutir, demostrando sus creencias con el razonamiento. Maximino, que no era un sabio, no supo qué contestar a los argumentos de la entendida doncella, y recurrió a convocar una asamblea de filósofos y maestros que sostuviesen la discusión en una especie de academia o consistorio, que se verificó dentro de Palacio. Catalina, afluente, vehemente, pertrechada en su erudición, caldeada por su entusiasmo de neófita, les arrollaba, les confundía, les envolvía, aplicando admirablemente las enseñanzas de Platón a la doctrina de Cristo y a la defensa del Evangelio. La leyenda refiere que aquellos sofistas y doctores se convirtieron y fueron víctimas de la rabia de Maximino, colérico al ver que no servían para replicar a una mujer, y que hasta se dejaban catequizar por ella.

La misma suerte que a los doctores aguardaba a Catalina. No pudiendo pulverizar sus razones, Maximino dispuso destrozar su cuerpo en el horrible suplicio a que fué sometida: la famosa rueda o cuádruple máquina erizada de navajas y cuchillos, dice la canción; de clavos y puntas de lanza, creen algunos historiadores. Hecha jirones su carne, por fin degollaron a la filósofa, y de su garganta manó, en vez de sangre, blanca leche: la leche de la sabiduría.





SANTA CATALINA DE ALEJANDRIA

SEGUN EL PROLOGO DE

DULCE DUEÑO



ATALINA fué hija de un tirano y nació en Alejandría de Egipto. No está claro quién era este tirano, llamado Costo. Es preciso recordar que después del asedio y espantosa debelación de la ciudad por Diocleciano *el Perseguidor*, que ordenó a sus soldados no cejar en la matanza hasta que al corcel del César le llegase la sangre a las corvas, vino un período de anarquía en que brotaron a docenas régulos y tiranuelos, y hubo, por ejemplo, un cierto Firmo, traficante en papiros, que se atrevió a batir moneda con su efigie...

Alejandría, por entonces, fué el punto en que el paganismo se hizo fuerte contra las ideas nuevas. Porque el paganismo no se defendía tan sólo martirizando y matando cristianos; hasta los espíritus cultos de aquella época dudaban de la eficacia de una represión tan atroz. Acaso fuese doblemente certero desmenuzar las creencias

y los dogmas, burlarse de ellos, inficionarlos y desintegrarlos con herejías, sofismas y malicias filosóficas...

Nadie ignora los anales de aquella ciudad singularísima, desde que la fundó Alejandro, dándole la forma de la clámide macedonia, hasta que la arrasó Omar. Olvidado se tiene de puro sabido que el primer rey de la dinastía Lagida, aquel Tolomeo Soter, tan dispuesto para todo al instituir la célebre Escuela, hizo de Alejandría el foco de la cultura. Decadente o no, en el mundo antiguo la Escuela resplandece. La hegemonía alejandrina duró más que la de Atenas; y si bajo la dominación romana sus pensadores se convirtieron en sofistas, tal fenómeno se ha podido observar igualmente en otras escuelas y en otros países.

Bajo Domiciano empezó a insinuarse en Alejandría el cristianismo. Notóse que bastantes mujeres nobles, que antes reían a carcajadas en los festines, ahora se cubrían los cabellos con un velo de lana y bajaban los ojos al cruzar por delante de estatuas... así.. algo impúdicas...

Griegos y judíos andaban, en Alejandría, a la greña continuamente. Con el advenimiento de los cristianos se complicó el asunto. La confusión de sectas y teologías hízose formidable. Allí se adoraba ya a Jehová o Jahveh, a la Afrodita, llamada por los egipcios Hathor, al buey Apis y a Serapis, que según el emperador Adriano no era otra cosa sino un emblema de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, bajo su verdadero nombre, empezó a ser esperanza y luz de las gentes. Y en Alejandría, además de la persecución pagana, surgió la persecución egipcia, y el pueblo fanatizado degolló a muchos cristianos.

Diocleciano, que parece el más perseguidor de los Césares, tenía sus artes de político, y en Egipto no quería meterse con los dioses locales. Al ver la impopularidad de los cristianos, les sentó mano

fuerte. En tal época, cuando el cristianismo aun suscitaba odio y desprecio, despunta la personalidad de Catalina.

Esta mujer es de su tiempo, y en otro siglo no se concibe. Y su tiempo era de pedantería y de cejas quemadas a la luz de la lámpara. En Egipto, las mujeres se dedicaban al estudio como los hombres, y hubo reinas y poetisas notables, como la que compuso el célebre himno al canto de la estatua de Memnon. No extrañemos que Catalina profundizase ciencias y letras. En cuanto a su físico, es de suponer, que, siendo de helénica estirpe (el nombre lo indica), no se pareciese a las amarillentas egipcias, de ojos sesgos y pelo encrespado.

Se educó entre delicias y mimos, en pie de princesa altanera, entendida y desdeñosa. Llegó la hora en que parecía natural que tomase estado, y se fijó en la cohorte de los mozos ilustres de Alejandría, que todos bebían por ella los vientos. Fueron presentándose, y al uno por soso, y al otro por desaliñado, y a éste por partidario del zumo parral, y a aquél por corrompido y amigo de las daifas, y al de la derecha por afeminado, y al de la izquierda por tener el pie mal modelado y la pierna tortuosa, a todos por ignorantes y nada frecuentadores del Serapión y de la Biblioteca, les fué dando, como diríamos hoy, calabazas...

Con esto se ganó renombre de orgullosa, y se convino en que, bajo las magnificencias de su corpiño, no latía un corazón. Sin duda Catalina no era capaz de otro amor que el propio; y sólo a sí misma, y ni aun a los dioses, consagraba culto.

Algo tenía de verdad esta opinión, difundida por el despecho de los *procos* o pretendientes de la princesa. Catalina, persuadida de las superioridades que atesoraba, prefería aislarse y cultivar su espíritu y acicalar su cuerpo, que entregar tantos tesoros a profanas

manos. Su existencia tenía la intensidad y la amplitud de las existencias antiguas, cuando muy pocos poderosos concentraban en sí la fuerza de la riqueza, y por contraste con la miseria del pueblo y la sumisión de los esclavos, era más estético el goce de tantos bienes. Habitaba Catalina un palacio construído con mármoles venidos de Jonia, cercado de jardines y refrescado por la virazón del puerto. Las terrazas de los jardines se escalonaban salpicadas de fuentes, pobladas de flores odoríferas traídas de los valles de Galilea y de las regiones del Atica, y exornadas por vasos artísticos robados en ciudades saqueadas, o comprados a los patricios que, arruinándose en Roma, no podían sostener sus villas de la Campania y de Sorrento. Para amueblar el palacio se habían encargado a Judea y Tiro operarios diestros en tallar el cedro viejo y tornear el marfil e incrustar la plata y el bronce, y de Italia pintores que sabían decorar paredes al fresco y encáustico. Y la princesa, deseosa de imprimir un sello original a su morada, de distinguir su lujo de los demás lujos, buscó los objetos únicos y singulares, e hizo que su padre enviase viajeros o le trajese en sus propios periplos rarezas y obras maestras de pintura y escultura, joyas extrañas que pertenecieron a reinas de países bárbaros, y trozos de ágata arborescente en que un helecho parecía extender sus ramas o un selva en miniatura espesar sus frondas...

Todas las representaciones en el arte de Catalina Alejandrina la presentan vestida con fausto y elegancia. Desde luego, en cada época, la vestidura es al estilo de entonces; porque no tenían los escrúpulos de exactitud que ahora. Puesta la mano en la rueda de cuchillos que la ha de despedazar, Catalina luce las mismas galas, que son una necesidad de su naturaleza estética. Es una apasionada de lo bello y lo suntuoso, y por la belleza tangible se dirigió hacia la

inteligible. Así la tradición, que sabe acertar, hace tan esplendentes las imágenes de la Santa...

Los emisarios de Costo aportaron al palacio, entre otras reliquias, dos prendas que, según fama, a Cleopatra habían pertenecido: una era la perla compañera de la que dicen disuelta en vinagre por la hija de los Lagidas—lo cual parece fábula, pues el vinagre no disuelve las perlas—, y la otra presea, una cruz con asas, símbolo religioso, no cristiano, que la reina llevaba al pecho. La perla era de tal grosor, que cuando Catalina la colgó a su cuello hubo en la ciudad una oleada de envidia y de malevolencia. ¿Se creía la hija de Costo reina de Egipto? ¿Cómo se atrevía a lucir las preseas de la gran Cleopatra, de la última representante de la independencia, la que contrastó el poder de Roma?

Por su parte, los romanos tampoco vieron con gusto el alarde de la hija del tiranuelo. ¿Sería ambiciosa? ¿Pretendería encarnar las ideas nacionales egipcias? ¡Todo cabía en su carácter resuelto y varonil!

También los cristianos—aunque por razones diferentes—miraban a Catalina con prevención. Sabían que el cristianismo era repulsivo a la princesa. No hubiese Catalina perseguido con tormentos y muerte; no ordenaría para nadie el ecúleo ni los látigos emplomados; algo peor, o más humillante, tenía para los secuaces del Galileo: el desdén. No valía la pena ni de ensañarse con los que serían capaces de martillear las estatuas griegas, con los que huían de las termas y no se lavaban ni perfumaban el cabello. El cristianismo, dentro de la ciudad, se le aparecía a Catalina envuelto en las mallas de mil herejías supersticiosas; y sólo algunos lampos de llama viva de fe, venidos del desierto, la atraían, momentáneamente, como atrae toda fuerza. Los solitarios...

Había por entonces uno muy renombrado a causa de sus penitencias aterradoras. Se llamaba Trifón. Se pasaba el año, no de pie sobre el capitel de una columna, a la manera del Estilita, sino tan pronto de rodillas como sentado sobre una piedra ruda que el sol calcinaba. Cuando las gentes de la mísera barriada de Racotis acudían con enfermos para que los curase el asceta, éste se incorporaba, alzaba un tanto la piedra, murmuraba «ven, hermanito», y salía un alacrán, que, agitando sus tenazas, se posaba en la palma seca del solitario.

Machucaba él con un canto la bestezuela, y añadiendo un poco de aceite del que le traían en ofrenda, bendecía el amasijo, lo aplicaba a las llagas o al pecho del doliente y lo sanaba...

Agradecidas y llorosas, las mujerucas del pueblo paliqueaban después con el Santo, refiriéndole las crueldades del César Maximino, peor que Diocleciano mil veces; los cristianos desgarrados con garfios, azotados con las sogas emplomadas, que, al ceñirse al vientre y hendirlo, hacen verterse por el suelo, humeantes y cálidas, las entrañas del mártir... Y rogaban a Trifón que, pues tenía virtud para encantar a los escorpiones, rogase a Jesús el pronto advenimiento del día en que toda lengua le alabe y toda nación le confiese.

—Reza también—imploraban—por que toque en el corazón a la princesa Catalina, que socorre a los necesitados como si fuera de Cristo, pero es enemiga del Señor y le desprecia. ¡Lástima por cierto, porque es la más hermosa doncella de Alejandría y la más sabia, y guarda su virginidad mejor que muchas cristianas!

—Sólo Dios es belleza y sabiduría—contestaba el asceta—. Pero despedidos los humildes, gozosos con las curaciones; al arrodillarse en el duro escabel, mientras el sol amojamaba sus carnes y encendía su hirsuta barba negra—la idea de la princesa le acudía, le inquietaba.

—¿Por qué no curarla también, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Sería una oveja blanca, propiciatoria...

Una madrugada—como a pesar suyo—Trifón descendió de la piedra, requirió su báculo, y echó a andar. Caminó media jornada arreo, hasta llegar a Alejandría, y cerca ya de la ciudad siguió la ostentosa vía canópica, y derecho, sin preguntar a nadie, se halló ante la puerta exterior del palacio de Costo. Los esclavos januarios se rieron a sabor de su facha, y más aún de su pretensión de ver a la princesa inmediatamente.

—Decidla—insistió el solitario—que no vengo a pedir limosna, ni a cosa mala. Vengo sólo a hablarla de amor, y le placerá escucharme.

Aumentó la risa de los porteros, mirando a aquel galán hecho cecina por el sol, y cuya desnudez espartosa sólo recataban jirones empolvados de sayo de Cilicia.

—Llevad el recado—insistió el asceta—. Ella no se reirá. Yo sé de amores más que los sofistas griegos con quienes tanto platica.

—¡Es un filósofo!...—secretearon respetuosamente los esclavos; y se decidieron a dar curso al extraño mensaje, pues Catalina gustaba de los filósofos, que no siempre van aliñados y pulcros.

Catalina estaba en su sala peristila; a la columnata servía de fondo un grupo de arbustos floridos, constelados de rojas estrellas de sangre. Aplomada, en armoniosa postura, sobre el trono de forma leonina, de oro y marfil, envuelta en largos velos de lino de Judea bordados prolijamente de plata, había dejado caer el rollo de vitela, los versos de Alceo, y acodada, reclinado el rostro en la cerrada mano, se perdía en un ensueño lento, infinito. Hacia tiempo ya que, con nostalgia profunda, añoraba el amor que no sentía. El amor era el remate, el broche divino de una existencia tan colmada como la

suya; y el amor faltaba, no acudía al llamamiento. El amor no se lo traían de lejanos países, en sus fardos olorosos, entre incienso y silfio, los viajeros de su padre.

—¿De qué me sirve—pensaba—tanto libro en mi biblioteca, si no me enseñan la ciencia de amar? Desde que he empapado el entendimiento en las doctrinas del divino Platón, que es aquí el filósofo de moda, siento que todo se resuelve en la Belleza, y que el Amor es el resplandor de esa belleza misma, que no puede comprender quien no ama. ¡No sabe Plotino lo que se dice al negar que el amor es la razón de ser del mundo! Plotino me parece un corto de vista, que no alcanza la identidad de lo amante con lo perfecto. En lo que anda acertado el tal Plotino, es en afirmar que el mundo es un círculo tenebroso y sólo lo ilumina la irradiación del alma. Pero mi alma, para iluminar mi mundo, necesita encandilarse en amor... ¿Por quién?...

Y las imágenes corpóreas y espirituales de sus procos desfilaron ante el pensamiento de Catalina, y, esparciendo su melancolía, rió a solas.—Volvió la tristeza pronto.

—¿Dónde encontrar esa suprema belleza de la forma, que según Plotino transciende a la esencia? ¡Oh, Belleza! ¡Revélate a mí! ¡Déjame conocerte, adorarte y derretir en tu llama hasta el tuétano de mis huesos!

El pisar tácito de una esclava negra, descalza, bruñida de piel, se acercó.

—Desea verte, princesa, cierto hombrecillo andrajoso, ruin, que dice sabe de amores.

—Algún bufón. Hazle entrar. Prepara un cáliz de vino y unas monedas.

Trifón entró, hiriendo el pavimento de jaspe pulimentado con su báculo de nudos. Al ver a Catalina se detuvo, y en vez de incli-

narse, la miró atentamente, dardeándola con ojeadas de fuego al través de las peludas cejas que le comían los párpados rugosos.

—Siéntate—obsequió Catalina—; habla, di de amor lo que sepas. Por desgracia no será mucho.

—Es todo. Vengo de la escuela de amor, que es el desierto.

—¿Eres uno de esos solitarios? En efecto, tu piel está recocida y baqueteada al sol. De amor entenderás poco, aun cuando, según dicen, no sois aficionados a contaminar vuestra carne con la furia bestial de los viciosos, lo cual ya es camino para entender. El amor es lo único que merece estudiarse. Cuando razonamos de ser, de identidad, de logos, de ideas madres..., razonamos de amor sin saberlo. Oye... ¿No quieres pasar al caldario antes de comunicarme tu sabiduría? Mis esclavas te fregarán, te ungirán y te compondrán ese pelo. Siempre que viene un sofista, le fregamos.

—Yo no soy un sofista. Vivo tan descuidado de mi cuerpo como los cínicos, pero es por atender a la diafanidad y limpieza de mi alma. El cuerpo es corruptible, Catalina. ¿No has visto nunca una carroña hirviendo en gusanos? ¿A qué cuidar lo que se pudre?

—Como quieras... Háblame desde alguna distancia...

—Catalina—empezó preguntando—¿por qué no te has casado con ninguno de tus pretendientes? Los hay gallardos, los hay poderosos.

—Tu pregunta me sorprende, si en efecto entiendes de amor. No basta que mis procos, o mejor dicho, algunos de mis procos, sean gallardos, dado que lo fuesen, que sobre eso cabe discusión. Sería necesario que yo encarnase en ellos la idea sublime de la hermosura. ¿No acabas de decir que el cuerpo se corrompe? Mis pretendientes están ya agusanados, y aún no se han muerto. Yo sueño con algo que no se parece a mis suspirantes. No sé dónde está, ni cómo se lla-

ma. De noche, cuando boga Diana al través del éter, tiendo los brazos a lo alto, donde creo ver una faz adorable, cuyo encanto serpea por mis venas.

—Pues eso que buscas, princesa, yo te lo traigo.

En vez de mofarse, Catalina se volvió grave.

—Dime tu nombre, Padre—exhaló, casi a su pesar.

—Trifón, el penitente.

—¿Cristiano?

—Sí.

—¿Santo, como dicen?

—No. El mayor de los pecadores. Bajo la piedra en que vivo hay un nido de escorpiones enconados, y así tengo a mis pasiones, sujetas y aplastadas por la penitencia. Pero allí están, acechando para hincar su aguijón.

—Seas santo o bandolero, adorador de Cristo, de Serapis o de la excelsa Belleza, que es la única verdad...

—¡No blasfemes Catalina, pobre tórtola triste que no encuentra su pareja, que gime por el amado!

—Digo que seas quien fueres, para mí serás la misma encarnación humana de Apolo Kaleocrator, si me haces conocer la dicha de amar.

—¿Eres capaz de todo... ¡de todo! por conseguirla?

—¿Quieres tesoros? ¿Quieres una copa de unicornio, llena de mi sangre?

—La copa... Pudiera ser que la quisiese... no yo, sino tu amante, el que vas a conocer presto. ¿Ves mi fealdad? Infinitamente mayor es su hermosura. Y déjate de raciocinios, de Plotino y de Platón. Amar es un acto. Yo te llevo al amor y no te lo explico. No te fatigues en pensar. Ama.

—Sobre ascuas pisaría por acercarme al que he de amar. ¿Será también un príncipe? Porque varón de baja estofa, para mí no es varón.

—Es un príncipe asaz más ilustre que tú.

—¡Eso, sólo Maximino César!—se ufanó Catalina.

—¡Maximino, ante él... hisopo al pie del cedro!—Mañana, a esta misma hora, sola, purificada, vestida humildemente, saldrás de tu palacio sin ser vista, y caminarás por detrás del Panoeum, hasta donde veas una construcción muy pobre, una especie de célula, que llamamos ermita. El lugar estará solitario, la puerta franca. ¿Entrarás sin miedo?

—No sé lo que sea temor.

—Allí, dentro de la ermita, aguardarás al que has de amar en vida y más allá de la muerte. A aquel cuyos besos embeodan como el vino nuevo y en cuyos brazos se desfallece de ventura. Al que en la sombra, con recatados pasos, se acerca ya a tu corazón...

Catalina cerró los ojos. Un aura vibrátil y palpitante columpiaba la fragancia de los jardines. Parecía un suspirar largo y ritmado.

Cuando abrió los párpados, había desaparecido el penitente.

* * *

La princesa pasó la noche con fiebre y desvelo. Vió desfilar formas e ideas madres, los arquetipos de la hermosura, representados por las maravillosas envolturas corporales de los dioses y los héroes griegos. Apolo Kaleocrator, árbitro de la belleza, apoyado en su lira de tortuga, inundados los hombros por los bucles hilados de rayos de luz; Dionisos, con el fulvo y manchado despojo del tigre sobre las morenas espaldas tersas y recias; Aquiles (a quien deseó frecuente-

mente Catalina haber conocido ante Troya, envidiando a Briseida, que tuvo la suerte de vestirle la túnica), y el pío Eneas, el infiel a la mísera reina africana... ¿Sería alguno como éstos quien la aguardase en la ermita?

Que el solitario fuese un malhechor y la atrajese a una celada, no lo receló Catalina ni un instante. Podría acaso ser un hechicero: acusábase a los cristianos de practicar la magia. Sin duda, para resistir así el martirio, poseían secretos y conjuros. Quizás iban a emplear con ella el filtro del amor... ¡Por obra de filtro, o como fuese, la princesa ansiaba que el amor se presentase! ¡Amar, deshacerse en amor, que el amor la devorase, cual un león irritado y regio!—Siguió las instrucciones de Trifón exactamente. Se bañó, purificó y perfumó, como en día de bodas; se vistió interiormente tunicela de lino delgadísimo, ceñida por un cinturón recamado de perlas; y, encima, echó la vestimenta de burdo tejido azul lanoso que aun hoy usan las mujeres *fellahs*, el pueblo bajo de Egipto. Calzó sandalias de cuerda, igual que las esclavas, mullendo antes con seda la parte en que había de apoyar la planta del pie. Un velo de lana tinto en azafrán envolvió su cabeza. Así disfrazada y recatada, salió ocultamente por una puerta de los jardines que caía al muelle, y se confundió entre el gentío. Costeado el muelle, torció hacia la avenida de las Esfinges, cuyo término era la subida especial del Panoeum o santuario del dios Pan, montañuela cuya vertiente opuesta conducía a la ermitilla, emboscada entre palmeras y sicomoros.

A un lado y a otro de la monumental avenida alineábanse, sobre pedestales de basalto, las Esfinges de granito rosa, de dimensiones semicolosales. A los rayos oblicuos del sol muriente, el pulimento del granito tenía tersuras de piel de mujer. Las caras de los monstruos reproducían el más puro tipo de la raza egipcia, ojos ovales,

facciones menudas, barbillas perfectas; el tocado simétrico hacía resaltar la delicada corrección del melancólico perfil. Hasta la cintura, el cuerpo de las Esfinges era femenino, pero sus brazos remataban en garras de fiera, cuyas uñas aparentaban hincarse en la lisura del pedestal. Dijérase que se contraían para desperezarse y saltar rugiendo. Sintió Catalina aprensión indefinible. Respiró mejor al acometer la subida espiral que conducía al Panoeum, entre setos de mirto, el arbusto del numen, que de trecho en trecho enflorecían las rosas de Hathor Afrodita, encendidas sobre el verdor sombrío de la planta sagrada. La brisa de la tarde estremecía los pétalos de las flores, y el espíritu de Catalina temblaba un tanto, en la expectativa de lo desconocido.

Pasó rozando con el templo y descendió la otra vertiente. Detrás del santuario asomaba una colina oculta, y en un repliegue del terreno se agazapaba la ermita humilde; una construcción análoga a las del barrio de Racotis, de adobes sin cocer y pajizo techo. En la cima una cruz de caña revelaba la idea del edificio. La reducida puerta se abría de par en par. Catalina la cruzó; allí no había alma viviente. En el fondo, un ara de pedruscos desiguales soportaba otra cruz no menos tosca que la del frontispicio, y en grosero vaso de barro vidriado se moría un haz de nardos silvestres. La princesa, fatigada, se reclinó en el ara, sentándose en el peldaño de piedra que la sostenía. Rendida por el insomnio calenturiento de la noche anterior, anestesiada por la frescura y el silencio, se aletargó, como si hubiese bebido cocimiento de amapolas. Y he aquí lo que vió en sueños:

Subía otra vez por la avenida de las Esfinges, pero no al caer de la tarde, sino de noche, con el firmamento turquí todo enjoyado de gruesos diamantes estelares. Bajo aquella luz tililadora, los mons-

truos semi-hembras, de grupa viril, parecían adquirir vida fantástica. Estirándose felinamente, se incorporaban en los zócalos, y crispaba los nervios el roce de sus uñas sobre la bruñida dureza del pedestal. Sus caras humanas, perdiendo la semejanza, adquirían expresión individual, se asemejaban a personas. Catalina, atónita, reconocía en las Esfinges tan pronto a sus pretendientes desairados, como a los sofistas y ergotistas que discutían en su presencia. Allí estaban Mnesio, Teopompo, Caricles, Gnetes, sus contertulios, erizados de argucias, duchos en la controversia, discípulos del Peripato algunos, los más, de Platón. De sus labios fluían argumentos, demostraciones, objeciones, definiciones, un murmurio intelectual que resonaba como el oleaje; marea confusa en que flotan las nociones de lo creado y lo increado, lo sensible y lo inteligible, las substancias inmutables y los accidentes perecederos; y en conjunto, al fundirse tantos conceptos en un sonido único, lo que se destacaba era una sola palabra: *Amor*.

Y las otras Esfinges, que tenían el semblante de los desairados procos, murmuraban también con tenaz canturia: *Amor*; y sus ojos chispeaban, y sus garras se encorvaban para inciar el zarpazo, y gañían bajo y lúgubre, como chacales en celo, y un aliento hediondo salía de sus bocas, y su cuarto trasero de animales se enarcaba epilépticamente. Catalina emprendía la fuga, y la hueste de fieras, a su vez, corría, galopaba, hiriendo la arena y soliviantándola con sus patas golpeadoras. La desatada carrera de los monstruos, su jadear anheloso tras la presa, era como el desborde enfurecido de un torrente. No podía acelerar más su huída la princesa: angustiada, apretaba contra el pecho sus vestiduras, en las cuales ya dos veces había hecho presa la zarpa de las Esfinges.—Me desnudarán—calculaba—y cuando caiga avergonzada y rendida, se cebarán en mí...—El ho-

rror activaba su paso. Los pies, rotas las sandalias, se herían en los guijarros, se deshonraban con el polvo; y en medio de su espanto, aún deploraba Catalina:—¡Mis pies de rosa, mis pies pulidos como ágatas, mis pies sin callosidad! ¡Se me estropean! ¡Ay pies míos!

Paralizado de fatiga el corazón, iba a desplomarse, cuando se le ofreció un asilo, la boca de una cueva... la ermita. Débil lucecilla ardía dentro. Catalina se precipitó... y creyó en una pesadilla. Detrás no había nadie; ni rastro de los monstruos. Sólo se veía, a lo lejos, la blanca mole marmórea del Panoeum, y por dosel el cielo claveteado de luminares, a guisa de manto triunfal.

Ancha inspiración dilató los pulmones de Catalina. Su sangre circuló rápida, deliciosamente distribuída por los casi exánimes miembros. Una luz difusa comenzó a flotar en el aire; la cueva se iluminó. La luz crecía y era como de luna cuando al nacer asoma color de fuego, reflejando aún los arreboles solares. Y en el foco más luminoso, abriéndose paso, surgieron dos figuras: una mujer y un hombre. Ella parecía de más edad, pálida, marchitos y entumecidos los párpados por el sufrimiento; él era garzón, y a su juventud radiante acompañaba belleza portentosa. Catalina, juntando las manos, le miró con enajenamiento. Ni había visto un sér semejante, ni creía que pudiese existir. Curiosa en estética, solía ordenar que le presentasen esclavos hermosos, no con fines de impureza, sino para admirar lo perfecto de la forma en las diversas razas del mundo. Los comparaba a las creaciones de Fidias, a los sacros bultos de las divinidades, y comprendía que por modelos así se forjan las obras maestras. Pero el aparecido era cien veces más sublime. A la perfección apolínica de la forma reunía una expresión superior a lo bello humano. Desde sus ojos miraba lo insondable. Emitían claridad sus cabellos partidos por una raya irradiando en bucles color de dátil

maduro, y la majestad de su faz delicadísima era algo misterioso, que se imprimía en las entrañas y salteaba la voluntad. El mozo debía de ser un alto personaje, como había dicho Trifón; más alto que el César. Sus pies desnudos se curvaban, mejor delineados que los del Arquero. Sus manos eran marfil vivo. Y Catalina, postrada, sintió que al fin el Amor, como un vino muy añejo cuya ánfora se quiebra, inundaba su alma y la sumergía. Tendió los brazos suplicante. El mozo se volvió hacia la mujer que le acompañaba.

—¿Es esta la esposa, madre mía?

—Esta es—afirmó una voz musical, inefable.

—No puedo recibirla. No es hermosa. No la amo...

Y volvió la espalda. La luz lunar y ardiente se amortiguaba, se extinguía. Los dos personajes se diluyeron en la sombra.

Catalina cayó al suelo, con la caída pesada del que recibe herida honda de puñal. Poco a poco recobró el conocimiento. Se levantó; al pronto no recordaba. La memoria reanudó su cadena. Fué una explosión de dolor, de bochorno. ¡Ella, Catalina, la sabia, la deseada, la poderosa, la ilustre, no era bella, no podía inspirar amor!

* * *

Salió de la ermita y caminó paso a paso, ya bajo la verdadera luz de Selene: había anochecido por completo. Las Esfinges, inmóviles sobre sus zócalos de negro basalto, no la hostilizaron; sólo la impusieron la majestad de su simetría grandiosa. Costeando el muelle, donde cantaban roncas coplas los marineros beodos, se deslizó hasta el palacio. Las esclavas acudieron, disimulando la extrañeza y la malicia con servil solicitud. Aprestaron el baño tibio, presentaron los altos espejos de bruñida plata. Y la princesa, arrancándose

el plebeyo disfraz, se contempló prolijamente. ¿No era hermosa? Si no lo era, debía morir. Lo que no es bello no tiene derecho a la vida. Y, además, ella no podía vivir sin aquel príncipe desconocido que la desdeñaba. Pero los espejos la enviaron su lisonja sincera, devolviendo la imagen encantadora de una beldad que evocaba las de las Deas antiguas. A su torso escultural faltaba sólo el cinturón de Afrodita, y a su cabeza noble, que el oro calcinado con reflejos de miel del largo cabello diademaba, el casco de Palas Atenea. Aquella frente pensadora y aquellos ojos verdes, lumínicos, no los desdeñaría la que nació de la mente del Aguileño. ¿No ser hermosa? El príncipe suyo no la había visto... ¡Acaso el disfraz de la plebe encubría el brillo de la hermosura! Era preciso buscar al aparecido, obligarle a que la mirase mejor; y para descubrir dónde se ocultaba, hablar a Trifón, el Solitario.

Con fuerte escolta, en su litera mullida de almohadones, al amanecer del siguiente día, la hija de Costo emprendió la expedición al desierto. Su cuerpo vertía fragancia de nardo espique; su ropaje era de púrpura, franjeado de plumaje de aves raras, por el cual, a la luz, corrían temblores de esmeralda y cobalto; sus pies calzaban coturnillos traídos de Oriente, hechos de un cuero aromoso; y de su cuello se desprendían cascadas de perlas y sartas de cuentas de vidrios azul, mezcladas con amuletos. Ante la litera, un carro tirado por fuertes asnos conducía provisiones, bebidas frías y tapices para extender. En pocas horas llegaron a la región árida y requemada, guarida de los cenobitas. Cuando descubrieron a Trifón, le tomaron al pronto por un tronco seco. Un pájaro estaba posado en sus hombros, y voló al acercarse la comitiva.

Catalina ordenó distanciarse a su séquito; descendió y se acercó implorante, al asceta.

—Vengo—impetró —a que me devuelvas lo que me has quitado. ¡Dame mi serenidad, mi razón! ¡El dardo me ha herido, y no sé arrancármelo! ¡Dime dónde está él, e iré a encontrarle entre áspides y dragones. Si no le parezco hermosa, haz por tus artes de magia y tu sabiduría que se lo parezca. O hazme morir, pues con la vida no puedo vivir ya...

Permanecía Catalina a los pies del solitario, arrastrando, entre el polvo seco, su ropaje magnífico. Su seno, en la angustia de la esperanza, se alzaba y deprimía jadeando. Trifón la contempló un instante, y al fin, con penoso crujido de junturas, descendió del asiento. Buscó entre sus harapos la ampollita de aceite, y ejecutando movimiento familiar desvió el pedrusco, bajo el cual vió Catalina rebullir, en espantable maraña, la nidada de alacranes. Alzando los ojos al cielo metálico de puro azul, el penitente pronunció la fórmula consagrada:

—Ven, hermanito...

Un horrible bicharraco se destacó del grupo y avanzó. Catalina le miró fascinada, con grima que hacía retorcerse sus nervios. La forma de la bestezuela era repulsiva, y la Princesa pensaba en la muerte que su picadura produce, con fiebre, delirio y demencia. Veía al insecto replegar sus palpos y erguir, furioso, su cauda emponzoñada, a cuyo remate empezaba la eyaculación del veneno, una clara gotezuela. Ya creía sentir la mordedura, cuando de súbito el escorpión, amansado, acudió a la mano raigambrosa que Trifón le tendía, y el asceta, estrujándolo sin ruido, lo mezcló y amasó con el óleo.

—Abre tus ropas, Catalina, y aplica esta mixtura sobre tu corazón enfermo—mandó imperiosamente.

Catalina, sin vacilar, obedeció. Trifón se había vuelto de espal-

das. Al percibir el frío del extraño remedio sobre la turgente carnosidad, su corazón saltó como cervatillo que ventea el arroyo cercano. Bienestar delicioso, en vez de fiebre, notó la princesa, y como si se desenfilase su luenga sarta de perlas índicas, lágrimas vehementes de amor fueron manando a lo largo de sus mejillas juveniles. Por un instante aquel entendimiento peregrino, adornado con tantas galas sapienciales, se embotó y apagó, y sólo el corazón, liquidándose y derritiéndose, funcionó activo.

—Soy cristiana—protestó sencillamente, comprendiendo.

Corrió Trifón al pozo donde colmaban sus odres los peregrinos que venían a consultarle; hizo remontar el cangilón que se rezumaba, y tomando agua en el hueco de la mano, la derramó sobre la cabeza inclinada de la virgen, profiriendo las palabras:

—En el nombre...

Aún no había descruzado las palmas Catalina, cuando el solitario anunció:

—Vuelve mañana a la misma hora a la ermita. Allí estará El.

—¿Y le pareceré hermosa?...

—Tan hermosa, que se desposará contigo.

Una corriente de beatitud recorrió las venas de Catalina. El misterio empezaba a revelarse.

Platón se lo había balbuceado al oído, y Cristo se lo mostraba resplandeciente.

—¿Qué debo hacer para agradar a mi Esposo, Trifón?—interrogó sumisa.

—Hallar en él a la hermosura perfecta; en él y sólo en él. Y si llega el caso, proclamarlo sin miedo. Ve en paz, Catalina Alejandrina. Cuando vuelvas a ver a Trifón, será un día radiante para tí.

A paso tardo, la princesa regresó adonde aguardaba su séquito.

Extendidos los tapices, el refresco esperaba. Frutos sazonados y golosinas con miel y especias tentaban el apetito. Ella picó un gajo de uvas, sin sed.

—Refrescad vosotros... Todo es para vosotros...

Al balanceo de la litera se durmió con sueño de niña, sin pesadillas ni calenturas. Aletargada, la trasladaron a su lecho de cedro incrustado de preciosos metales. Al despertar, reconstituída por tan gustoso dormir, su primera idea fué de inquietud. ¿Sería cierto que iba a ver al Esposo? ¿La juzgaría hermosa *ahora*? ¿No proferiría, con igual desdén que la vez primera, en aquella voz que rasgaba las telillas del alma: no es hermosa, no la amo?

Por la tarde, vuelta a disfrazar, siguió la conocida ruta. Las Esfinges, impenetrables, no crisparon sus uñas graníticas. Su enigmática quietud no estremeció, cual otras veces, a la princesa, que las suponía sabedoras y guardadoras del gran misterio. Ascendió ágilmente por la espiral del Panoeum. Las rosas de Hathor se deshojaban, lánguidas del calor del día, y en el centro de un círculo de mirtos, especie de glorieta, el dios lascivo se erguía en forma de hermes óbsceno, por el cual trepaba una hiedra. La leche y la miel de las ofrendas tributadas por los devotos en libación goteaban aún a lo largo del cipo. Catalina, que nunca había dado culto a los capripedes, ni a la Afrodita libidinosa, sintió con violencia la náusea de aquel santuario, y se encontró llena de menosprecio hacia los dioses carnales, y hasta superior a sus antiguos númenes.

Apretó el paso para salir del Panoeum y refugiarse en la ermita. Estaba desierta...

¡El penitente la había engañado! ¡Su esposo no venía!

Con la faz contra el suelo, en tono de arrullo y de gemido, le llamó tiernamente.—Ven, ven, amado, que no sé resistir. Quien te ha

visto y no te tiene, no puede resignarse. Herida estoy, y no sé cómo. Se sale de mí el alma para irse a tí...—Así se dolió Catalina, hasta que el sol se puso. Cuando la rodeó la obscuridad, se desoló más. No se oía sino el cantarcillo de una fuente cercana, donde solían bautizar ocultamente los cristianos a sus neófitos. Al ser completas las tinieblas, alzó un momento los ojos; fulguró una claridad dorada, y vió a la Mujer. Pero no la acompañaba el garzón divino de los bucles color de dátil: traía de la mano a un pequeñuelo que, impetuosamente, se arrojó a los brazos de la princesa, acariciándola. El niño, eso sí, era un portento. En su cabeza se ensortijaba oro hilado y cardado. Su boquita de capullo gorjeaba esas ternezas que cautivan, y sus labios frescos corrían por las mejillas de Catalina, humedeciéndolas con una saliva aljofarada. Ella, trémula, no se atrevía a responder a los halagos del infante. Entonces la Mujer avanzó, se interpuso, y teniendo al niño en su regazo, cogió la mano derecha de Catalina y la unió a la de él, en señal de desposorio. El niño, que asía un anillo refulgente, miraba a su madre con inocente, encantadora indecisión. La madre guió la hoyosa manita, y el anillo pasó al dedo de la novia. Terminada la ceremonia, el infante volvió a colgarse del cuello de la princesa, a besarla halagüeño. Un deliquio se apoderó de las potencias de Catalina y las dejó embargadas. El rapto duró un segundo. La hija de Costo se encontraba sola otra vez.

Sin saber por qué, se alzó, echó a andar hacia la ciudad. Palpitaban miriadas de estrellas en el firmamento terciopeloso y sombrío; soplos cálidos ascendían de la tierra recocida por el asoleo. Y ni en el Panoeum, donde otras noches parejas impuras surgían de entre los arbustos; ni en la prolongada avenida, con su doble inquietadora fila de monstruos, cuyas enormes sombras se prolongaban; ni en los muelles, cercanos a lupanares y tabernas vinarias, encontró Cata-

lina persona viviente. Caminaba como al través de una ciudad abandonada por sus moradores.

En su lecho, la princesa concilió un sueño aún más reparador y total que el de la noche anterior. Uno de esos sueños, después de los cuales creemos haber nacido nuevamente. La vida pasada se borra, el porvenir viene traído por la alegría mañanera. Un rayo solar, dando a Catalina en los ojos, hizo centellear en su dedo el anillo de las místicas nupcias.

* * *

No había transcurrido mucho tiempo desde la expedición de Catalina al desierto, cuando el César asociado Maximino el Dacio,—residente en Alejandría porque en el reparto del Imperio entre Licinio, Constantino y él, había correspondido Egipto a su jurisdicción—, celebró una fiesta orgiástica. Asistieron a la cena altos personajes de la ciudad, tribunos militares, poetas, sofistas, mozos alocados de la buena sociedad de entonces, cortesanas y sacerdotisas de Hathor.

Después de las primeras libaciones, mientras servían en copas de ágata el néctar de la Tenaida, ese vino de Coptos que produce una exaltación entusiasta de los sentidos, preguntó el César qué se contaba de nuevo en su capital; y el sofista Gnetes, cretense de nacimiento, exclamó que era mala vergüenza que dejasen al divino Emperador tan atrasado de noticias, sin saber que la princesa Catalina pertenecía ya a la inmunda secta de los galileos.

—¿Catalina, hija de Costo? ¿La hermosa, la orgullosa?—se sorprendió Maximino.

—La misma. No conozco apostasía tan indigna, ¡oh, César! Por-

que, en su culto a la belleza y a la ciencia, Catalina estaba consagrada a la Atenea y al Kaleocrator. No ha renegado de ningún pequeño numen campestre y familiar, sino de los grandes Dioses. Tú, divo —añadió afectando rudeza—, que tanto entiendes de hermosura, pues nos enseñas hasta a los estudiosos, estás obligado a informarte de lo que haya de cierto en este rumor. Las divinidades altas te tienen encomendada su defensa.

Intrigaba así Gnetes, porque más de una vez había envidiado amarillamente la sabiduría de la princesa, y aunque feo y medio corcovado, la suposición de lo que sería la posesión de Catalina le había desvelado en su sórdido cubículo. Por otra parte, todos los conmilitones de Maximino le pinchaban y excitaban contra los galileos, pues habiendo llegado a ser uno de los placeres y deportes imperiales el presenciar suplicios, si no se utilizaba a los nazarenos para este fin, podría darle a César el antojo de ensayar con algún amigo y convidado. Los martirios eran más divertidos que las luchas de la arena, y cuando se trata de una altiva beldad, hay la contingencia de poder verla, arrancadas sus ropas a jirones por el verdugo...

Maximino quedaba silencioso, reflexionando. Pensaba en Catalina; no tanto en su belleza, como en su fama de ciencia y de exquisitez en la vida, y en su energía y resolución, dotes que la hacían curiosa y deseable. Acordábase de la historia de la perla que fué de Cleopatra, y de las probables aspiraciones de Catalina a encarnar el sentimiento patriótico de los egipcios. Y acudían a su mente las noticias de los tesoros de Costo, de sus simpatías entre los serapistas, de sus continuos viajes a provincias lejanas, donde tal vez conspirase contra los emperadores asociados. Todo esto lo confirió consigo mismo, sin dignarse contestar al chismoso pinchazo del sofista. Habían hecho irrupción en la sala del festín las bailarinas con sus cró-

talos y sus túnicas sutiles de gasa, y se escanciaban ya otros vinos: el de Mareotis, aromoso; los de Grecia, sazonados con pez; los de Italia, alegres y espumantes. Una hora después, el César, en voz incierta, llamaba a su confidente Hipermio, y le daba una orden. Hipermio se encogía de hombros. Tenía establecido el propio Maximino que no se obedeciesen las disposiciones que pudiese adoptar en la mesa, mientras el espíritu de la vid corría por sus venas y tupía con vapores su cerebro.

A la mañana siguiente, el César repitió la orden. Tenía ya despejada la cabeza, aunque dolorido el cuero cabelludo y revuelto el estómago. Un tedio entumecedor le abrumaba, y, como sufría, no le era desagradable la perspectiva de hacer sufrir. Sin embargo, bajo el instinto cruel latía un designio político, dictado por el continuo recelo que le infundía la ambición firme y consciente del temible Constantino, su socio.

—Redacta—ordenó a su secretario—un edicto para que sean ofrecidos sacrificios públicos a los Dioses. Es preciso que vayan extinguiéndose las viejas supersticiones egipcias, y atarles corto a los adoradores del Galileo, que andan envalentonados y nos desafían. Que sepan que Alejandría pertenece a Maximino.

—¡A quien Jove otorgue el imperio entero!—deseó Hipermio, que estaba presente y conocía lo que soñaba César.

—¿No te di anoche esta orden misma?

—Sí, Augusto; pero ya sabes...

Maximino frunció el ceño, y, secamente, pronunció la fórmula:

—¡Cúmplase!

En todas las esquinas de las calles, en medio de las plazas, se elevaron altares enramados de hidra y flores, donde se degollaban con aparato becerras, cabras, novillos y hasta cerdos. Los sacrifica-

dores y los hierofantes andaban atareadísimos. Parte del pueblo se regocijaba, porque, además de la perspectiva de los cristianos que se negarían a sacrificar y serían torturados, se celebraban ya todas las noches, en el Panoeum, priáperas sacras, y las sacerdotisas, representando ninfas, y los sacerdotes, envueltos en pieles de chivo, daban el ejemplo de torpezas que divertían a la gentuza. Sin embargo, no pocos fieles a Serapis y a la gran Isis veían con reprobación estas mascaradas repugnantes, y los cristianos, horrorizados, anunciaban fuego del cielo sobre la ciudad. Muchos, sin miedo, resistían el sacrificio, o pasaban erguidos sin dar señal de respeto a los númenes; y las cárceles empezaron a abarrotarse de presos. El César sentía la falta de unidad: tres Alejandrías, en vez de una Roma, le preocupaban. ¿Irían a sublevarse? Ordenó que se soltase a la mayor parte de los encarcelados, y preguntó ansiosamente:

—¿Y la princesa Catalina? ¿Cumple el decreto?

—No, Augusto—satisfizo Hipermio—. Delante de su palacio no hay altar, a pesar de que se le ordenó que lo construyese, con la riqueza que tan espléndida morada exige.

—Es preciso que hoy mismo se me presenten aquí ella y su padre.

—César..., en cuanto a su padre, no creo que pueda ser acatado tan pronto tu mandato, porque se ha ausentado, nadie sabe adónde, después de decir que, aun cuando sus crencias son las del antiguo Egipto, gustoso sacrificaría a Apolo, porque le considera igual a Osiris, y, como él, representa el principio fecundador. La que se ha negado resueltamente es la princesa.

—¿Se ha negado, eh? Pues que sea conducida aquí. Deseo hablar con ella y cerciorarme de que su alto ingenio no la ha librado de caer en las supersticiones del populacho judío.

Cuando entró Catalina en la magnífica sala peristila donde el Cé-

sar daba sus audiencias, él la contempló, como se mira la joya que se codicia, sin atreverse a echarle mano aún. Venía la hija de Costo regiamente ataviada: su túnica sérica, del azul de las plumas del pavo real, estaba recamada de gruesos peridotos verdes y diamantes labrados, como entonces se labraban, en la forma llamada *tabla*. Sus pliegues majestuosos realzaban la figura dianesca, lanzal y erguida, que, lejos de inclinarse humilde y bajar los ojos como la mayoría de las cristianas, se enhiestaba con la altiva nobleza del que se siente superior, no sólo a la vida común, sino al común destino. La inteligencia destellaba en la blanca y espaciosa frente, en los verdes dominadores ojos, en la boca grave, pronta a dejar efluir la sabiduría. Sobre el reducido escote, pendiente de la garganta torneada, la célebre perla de Cleopatra Lagida tiembla, pinjante, sostenida por un hilo delgado de oro. Una diadema sin florones, toda incrustada de pedrería, semejante a las que más tarde lucieron las emperatrices de Bizancio, recuerda la alta categoría de la princesa. Un velo de gasa violeta pende del atributo regio y cae hasta el borde del ropaje. Su calzado, de cuero árabe con hebillaje de plata, cruje armoniosamente a la euritmia del andar.

—César, aquí estoy. Deseo saber por qué me llamas.

Maximino, indeciso, señaló a un escaño. Catalina recogió su velo, se envolvió en él y se sentó tranquila.

—Me han dicho, princesa, que te has hecho galilea hace poco tiempo.

—Te engañaron, emperador...—Después de breve pausa.— Yo era cristiana ya, desde hace años. Lo era por mis ideas platónicas, por mi desprecio de la sensualidad y la brutalidad. Era cristiana porque amaba la Belleza... En fin, Augusto, creo que te aburriría si te expusiese teorías filosóficas. Espero tus órdenes para retirarme.

—No soy tan docto como tú, princesa—ironizó el César, mortificado—, pero sé que, cuando se está bajo las leyes de un Imperio, hay que acatarlas, porque de la obediencia a la ley nacen el orden y la fuerza del Estado. Cuanto más elevadas sean las personas, más estrecho es el deber para ellas. Y, con toda tu ciencia y tu erudición, hoy, delante de mí, sacrificarás una primorosa becerra blanca.

—Maximino—se afianzó ella, arreglando los pliegues del velillo—, yo, en principio, no me niego a nada que mi razón apruebe. Supongo que esto te parecerá muy justo. Convénceme de que Apolo y la Demeter son verdaderos Dioses y no símbolos del Sol, de la Tierra, de cosas materiales... y sacrificaré.

—Catalina—insistió Maximino—, ya te he dicho que no soy un retórico ni un sofista, y no he aprendido a retorcer argumentos. El combate sería desigual.

—No se trata de ti ¡oh, Augusto! Te respeto, créelo, tal cual eres. Me ofrezco a discutir, a presencia tuya, con cuantos filósofos te plazca. Si los venzo, César..., ¡prométeme que adorarás a Cristo Hazlo, ¡oh, Dacio!, si quieres reinar largos años y morir en tu lecho.

—Convenido, Catalina. ¡Tú igualarás a Palas Atenea, pero algún sabio habrá en el orbe que sepa más que tú!

—Sabe más que todos Aquel que llevo en el corazón.

—¡Dichoso él!—Y la sonrisa del César fué atrevida, mientras eran galantes y rendidas sus palabras.

El amor propio envenenaba, en el alma de Maximino, la flecha repentina del deseo humano. Hijo de un obscuro pastor de Tracia, siempre le había molestado ser ignorante. Quisiera poseer la inspiración artística de Nerón, la filosofía de Marco Aurelio, la destreza política de Constantino. Despachó correos que avisaron en

Roma, Grecia, Galilea y otras apartadas regiones a los retóricos y ergotistas famosos. La recompensa sería pingüe.

Y fueron llegando. Los más venían harapientos, cubiertos de mugre y roña, y hubo que darles un baño y librarles de parásitos antes de que el César los viese. En cambio, dos o tres latinos drapeaban bien sus mantos cortos y alzaban la limpia testa calva, perfumada con esencia de rosa. Unos habían heredado el arte sutil de Gorgias y Protágoras, otros guardaban celosos el culto del Peripato, la mayoría estaba empapada en Platón y Filón, y no faltaban adeptos del antiguo cinismo, la doctrina que pretende que de nada humano debe avergonzarse el hombre. Al saber que se les convocaba para justar con una princesa virgen y encantadora, alguno se enfurruñó temiendo burla, pero el mayor número se alborotó y se dejó aromar la barba gris y ungir la rasposa piel. La opinión de Alejandría empezaba a imponérseles, pues en la ciudad, por tradición, se creía que la mujer es muy capaz de discurso.

El día señalado para el certamen, Maximino hizo elevar el solio en el patio más amplio de su morada, y mandó tender velarios de púrpura y traer copia de escaños. El sillón de Catalina estaba enflorecido, y pebeteros de plata esparcían un humo suave. El César, galante, se prometía una fiesta que distrajese su tedio, y una querida a quien sería grato domeñar. Porque, seguro de la derrota de la doncella, proyectaba vengarse con venganza sabrosa.

Antes de que se presentase el Augusto, los sabios se alinearon a la izquierda del trono; ocupó su puesto la guardia pretoriana; se dió entrada al pueblo, contenido por una balaustrada de bronce, y por la puerta central apareció el César, trayendo a Catalina de la mano. Se oyó ese murmullo de admiración, que resonaba entonces como ahora. Catalina no debía de ser de la secta galilea, cuando no había

renunciado a su faustoso vestir. Quizás para dar mayor solemnidad a su pública confesión de la fe, venía más ricamente ataviada que nunca, surcada por ríos de perlas, que se derramaban por su túnica blanca con realces argentinos, como espumas de un agua pálida. Su velo también era blanco, y coronaba su frente ancho aro todo cuajado de inestimables *barekets* o esmeraldas orientales, traídas del alto Egipto, cerca del Mar Rojo, donde, según la leyenda, las habian extraído los Arimasques pigmeos, luchando con los feroces grifos que las custodiaban en las entrañas de la tierra. Lucía en su garganta la perla de la reina de Egipto, y al pecho, la Cruz. Los ojos imperiosos y serenos de Catalina, más lumbrosos y glaucos que las esmeraldas, recorrían el concurso, queriendo adivinar quién de aquellos, herido por el dardo de la gracia, iba a seguirla hacia Jesús. Y su mirada de agua profunda parecía elegir, señalando para el martirio y la gloria.

Antes de empezar la disputa, se esperaba la orden del emperador. Maximino alzó la mano. Y salió primero a la palestra aquel envidioso Gnetes, el denunciador de Catalina.

Habló con la malicia del que conoce el pasado del adversario, y lo aprovecha. Recordó a Catalina su culto de la Hermosura, y alegó que la forma es superior a todo. Insinuó que la princesa, idólatra de la forma, buscaba en las líneas de los esclavos las semejanzas de los Dioses. Esta fué una untura de calumnia que preparó el terreno para que la hija de Costo resbalase. Un murmullo picaresco zigzagueó al través de la concurrencia; varios cristianos, que entre ella habían tomado puesto, fruncieron las cejas, indignados. Gnetes, en un período brillante, increpó a Catalina por haberse apartado del culto de Apolo Kaleocrator, árbitro inmortal de la estética, padre del arte, que sobrevive a las generaciones y las hechiza eternamente. Y en

arranque oratorio, señaló a la blanca estatua del Numen, un mancebo desnudo, coronado de rayos.

Catalina se levantó a refutar brevemente. Ella, que siempre había profesado la adoración de la Belleza, ahora la conocía en su esencia suprasensible. No desdeñaba al simulacro apolínico, pero sabía que Apolo Helios era el Sol, mero luminar de la tierra, criatura de Dios, perecedero y corruptible como toda criatura. Si el mito solar tenía otras infames representaciones en las procesiones itifálicas, al menos la de Apolo era artística, era lo noble, lo sublime de la estructura humana. En este sentido, Catalina no estaba a mal con el Numen.

Los sabios cuchichearon. No podían, bastantes de ellos, desconocer ni negar la doctrina platónica. En la conciencia filosófica el paganismo oficial era cosa muerta. Pero en el gentío, los paganos gruñían con terror maquinal:—¡Ha blasfemado del divino Arquero!

Gnetes, sin embargo, no acertaba a replicar. En el fondo de su alma él tampoco creía en el numen de Apolo, aunque sí en su apariencia seductora y en la energía de sus rayos. Y la verdad, subiéndosele a la garganta, le atascaba la voz en la nuez para discutir. Empavorecido, reflexionaba:—¿Acaso pienso yo enteramente como Catalina?—Y se propuso disimularlo, fingiendo indignación ante la blasfemia.

Salía ya a contender el egipcio Necepso, empapado en Filón y Plotino, y cuya fama emulaba a la de Porfirio, el que había publicado los *Tratados* del maestro. Ocurrió entonces algo singular: Catalina solicitó permiso para adelantarse a los razonamientos de Necepso, y tomando la ofensiva expuso las mismas teorías del filósofo, encontrando en ellas plena confirmación del cristianismo. Limitándose a atenerse a las enseñanzas de Plotino, mostró a éste insigne pensador desenvolviendo la idea de la Trinidad, de la divina hipós-

tasis, en que el Hijo es el Verbo; y expuso su doctrina de que el alma humana retorna a su foco celestial por medio del éxtasis y de la contemplación.

—Tú, como yo, Necepso—urgía Catalina—; tú, discípulo de Plotino, has sido cristiano ignorando que lo eras. Por la medula con que te nutriste vendrás a Cristo, pues el entendimiento que ve la luz ya no puede dejar de bañarse en ella.

Al hablar así, bajo el reflejo del velario purpúreo, se dijera que envolvía a la princesa un flúido luminoso, que una hoguera clara ardía detrás de sus albas vestiduras. Maximino la miraba, fascinado. ¡No, no era fría ni severa como la ciencia la virgen alejandrina! ¡Cómo expresaría el amor! ¡Cómo lo sentiría! ¿Qué pretendían de ella los impertinentes de los filósofos? Lo único acertado sería llevársela consigo a las cámaras secretas, frescas, solitarias del palacio imperial, donde pieles densas de salvajinas mullen los tálamos anchos de maderas bien olientes.

Necepso, entretanto, se rendía.—Si el cristianismo es lo que enseñó Plotino, cristiano soy—confesaba—. Catalina se acercó a él, sonriente, fraternal.

—Cristo te coge la palabra... Acuérdate de que le perteneces... Ora por mí cuando llegues a su lado...

Ya un centurión ponía la mano dura y atezada sobre el hombro del egipcio y le arrastraba hacia el altar de Apolo, ante el cual un viejo de barbas venerables, coronado de laurel, columpiaba el incensario y se lo brindaba a Necepso. A la señal negativa de éste, dos soldados le amarraron y le llevaron fuera, a la prisión. Terminada la disputa pública, se cumpliría el edicto. Necepso sería azotado en la plaza hasta que se descubriese al vivo la blancura de sus huesos.

Proseguía el certamen, pero el caso de Necepso había difundido

cierta alarma entre los sabios. Unos temían ponerse en ridículo si eran vencidos por una mujer; otros temblaban por su pellejo si no acertaban a rebatir y pulverizar a la docta Catalina, ducha en la gimnasia de la palabra y recia en el raciocinio. Algunos, al contemplarla, olvidaban los argumentos que tenían preparados. Ninguno deseaba entrar en turno de pelea. Lo que hicieron varios fué—sin atacar a la princesa ni al cristianismo—desarrollar sus teorías y exponer la doctrina de sus maestros. Y desfilaron los tanteos de la razón humana para descubrir la ley de la creación y la que rige el mundo moral. Amasis, que venía de Persia impregnado de doctrinas induas, encomió la piedad con todos los seres, pues en todos hay algo de Dios; y Catalina le demostró que la caridad cristiana amansa al alacrán y le hace hermano menor nuestro. Un partidario de Zoroastro habló de Arimanes y Ormuz, principios del mal y del bien, y de su eterna lucha; y la princesa describió a Cristo, sobre la montaña del ayuno, venciendo al demonio. Un filósofo que se había internado más allá de las cordilleras del Tibet, en busca de sabiduría ignorada, puso en las nubes a cierto varón venerable llamado Kung-see o Confucio, muy anterior a Cristo, que profesó altas doctrinas de justicia y moralidad, y ordenó que se ayudasen mutuamente los hombres; y la virgen, que conocía bien a Confucio, recordó sus máximas, probando que su sistema no pasaba de ser un materialismo limitado y secatón. Y un hebreo, procedente de Palestina, de la secta de los Esenios, en arranque invencible de sinceridad, gritó volviéndose hacia el concurso:—Rabí Jesuá-ben Yusuf, que era santo, se ha reducido a completar la admirable doctrina humanitaria de nuestro gran Hillel. No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti. He aquí la verdad, y esto no tiene refutación posible.—Catalina asintió con la cabeza.

La concurrencia espumarajeaba y hervía como mar revuelto. El triunfo de la hija de Costo era visible. Los cristianos, entre el hervidero, se estrechaban la mano a hurtadillas. Los serapistas, patrióticamente, se regocijaban del revuelco a los númenes extranjeros. Aún faltaban los sofistas griegos, muy numerosos; pero hallaban el terreno mal preparado. Expuestas en aquella solemne ocasión, sus ideas sobrado simplistas, o rebuscadas y retorcidas, insólitas, sin ambiente en Alejandría, parecían bichos deformes que salen de su guarida a calentarse en la solanera. Habituados bastantes de los que escuchaban a elevadas metafísicas, fruncían el entrecejo y castañeaban los dedos en señal de menosprecio al oir que un discípulo de Tales salía con la antigualla de que la substancia universal es análoga al agua, y uno de Anaxímenes se desgañitaba afirmando que era idéntica al aire, y otro de Heráclito sostenía que cada cosa es y no es, y el de Anaxágoras repetía que todo está en todo. Algo hastiados ya de la prolongación de la disputa, hirieron impacientes el pavimento de mármol con los pies, cuando un pitagórico adelantó que los números son la única realidad, y un eleático sostuvo que el todo está inmóvil; que el movimiento no existe. Un secuaz de Gorgias llegó más allá, aseverando que no existe cosa ninguna. Y sólo se escuchó con señales de aprobación a un mancebo ateniense, el único mozo entre los mantenedores del certamen. Su habla era grave y dulce; sus facciones poseían la regularidad de las testas heroicas, en los camafeos. Seguro de sí mismo, con labio untado de ática melosidad, habló de Sócrates, del excelso mártir, y encareció su enseñanza y su vida. Recordó que Sócrates había demostrado la existencia de Dios y su providencia; y que, después de proclamar la ley moral, por no renegar de ella había muerto. Trazó el cuadro de aquella muerte ejemplarísima, y describió al justo, tranquilo, entrete-

niendo en conversaciones sublimes los treinta días que tardó en regresar la fatal galera, nuncio de su última hora, y la calma augusta con que bebió la verde papilla ponzoñosa, seguro de legar la energía de su vida interior al género humano. Catalina escuchaba estremecida de inspiración, radiante de ardorosa simpatía. Por primera vez, durante todo el certamen, el escalofrío de la belleza moral la estremecía de entusiasmo. ¡Sócrates! Uno de sus antiguos cultos... Sin embargo, su espíritu de análisis agudo, penetrador, surgió en la réplica. Rehaciendo la biografía del amigo de Aspasia, la comparó a la de Cristo. Sócrates, en su mocedad, había sido escultor, y nunca perdió la afición a la perecedera belleza de la forma. Al extravío del mundo pagano, a lo nefario que clama por fuego del cielo, no había sido tal vez ajeno Sócrates. Su noble alma no había sabido elevarse sobre el sentido naturalista de lo que le rodeaba. ¡Oh, si Sócrates hubiese podido conocer a Cristo, llorar con él, seguir sus pies evangelizantes! Y, transportada, exclamaba la princesa:—¡Habrá muerto Sócrates como un justo; pero Cristo, mi Señor y el tuyo y el de cuantos quieren tener alas, murió cual sólo los Dioses pueden morir!

El ateniense bebía las palabras de la filósofa. Sin analizar lo que hubiese de verdad en sus afirmaciones, las sentía hincarse en su espíritu como cortantes cuchillos de oro. Atraído, salió del lugar que le correspondía y se aproximó, juntando y alzando las manos lo mismo que si implorase a las Divinidades implacables y terribles. Catalina le enviaba la irradiación de mar misterioso y de hondas aguas de sus pupilas, y adelantaba hacia él, murmurando:

—¡Cristo es tu Dios, amado hermano; Cristo te ha sellado con su sangre de fuego!

Maximino, colérico, dió una orden. El mancebo, con sencilla firmeza, hizo señales negativas al requerimiento de incensar. No

estaba aún del todo seguro de adorar a Cristo, pero ansiaba, ante la princesa, realizar también él algo bello, con desprecio de las miserias de la carne. Le ataron como a Necepso, y le sacaron fuera. Mientras pudo, volvió la cabeza para mirar a su vencedora.

No extinguido aún el rumoreo intenso, el abejorreo de emoción en el auditorio, salieron a plaza los moralistas prácticos y los ironistas, que atacaron a los cristianos burlándose de sus ritos, costumbres y creencias. Mal informados, o con podrida intención, propalaban especies absurdas. Uno emitió que en las Asambleas de los galileos se adoraba una cabeza de jumento, y otro relataba, lo propio que si los hubiese visto, ciertos conciliábulos de galileos y galileas, donde, apagadas las luces, se cometían torpezas indescriptibles. No faltó quien fustigase la cobardía de los cristianos, que se negaban a formar parte del ejército; y un bufón, con chanzoneteo burdo, juró que sólo los esclavos podían profesar una religión que manda besar el suelo y postrarnos ante quien nos apalea. El concurso, ya perdido el respeto a la presencia del César, se alborotó, descontento del giro bajuno y soez que tomaba la discusión. Los alejandrinos, hechos a la controversia, golosos de buen decir y de sutilezas brillantes, protestaban. Así es que cuando Catalina—también irónica, cubriendo la espada de su indignación bajo su bordado velo virginal—les acribilló con burlas elegantes, con centelleos de ingenio, con sátiras que tenían la gracia juguetona del acero de Apolo al desollar al sátiro hediondo y chotuno—ya no se contuvieron los oyentes, y sus aclamaciones sancionaron la victoria de la princesa. —¡Salud, salud a Catalina!—se oía repetir—. Y los cristianos, envalentonados, enloquecidos—añadían:—¡Salve, doctora, maestra, confesora! ¡La Santa Trinidad sea contigo!—Algunos de los procos, que en primera fila esperaban la derrota de su orgullosa pretendida,

acababan por contagiarse, y pugnaban contra la valla de bronce, ansiando sacar en triunfo a Catalina, en hombros, entre vítores.

El Emperador, de quien nadie se acordaba, alzó el pesado cetro. Era la señal de que la prueba había terminado, y la orden para que la guardia despejase el recinto. Descendió Maximino los peldaños del estrado, tomó de la mano a la princesa, y por la puerta del fondo la hizo entrar en el palacio, llevándola hasta una sala interior. El séquito, respetuoso, se había quedado atrás. El César convidó a Catalina a sentarse en el sillón leonino, a cuyo alrededor despojos de pantera y tapices de plumas emblandecían el pisar. Dió luego una palmada, y esclavos silenciosos trajeron hielo, frutas, cráteras de vinos viejos y una composición de anís, azafrán y zumos de plantas fortalecedoras, especie de cordial que Maximino usaba cuando se sentía exhausto.

—Bebe, princesa—dijo rendidamente, permaneciendo en pie ante la hija de Costo—. Las fuerzas humanas tienen un límite. Yo te veía, y me parecías cervatilla blanca resistiendo a las dentelladas de los canes. Te he admirado, y reconozco que derrotaste a los sabios del mundo entero. Eres fuerte, eres docta, y, sin embargo, no desconoces la virtud del donaire, por la cual se esparce el alma. Catalina, el emperador se inclina ante tu entendimiento portentoso y tu encanto que trastorna como este vino de la Mareótida que te ofrezco.

Por hacer mesura, Catalina humedeció en la copa sus labios.

—No estoy cansada, César. Estoy alegre y mis pies se despegan del suelo. He vencido.

—Has vencido—replicó él con embeleso, libando a su vez en la copa por ella empezada—. No cabe negarlo.

—Tres conquistas, por lo menos, he hecho para Cristo. Necepso, el socrático ateniense, y... y tú. Porque no habrás olvidado nuestro

convenio. Y ante todo, que Necepso y el discípulo de Sócrates no sean llevados al suplicio.

—Oye, Catalina...—Maximino acercó un escaño y se llegó al velador de ágata, que soportaba el refresco—. Escúchame, que en ello nos va mucho a los dos.

Catalina apoyó el codo en la mesilla y en la palma de la mano la cabeza, aureolada de esmeraldas. Maximino comprendió que le atendían religiosamente.

—Tú, princesa, puedes prestar servicio incalculable a ese Numen que adoras. Un servicio que todas las generaciones recordarían, hasta el último día de la especie humana. Para que confíes en mí, he de abrirte mi pecho. Descreo de nuestros Dioses. Acaso en algún tiempo tendrían fuerza y virtud; pero ahora noto en ellos signos de caducidad. Los oráculos chochean. Yo he consultado las entrañas de las víctimas, y o mienten o inducen a error. Los del Galileo sois muchos ya, Catalina; sois más de los que creéis vosotros; advenís. El que se apoye en vosotros, podrá afianzar el poder imperial completo, como en los tiempos gloriosos de Roma.

La virgen escuchaba, con todas sus facultades, interesadísima.

—Catalina, cuando te miraba ayer, pensaba en tu forma, en las apretadas nieves de tu busto, en el aroma de tu cabellera. Hoy pienso en que eres fuerte y sabia y en que el hombre a quien recibas puede descansar en ti para la voluntad y el consejo. Yo tengo momentos en que me siento capaz de adueñarme del mundo; pero, según Helios avanza en su carrera, desfallezco y anego mis ansias de engrandecerme en el vicio y en la sensualidad. Necesito un sostén, una mano amada que me guíe. Mi socio Constantino está fortalecido por el apoyo de su madre. Yo no tengo a nadie; a mi alrededor hierven los traidores, que si les conviene me apuñalarán o me ahogarán en

el baño. Desconfío de todos, porque conozco sus vicios, iguales a los míos. Tú eres incapaz de felonía. Unido a ti seré otro; recobraré la totalidad del poder que hoy reparto con Licinio, el árbitro de Oriente, y Constantino, el hijo de la ventera, a quien aborrezco. ¡Y, ejerciendo ya el poder sumo, extinguiré la persecución, toleraré vuestros ritos, como hace él, que es ladino y ve a distancia! Hasta tomaré la iniciativa de que se le erija al Profeta de Judea un templo tan esplendoroso como el Serapión. Tú pondrás la primera piedra con tus marfileñas manos. Y si quieres más, más todavía. Dicen que para ser de los vuestros hay que recibir un chorro de agua pura en la cabeza. No quedará por eso. ¿Ves adónde llego, Catalina? ¿Ves cuál servicio se te ofrece ocasión de rendir a tu Numen y a los que como tú siguen su ley? ¿No es esto mejor que sufrir por él la centésima vez, sin eficacia, garfios y potro?

Catalina, un momento, suspendió la respuesta. Se recogía, luchaba con la tentación poderosa, ardiente. Su ancha inteligencia comprendía la importancia de la proposición. Más de tres siglos heroicos habían madurado y sazonado al cristianismo para la victoria, y acaso era el momento de que se atajase la sangre y cesasen las torturas. La lucha continuaría, pero en otras condiciones, y Catalina se veía a sí misma en una cátedra, en la abierta plaza pública, enseñando la verdad, confundiendo herejías, errores, supersticiones y torpezas; o en el solio, cobijando bajo su manto de Augusta a los pobres, a los humildes, a los creyentes, a los antiguos mártires que saldrían del desierto o de la ergástula a fin de que sus heridas por Cristo fuesen veneradas por la nueva generación de cristianos ya victoriosos y felices... En el ensueño íntimo de Catalina surgía el templo a Jesús Salvador, doblemente magnífico que el Serapion, —del cual se decía que estaba colgado en el aire, y en cuya sala fúne-

bre subterránea yacían los restos del blanco buey idolatrado.—Acaso fuese posible purificar el mismo Serapion, expulsar de allí al numen bovino y elevar en su cima la Cruz. Una palabra de Catalina conseguiría todo eso. Por ella, el César cristianizaría al Imperio inmenso, y, realizándose las profecías, confesaría al Señor toda lengua y le rendiría culto toda gente, desde las frígidas comarcas de Scitia hasta los arenales líbicos. ¿Quién impedía?...

Lo impedía un anillo, que un niño había ceñido a su dedo, y una especie de latido musical, que allá dentro, más adentro del mismo corazón, repetía, lento, suave, como una caricia celeste:

—Eres hermosa... Te amo... Eres mía, mía...

—Maximino...—articuló pausadamente—, me avengo gustosa a lo que me ofreces: seré tu consejera, tu amiga, tu hermana, tu socia. Pero... en cuanto a ser tu mujer... tengo dueño, y dueño tan dulce y tan terrible, que no me permitiría la infidelidad. Tengo Esposo... —Y, moviendo el dedo, hizo fulgir el anillo.

—¿Te burlas, princesa? Haces mal, porque Maximino te ha hablado como nunca volverá a hablar a nadie. ¿Acaso no eres virgen?

—Virgen soy y seré.

—Serás mi emperatriz. Ya te he dicho que por ti iré hacia tu Profeta crucificado. Mil veces he sentido que los dioses de Roma no me satisfacen. Quizás prefiero a Serapis. Preferiré, sin embargo, al tuyo. Pero tráeme la fe entre tus labios. La suma verdad está en lo que amamos, en lo que exalta en nosotros la felicidad. ¿Otro sorbo, princesa?

—César...—insistió ella rechazando la copa—no sé si me creerás; yo, aunque tengo dueño, te amo también a ti; amo a tu pobre alma obscura que ha entrevisto un rayo de claridad y vuelve a cegar ahora. Líbrate de la horrible suerte que te aguarda. Tu porvenir de-

pende de tu resolución. No pasará mucho tiempo sin que Cristo tenga altares y basílicas en el Imperio y en toda la tierra. El emperador que realice esta transformación vivirá y vencerá, y su nombre llenará los siglos. El que se oponga, no morirá en su lecho, y acaso morirá de su propia mano. ¡Cuidado, Maximino! La suerte va a echarse. Conviértete, pide el agua—, pero sin exigirme nada, sin disputarle a Jesús su prometida. He sido tentada, pero resistiré.

Maximino palideció de cólera. Decadente hasta en la pasión, no tenía ni el arranque brutal necesario para estrechar a la princesa con brazos férreos, para estrujarla con ímpetu de fiera que clava las garras, hinca los dientes y devora el resuello de su presa moribunda. Un vergonzoso temblor, un desmayo de la voluntad lacia y sin nervio le incitaba a la crueldad, a la venganza de los débiles y miserables.

—Basta, princesa; no te disputo ya al Esposo imaginario a quien llamas e invocas. No soy un faenero del muelle, ni un soldado de la hueste tracia, y no te amarraré con soga a un lecho de encina, para ultrajar tu escultura maravillosa. A Maximino también se le alcanza algo de exquisiteces, sobre todo cuando no ha sepultado su razón maldita en el jugo de las vides y en el peligroso hondón de las ánforas. Has visto a un Maximino Daya que sólo existió para tí. Respeto en ti, ¡oh, Catalina!, el mismo respeto con que te hice proposiciones: respeto tu zona virgínea, tu anillo milagroso de desposada. Pero respeto también la ley, y he de cumplirla.

Palmoteó tres veces. Algunos hombres de su guardia se presentaron.

—Que vengan los sacerdotes de Apolo. La princesa tiene que incensar al Numen. Si no obedece a la ley, que sufra su peso.

* * *

Catalina, penetrada de gozo repentino, segura ya de su ruta, se enderezó y se envolvió, erguida y altanera, en el albo y argentado velo. El César se retiraba poco a poco; en el incierto avance de sus piernas se descubría la indecisión del ánimo. Una exclamación compasiva de la virgen espoleó su vanidad. Encogióse de hombros; hizo con la siniestra el ademán del que arroja algo lejos de sí y se alejó a paso activo, desigual, airado. Minutos después dió órdenes. Aquella noche festín. Y los mejores vinos, y las saltatrices y meretrices más expertas.

Entre los sacerdotes, que todavía la trataban con sumisa cortesía, Catalina volvió al extenso patio, en cuyo costado se erguía la imagen del Dios. La organización estética de la naturaleza de Catalina se reveló en su actitud ante el simulacro. Generalmente, los cristianos, al encararse con las efigies de los Dioses de la gentilidad, hacían gestos de repulsión y reprobación. Entonces como ahora, existían los incomprensivos y los que comprenden con finura. La princesa no apartó los ojos, antes al contrario, pareció admirar breves momentos la obra maestra de Praxiteles, considerando que aquella escultura era nobilísima representación del cuerpo humano, hecho a imagen y semejanza del Creador y bajo cuya envoltura se ocultó y padeció la divinidad de Cristo.

El hijo de Latona, airoso, cercada la sien por la artística maraña de sus rizos grandiosamente ensortijados; avanzando un pie de corte tan elegante, curvado y prolongado, que se diría que hollaba nubes, en vez del mármol rojo del pedestal, empuñaba con la diestra el Arco de plata, y con la siniestra echaba atrás el manto de armoniosos pliegues, que una fibula sujetaba al hombro. Profirió Catalina algunas frases de elogio y aun de simpatía. ¿No era aquél el símbolo de la más perfecta y maravillosa de las criaturas, del Sol que

fecundiza los campos y sazona la mies, que da el pan del cual viven los hombres, alabando al Señor y disfrutando de los sabores sanos de la vida?

Mas no lo entendió así el viejo pontífice de Helios, que tendió a la princesa la cazoleta humeante. Ella la rechazó suavemente, sin indignación ni menosprecio. El pontífice no podía elevarse a la interpretación científica del mito solar: ¡era un sacerdote ritualista; una fórmula, el incienso... y, si no, la muerte! Y tres veces hizo Catalina con la mano el gesto que la sentenciaba; el gesto con el cual se despedía de su mocedad en flor, de su existencia inimitable, de sus estudios elevados que aristocratizan el pensamiento; del arte, de la belleza visible y gaya y varia, presente en el arbusto odorífero y en la cincelada copa...

—A tí voy, ¡oh hermosura incorruptible! ¡Dulce dueño, voy a ti!

La retiraron del patio y la encerraron, no en hórrida mazmorra, sino en una estancia pequeña, sin ventanas, contigua al cuerpo de guardia, por precaución de que los cristianos, alborotándose, intentasen darla libertad. Y el pontífice convocó a los sacerdotes y a algunos funcionarios y aun sabandijas del palacio, como aquel sofista Gnetes, primer derrotado en la liza filosófica; y reunidos en conciliábulo, deliberaron sobre la suerte de la nueva galilea. A medias palabras convinieron en que el César estaría ebrio aquella noche, y que si no debían cumplirse, por advertencia de él mismo, las órdenes que diese en su embriaguez, nada impedía ejecutar las proferidas antes. Catalina pertenecía ya a los jueces y a los sacerdotes, a cuyo brazo vengador la había relajado Maximino. O se retractaba ante el tormento y el suplicio, o se ejecutaría lo mandado. Y había entre los deliberantes un tácito instinto de apresurar, porque temían que a la mañana siguiente, el tantas veces irresoluto César cambiase

de parecer, lo cual se interpretaría como indicio del miedo a los cristianos y a los serapistas, partidarios del tiranuelo Costo. La religión oficial necesitaba herir, dar un golpe de fuerza, imponerse. Con nadie mejor que con la orgullosa Catalina.—Y les quedaba la esperanza de una retractación, ante un martirio que procurarían horrificar y encruelecer. La victoria filosófica obtenida en el certamen por la mañana era de deplorable efecto en Alejandría para las creencias del Imperio. Los cristianos efervescían, al correr la voz de que se iba a atormentar a la doncella. No se debía dar tiempo a que se conchabasen y tramasen un complot; el hecho tenía que realizarse la misma noche... ¡Qué triunfo, si en presencia de los instrumentos de tortura, la sabia renegase del Galileo!

Y Gnetes, sacando su cabeza de tortuga del hondo de su corcova, opinó:

—El único modo de reducir a una hembra tan soberbia sería amenazarla con una excursión forzosa al lupanar, o con una fiesta del Panoeum, en que ella hiciese de ninfa y nosotros de capripedes.

Varios sacerdotes jóvenes y cortesanos aprobaron, prometiéndose una noche divertida; pero el pontífice, cauto, reprobó. No, era necesario irse con pies de plomo: Costo tenía poder, muchos partidarios entre los nacionalistas egipcios, y al regresar de su viaje, si se conformaba a los rigores de la ley con su hija, podría no avenirse a tolerar el escarnio. No estábamos en la augusta Roma, sino en una ciudad donde la mayoría de los habitantes todavía barniza con nafta a sus muertos, y donde los inmundos cristianos roen y socavan, como topos, el pavimento y los cimientos del templo apolínico. La virgen es peligrosa. Cuanto antes, y sin aventurarse a ninguna fantasía, desembarazarse de ella. O reniega o perece.

Fué llamado ante la junta el verdugo mayor, el etíope Taonés.

Preciábase de maestro en su género, y, recientemente, con artificio salvaje, había inventado varios instrumentos para martirizar; ciertos peines de hierro de púas cortas, con los cuales se procedía a un verdadero despellejamiento, sin ahondar, a fin de evitar la muerte rápida.

—El dios Apolo—se envanecía el negro—hubiese debido pelar así a Marsias. El sátiro sufriría infinitamente más.

El pontífice, atento al aspecto político de la cuestión, le encargó que idease una tortura en la cual no necesitasen los sayones poner la mano sobre la mártir, y que sin embargo, fuese aterradora. Después de meditar, pidió Taonés carpinteros y herreros y se encerró con ellos, dirigiendo su labor. Una o dos horas bastaron para construir la máquina. Era un aparato sencillo, ingenioso. Formábanlo cuatro ruedas, guarnecidas al exterior de agudas puntas de clavos, cuchillos y alambres, sólidamente encastradas en la madera. Desde lejos, una cuerda unida a una manivela ponía las ruedas en movimiento, y entre el doble juego del artefacto cabía un cuerpo humano de pie; de suerte que, al giro rotatorio, pecho, espaldas, hombros, muslos, quedarían desgarrados. A la tercer vuelta del infernal artificio, sería la mártir una sanguinolenta masa, y piltrafas de su carne colgarían de las ruedas, sin que tuviera ninguna herida mortal, pues Taonés, fiel a sus principios, había embutido profundos los clavos y las puntas.

—Hoy mismo—insistía angustioso el pontífice—. En la demora está el riesgo. Además de los filósofos a quienes ha embaucado la princesa, dícese que se ha hecho cristiano, después de la controversia, Porfirio, coronel de la primera legión. Se derrumban las aras de los Dioses, si no las apuntalamos. No se le pregunte más al César. ¿No ha dado la orden? Pues basta.

Y Gnetes sugirió:

—Al terminarse el banquete, el César *estará en estado de presenciar...*

Hacía dos o tres horas que la noche sin crepúsculo de Egipto convertía el cielo en negro zafiro tallado en hueco, salpicado de fúlgidos diamantes, cuando sacaron de su encierro a Catalina para conducirla al patio, donde sería juzgada.

Venía quebrantada la color por la abstinencia, pues, suponiendo que moriría presto, guardaba ayuno; y además, por el miedo a flaquear en el supremo trance. Interiormente invocaba al Esposo:

—No me desampares. No desprecies mi cobardía. ¡Tú sudaste sangre al ver el cáliz! No consientas que arranquen mis ropas, que afeen mi rostro. Tú eres la hermosura...—La hermosura ideal, Catalina—creyó oir dentro de su mismo corazón. Y elevó la frente, recobrada su arrogancia, su calma estoica.

A pesar del secreto que se había querido guardar, detrás de la baranda se agolpaba no poca gente. Los interrogatorios de los mártires, sus torturas, su ejecución, eran actos que no podían realizarse a puerta cerrada. Se guardaban formulismos de legalidad. A la luz rojiza de las antorchas y a la amarillenta de los lampadarios, Catalina apareció, y una marea alborotó al gentío. Su aro de esmeraldas destellaba vívido. Sonreía.

Maximino presidía el tribunal—, pero sin conciencia de lo que iba a suceder—. Salía de la mesa, coronado de hiedra y rosas marchitas, completamente embriagado, y destuetanado además por caricias diestramente impuras. La escena se le aparecía como al través de un velo de niebla. De tiempo en tiempo derrumbaba la cabeza hacia atrás, y cogía una soñarrera momentánea.

A la invitación a incensar, respondió Catalina con desdeñoso

gesto. Entonces, Taonés, seguido de sus ayudantes, entró por una puerta lateral. Traían la máquina, y el público emitió una exclamación larga, obscura. Quizás protestaban; quizás suspiraban de placer ante la peripecia del drama interesante. Los verdugos se acercaron a la princesa. El vaho de sudor y desaseo de Taonés la hizo retroceder mecánicamente. Una risa silenciosa descubrió los blancos dientes de dogo del etíope. Sabía que las joyas y preseas del ajusticiado eran suyas de derecho, y renegaba de las cristianas vestidas de lana, sin ajorcas, sin sartas, sin adornos. ¡Siquiera esta era una galilea magnífica, ostentosa! Hizo una señal a su primer ayudante Sicamor para que, al amarrar a Catalina, arrancase la diadema de orientales, inestimables *barekets*, los copiosos hilos de perlas, gruesas como ojos de grandes peces, y, sobre todo, la famosa de Cleopatra. Si no le concedían tal enorme tesoro, por lo menos mucho valdría el rescate. Mientras un sayón rodeaba las muñecas de la mártir con ligero cordelillo, Sicamor, espantado, se acercó al oído de Taonés.

—No puedo obedecerte, maestro... Mis dedos han pasado al través de las esmeraldas y las perlas sin poder asirlas.. Son aire...

—¿Te han enloquecido los dioses?

—¡Te digo que son aire!...

—¡Aún es tiempo, Catalina!—reiteró el pontífice, insinuante.—Aún puedes postrarte ante los Númenes sagrados.

Otra vez la bella cabeza negó... Taonés adaptó el cuerpo a la máquina: Catalina misma ayudó, colocándose según convenía. Un punto, Maximino pareció sacudir el sueño, y preguntó qué era aquello. qué significaba el extraño mecanismo. Antes de enterarse de la respuesta, los vahos de la borrachera se espesaron, y repantigándose, abierta la boca, roncó. Para cubrir los ronquidos imperiales y los ayes de la víctima, el pontífice dispuso que los músicos adscritos al

templo de Helios tañesen flautas y agitasen sonajas violentamente. Y el verdugo, haciendo girar la manivela, puso las ruedas en movimiento.

Un relámpago de chispas agudas, un torrente de carmín, difluyendo y empapando el cándido ropaje de la filósofa... Del gentío se destacó un hombrecillo negruzco, desharrapado, con dos brasas por pupilas. Enhebrándose entre los balaustres del barandal, logró acercarse a la virgen que, toda sangrienta, miraba al firmamento metálico, cual si buscase los ángeles que habían de sostenerla en la prueba. El solitario alzó su mano de cecina, trazó en el aire la cruz... Y la máquina horrible saltó desbaratada, despedida cada rueda hacia distinto punto, hiriendo a los jueces, a los verdugos, a los espectadores y a los sacerdotes del Arquero...

La confusión fué tal, que el pontífice juzgó hábil aprovecharla. Mandó a Taonés, pues había estado tan torpe en construir, que apresurase el final; y el negro se atrevió a separar el velo ya desgarrado por mil partes y a tomar en su izquierda mano, donde apenas cabía, el raudal de la mata de pelo de la princesa, enrollándola y afianzándola vigoroso. Catalina comprendió. Su corazón latió y anheló como paloma torcaz apresada.—Voy a tí—suspiró, mirando el aro luminoso del impalpable anillo que rodeaba su dedo. Bajó la frente; la corva espada del verdugo describió un semicírculo y cayó, tajadora, sobre la nuca. El público, cogido de sorpresa, rugió, gritó insultos a Apolo, fingido numen, al César-cerdo que seguía roncando. Taonés, alarmado, soltó el largo pelo y la cabeza de Catalina, que cayó cercada del magnífico sudario de su cabellera, tan luenga como su entendimiento, y como él llena de perfumes, reflejos y matices. Del tronco manaba un mar, no de sangre bermeja, sino de candidísima, densa leche; las ondas subían, subían, y en ellas se hundían los

pies de los verdugos, y ascendían hasta más allá de los peldaños de la plataforma, y se remansaban en lago de blancor lunar, hecho de claridades de astro y de alburas de nube plateada y plumajes císneos. El cuerpo de la mártir y su testa pálida, exangüe, perfecta, flotaban en aquel lago, en el cual los cristianos, sin recelo ya, bañaban su frente y sus brazos hasta el codo, empapaban sus ropas, refrigeraban sus labios. Era el raudal lácteo de ciencia y verdad que había surtido de la mente de la Alejandrina, de sus palabras aladas y de sus energías bravas de pensadora y de sufridora. Y como si aquella sangre fuese licor fermentado y confortado con especias que los exaltase, la indignación hirvió entre los partidarios de la fe nueva y entre los mismos serapistas, que con ellos simpatizaban, porque ya la conciencia se saturaba de cólera y protesta ante la prueba tres veces secular de los martirios; y, enseñando los puños al César aletargado y a su guardia, vociferaron: «¡Muerte, muerte al tirano Maximino!» La guardia, desnudando sus cortas espadas romanas, dió sobre los amotinados, que hicieron cara, sin armas, con los puños. Y mientras luchaban, Maximino, repentinamente desembriagado, miraba atónito, castañeteando los dientes de terror frío, el puro cuerpo de cisne flotando en el lago de candor, la cabeza sobrenaturalmente aureolada por los cabellos, que en vez de pegarse a las sienes, jugaban alrededor y se expandían, acusando con su halo de sombra la palidez de las mejillas y el vidriado de los ojos ensoñadores de la virgen... A la memoria del emperador, las profecías retornaban; sin duda el Dios de Catalina era más fuerte que Apolo, que Hathor, que Serapis, que el mismo Imperio de la loba—y le había sentenciado a perder trono y vida, a desastroso fin, a la derrota de sus enseñas y a que todas sus ambiciones se frustrasen.

El cuerpo de la princesa los ángeles lo enterraron en el monte

Sinaí, donde fué venerado largo tiempo. Sin duda los cristianos de Alejandría trataron de que el precioso despojo no sufriese ninguna vicisitud, pues en aquella ciudad, hasta muy entrado el siglo v de la Iglesia, el encono de las luchas religiosas y filosóficas no cedió, y la faz opuesta del martirio de Catalina fué la lapidación de Hipatia.

Al matador de Catalina, a Maximino Daya, le suprimió Constantino.

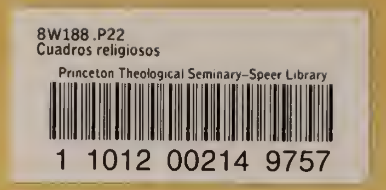
Constantino realizó la idea genial que se le había ocurrido a su socio; se apoyó en el cristianismo y robusteció su poder. Pero no sería exacto decir que suprimió a Maximino. En la lucha entre los socios, Daya fué derrotado, y en Tarso se suicidó.




Ilustraciones
de Llorens

Esta obra se acabó de imprimir
en el mes de Abril de 1925,
en los talleres tipográficos
de Blass, Soc. An.,
Núñez de Balboa,
número 21,
Madrid.





EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6 - MADRID